

Los hombres imprescindibles

Crónicas sobre Padres de Plaza de Mayo

Lucía Fernández Méndez



FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACIÓN SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Memoria Tesis de Producción
Licenciatura en Comunicación Social (Orientación Periodismo)
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata

Título: *Los hombres imprescindibles. Crónicas sobre Padres de Plaza de Mayo*

Datos de la alumna

Nombre y Apellido: Lucía Fernández Méndez

Legajo: 18034/6

DNI: 35243645

Domicilio: 131 N°1379 60 y61

Teléfono: (0221) 4504069/ (0221) 156125628

Correo electrónico: luciafmendez@hotmail.com

Datos de la directora

Nombre y Apellido: Lic. Rossana Viñas

Correo electrónico: rvinas@perio.unlp.edu.ar

ÍNDICE

Resumen	5
Descripción del proyecto	5
Fundamentación de esta tesis de producción	6
Palabras clave	7
Programa de investigación	7
Antecedentes	8
Objetivos	14
Alcances y limitaciones	15
Herramientas teóricas-conceptuales	16
-Identities	16
-Hegemonía/contrahegemonía	18
-Comunicación	20
-Terrorismo de Estado	21
-Periodismo narrativo	24
-Memoria colectiva	27
Métodos y técnicas	32
-Pre-producción	32
-Destinatarios	37
-Relatoría del proceso de entrevistas	37
-Producción	131

-Post-producción	147
Conclusiones	147
Bibliografía	152

RESUMEN

Esta tesis de producción, consistente en el libro *Los hombres imprescindibles. Crónicas sobre Padres de Plaza de Mayo*, se propone realizar un aporte a la construcción de la memoria colectiva sobre el oscuro período de la historia reciente argentina que fue la última dictadura cívico-militar, iniciada en la década del 70.

Rescatar las voces de padres de jóvenes desaparecidos como consecuencia de la aplicación del terrorismo de Estado; contar su lucha a partir de sus propios relatos; hacer visible su figura, mucho más anónima que la de Madres, Abuelas o Hijos; contribuir a la construcción de memoria, verdad y justicia, fueron sólo algunos de los hilos conductores del presente trabajo.

Por otra parte, en este agregado se presentan tanto las herramientas teóricas como las metodológicas utilizadas, y el fundamento de su elección, así como una detallada relatoría del proceso de pre-producción, producción y post-producción.

DESCRIPCIÓN DEL PROYECTO

En estos treinta años de democracia ininterrumpidos, se han publicado libros en los que se cuentan las historias de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, la vida particular de alguna de ellas, los procesos legales y personales de las restituciones de cada uno de los nietos recuperados, etc.

También existen obras que narran la historia de desaparecidos, de ex–detenidos que sobrevivieron, de centros clandestinos de detención y sus modos de funcionamiento, de los represores, del rol de los medios de comunicación durante esos años, de otros organismos de derechos humanos, entre tantos otros.

Sin embargo, sobre los padres de jóvenes desaparecidos, esposos de Madres o Abuelas de Plaza de Mayo, existe una escasa (o casi inexistente) producción escrita dedicada específicamente al rol que estos hombres cumplieron antes y después de la desaparición de sus hijos, ya sea individualmente, al interior de sus núcleos familiares, o colectivamente.

Fue y es tan ardua la labor de aquellas mujeres, quienes pensaron e implementaron estrategias para realizar su búsqueda aun en plena aplicación del terrorismo de Estado, desafiando peligros y superando adversidades, que quedaron en un segundo plano –al menos en el relato construido en estos 30 años de democracia- los hombres que las acompañaban. Por tal motivo, resulta necesario dejar sentado testimonio por escrito de la existencia de estos hombres, para que se conozca su lucha, de la cual poco se sabe, y para que así, de a poco, se comience a llenar ese casillero, para muchos vacío, en la memoria colectiva de nuestra sociedad.

Por este motivo, el tema elegido para esta tesis fue la producción de un libro de crónicas sobre la historia de padres de desaparecidos durante la última dictadura militar argentina y/o esposos de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, su lucha y resistencia.

FUNDAMENTACIÓN DE ESTA TESIS DE PRODUCCIÓN

Opté por realizar una tesis de producción y no de investigación, ya que no tenía pretensión alguna de arribar a ningún tipo de conclusión de rigor científico ni de establecer generalizaciones a partir de particularidades, sino que aspiré a aportar relatos de vida que sirvan para el enriquecimiento de la memoria colectiva sobre ese período que, aún a 30 años del retorno a la democracia, sigue en construcción.

La elección del soporte gráfico estuvo vinculada a la intención de que se pudiera acceder al contenido de esta tesis de forma simple y directa, sin tener que contar con ningún tipo de dispositivo tecnológico (televisor, DVD, computadora, conexión a internet, etc.) más que con la publicación y el interés por su lectura.

También el soporte papel tiene un alto grado de fijación, que le da durabilidad al discurso en él impreso¹. Esto hace que su capacidad de “alteración espacio-temporal” sea alta, lo que permite que éste sea leído en cualquier espacio y lugar, incluso muy distintos a los de producción². Además, este mismo grado de fijación permite un

¹ Thompson, J.B. (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.

² Ídem nota 1.

mayor análisis, propiciado por la posibilidad de la lectura pausada y la relectura inmediata o posterior.

PALABRAS CLAVE: padres-desaparecidos-última dictadura militar- Plaza de Mayo- madres- abuelas- derechos humanos- memoria colectiva-libro-crónica

PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN

El tema de la tesis se enmarca en el eje temático número uno de los Programas de Investigación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP): “Comunicación, Prácticas Socioculturales y Subjetividad”.

En un pasaje de la descripción de este área se plantea que un proyecto que se incluya en ella debe ser capaz de, entre otras cosas, “articular las biografías particulares con la historia y las pequeñas tácticas del hábitat con las grandes estrategias sociopolíticas”. Justamente esta fue una de las motivaciones a la hora de idear este proyecto, ya que de antemano comprendí la necesidad de entender los relatos de vida de estos hombres en relación con el contexto histórico que les ha tocado vivir, para poder así contribuir –aunque sea mínimamente y desde un lugar humilde- a la construcción de una parte de la memoria colectiva.

Por otro lado, aunque hubiera intentado llevar a cabo este proyecto de forma totalmente desvinculada de la historia argentina, hubiera sido una misión imposible, porque estos padres perdieron a sus hijos a manos de la puesta en marcha de un aparato represivo estatal, que ejerció de forma sistemática y general la violencia física y psicológica sobre la sociedad argentina. Sus historias particulares cobraron un giro de 180 grados como consecuencia de ese hecho histórico y, por lo tanto, no se podría comprenderlas escindidas del contexto que generó ese cambio.

Entre los objetos enumerados para esta área temática se hallan la constitución de nuevas subjetividades, movimientos sociales y construcción de identidades, y prácticas hegemónicas y contra-hegemónicas. Si bien la tesis es de producción, por lo que estos conceptos no se desarrollaron con la misma profundidad que hubiera podido hacerse

en una tesis de investigación científica, estas categorías atravesaron todo el texto, todo el tiempo, de forma más o menos explícita.

Así, en el relato de sus historias, que incluye las de sus hijos, apareció cómo, tras la desaparición, comenzaron su lucha, su resistencia, que ¿qué es sino más que una práctica contra-hegemónica, que se dio en diversos campos (en lo simbólico, en la praxis, etc.), para oponerse al terrorismo de Estado (práctica hegemónica)?

En ese proceso de encontrarse y juntarse con otras personas, fueran otros padres varones, o sus mujeres junto a sus compañeras, se dieron cuenta que estaban pasando por situaciones similares y, especialmente, por el mismo dolor. Hubo instancias de conocimiento, de reconocimiento, de intercambio, de síntesis, de discusión. Sobre la base de las similitudes, pero también de las diferencias, se construyó una identidad grupal, y también se modificaron subjetividades.

ANTECEDENTES

Respecto a los derechos humanos en general, y a la última dictadura militar en Argentina en particular, mucho se ha escrito o producido en diversos formatos (audiovisual, radial, etc.). Es necesario reconocer como antecedentes de esta tesis a otras tesis de grado de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, así como a libros y a documentales audiovisuales que se presentan a continuación:

Documental audiovisual

- Daglio, J. (2009) *Padres de la Plaza: 10 recorridos posibles*. Buenos Aires: Senda.

En este documental, cada uno de los padres –que son diez, como el nombre lo indica– recuerda su historia previa y posterior a la desaparición de su hijo/a, reflexiona acerca de ella, se emociona, la resignifica.

Además de compartir con esta producción el referente empírico, lo que hizo que haya podido rescatar de ella datos particulares y concretos que me sirvieron, por ejemplo, para localizar personas útiles para mi trabajo, también fue posible retomar otros

elementos. Entre ellos, pueden mencionarse la metodología de investigación utilizada, que es la cualitativa –en general-, y la entrevista en profundidad y el relato de vida, en particular. También la tesis aquí presentada comparte con este producto audiovisual los objetivos de intentar aportar a la reconstrucción de la memoria colectiva desde las historias individuales y de rescatar del olvido las voces de estos hombres, de los cuales poco se conoce, en comparación con la abundancia de información que existe sobre madres y abuelas.

La diferencia más evidente que mi trabajo tiene con el documental, reside en el tipo de soporte en el que la investigación periodística se plasmó. Es evidente que hay decisiones de pre-producción, producción y posproducción que son necesarias tomar para la realización de un documental audiovisual, que para la de un libro no, y viceversa. También hubo otras que fueron compartidas o similares. Sin embargo, no se puede desconocer la especificidad de cada formato.

Libro

- Camarasa, J. (2009) *El verdugo. Astiz, un soldado del terrorismo de estado*. Buenos Aires: Planeta.

Este libro, si bien tiene en su tapa a Alfredo Astiz y el título hace referencia a él, se centra en narrar la historia de la desaparición de una joven sueco-argentina, Dagmar Hagelin, hecho del cual participó presencialmente el represor mencionado, y la búsqueda implacable de su padre, Ragnar Hagelin.

Esta obra resultó útil en dos sentidos: no sólo porque, como se mencionó, relata las peripecias atravesadas por este padre para encontrar a su hija, lo que se asemeja en parte al propósito de mi libro, sino también porque el género (crónica) y el estilo (nuevo periodismo) de escritura desarrollado por el autor es similar a la que yo apliqué para la redacción.

También, al igual que en el documental, la información volcada por Camarasa en el libro, sirvió para armar una red de posibles fuentes personales que podían colaborar con la investigación.

Por otro lado, el libro me sirvió de ejemplo para ver que es posible escribir un texto de periodismo narrativo, incorporando como es característico de él elementos de la literatura, sin descuidar la veracidad de la información y sin convertirlo, por un exceso de subjetividad, en una ficción.

Sí tomé distancia de este libro respecto a su diseño, tanto el externo como el interno. En la tapa y la contratapa elegí trabajar con ilustraciones, no con fotos, mientras que en el interior incluí imágenes de cada uno de los padres, elemento gráfico ausente en las páginas de la obra de Camarasa.

Además, la planificación de la escritura y la diagramación de la estructura de un libro en el que se narra una sola historia, como en *El verdugo. Astiz, un soldado del terrorismo de estado*, es diferente a la de uno en el que se cuentan varias. Por este motivo, si bien organicé en capítulos el texto, como lo hizo Camarasa, el criterio para hacerlo fue uno propio: en cada uno de ellos, conté la lucha de un padre, y usé subtítulos para ayudar a estructurar cada crónica.

Libro

- Vicente, N. (2006). *Augusto Conte: Padre de la Plaza*. Buenos Aires: Galerna.

En las páginas de este libro se narra la historia de Augusto Conte, uno de los padres de desaparecidos más combativos y más comprometidos con la causa de los derechos humanos. Conte fue uno de los fundadores del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), dedicado a investigar desapariciones, torturas y asesinatos cometidos por la última dictadura militar, así como también a interponer recursos ante la justicia y ante diferentes organismos, o a desentrañar la compleja trama represiva aplicada por el gobierno de facto.

Su autor, Néstor Vicente, fue compañero de militancia política y social de Conte en la Democracia Cristiana, y también amigo. Para la escritura del libro, si bien apeló a una gran cantidad y variedad de fuentes documentales, también incorporó relatos de anécdotas de las que él mismo fue protagonista o testigo junto a Augusto Conte, y algunas entrevistas semiestructuradas. Por lo tanto, si bien su obra es uno de los principales antecedentes para mi propio trabajo, y pese a la indiscutible riqueza que

reviste a la hora de contar la historia de alguien el haberlo conocido en profundidad, no puedo obviar la diferencia en las técnicas utilizadas por el autor respecto a las que empleé yo (relato de vida, entrevista en profundidad).

Pese a que es verdad que Néstor Vicente sabe mucho más de Augusto de lo que yo alcancé a conocer de mis entrevistados, la diferencia en el conocimiento de las personas que motivaron los dos trabajos no radica sólo en la intensidad o profundidad, sino también en el tipo de información y sus cualidades. No es lo mismo lo que Vicente pudo conocer mediante sus experiencias compartidas con Augusto en aquellos años, que lo que los padres me hicieron saber con sus relatos de vida, al reactualizar con sus palabras, casi cuarenta años después, los hechos sobre los que fueron consultados.

Por otro lado, Néstor Vicente utiliza la tercera persona para narrar en la mayoría del texto. Sin embargo, por elección y por necesidad, hay tramos en los que, como forma parte de la escena contada, utiliza la primera persona. Eso en mi trabajo no sucedió, ya que mantuve la narración en tercera persona durante toda su extensión.

Por último, al igual que en los otros antecedentes, el libro contiene una gran cantidad de información útil para poder rastrear personas y documentos que sirvieron a mi investigación.

Libro

- Eisenstaedt, E. (2014). *Padres de Plaza de Mayo. Memorias de una lucha silenciosa*. Buenos Aires: Marea Editorial.

Publicado en marzo de 2014, tan sólo cuatro meses después de que en la Facultad aprobaran mi plan de tesis, este libro recoge el testimonio de doce padres de desaparecidos, obtenidos en entrevistas realizadas con cada una de ellas.

Su autora es Eva Eisenstaedt, una mujer de 74 años, formada en Ciencias de la Educación en la Universidad de Buenos Aires.

Más allá de que la temática de su libro y la del mío es la misma, hay varias diferencias entre ambos trabajos.

Por un lado, Eva eligió contar más historias pero hacerlo de forma muy breve: el promedio de la extensión de cada capítulo es de seis carillas; yo opté por narrar sólo seis, con mayor profundidad.

Otra de las distinciones más notorias es el género elegido por cada una de nosotras para llevar a cabo la escritura. Yo redacté crónicas, utilizando para ello como fuente principal de información los relatos de los padres; Eva, en cambio, elaboró cada capítulo con el texto de la desgrabación de dichos relatos, por lo que el mayor trabajo de su obra es de edición más que de producción.

Sólo al principio y al final de cada capítulo Eva escribió algunos renglones, a modo de introducción y de cierre. En el primer caso, el de las introducciones, tomó la decisión de hacer uso de la primera persona. Yo descarté por completo el empleo de esa alternativa. Quise que, de principio a fin, el acento estuviera puesto en los padres, y que nada desviara la atención del lector hacia otro lado.

En cuanto al orden de los hechos contados en cada capítulo, en *Los hombres imprescindibles* aparecen de forma cronológica, organizados de ese modo para facilitar su seguimiento, mientras que en *Padres de Plaza de Mayo*, Eva los dejó en el orden en que fueron mencionados en la entrevista por cada uno de los hombres.

Ambas publicaciones cuentan con fotos en blanco y negro en su interior, una por cada capítulo; en la de Eva, se ubica al inicio de cada sección y es antigua, muestra a los padres con sus hijos. En la mía, se encuentra al final y es de la actualidad.

Finalmente, otra de las diferencias más evidentes de mi tesis con el libro citado son las decisiones tomadas respecto a la tapa. Mientras yo decidí trabajar con una ilustración, para buscar que con ese dibujo estuvieran representados todos a la vez, que surtiera un efecto más simbólico, en la tapa del trabajo publicado por la editorial Marea se usó una foto de uno de los padres con su hijo en brazos, aunque no se sabe cuál de ellos es.

Artículo de revista

- Pérez, A.L. (2008). "Siempre estarás en mí", en *Viva*, 1676. Buenos Aires: Arte Gráfico Editorial Argentino. Pp. 8-18, 15/06/2008.

La nota periodística publicada el domingo 15 de junio de 2008 en la revista *Viva*, con motivo del día del padre, aborda la historia de seis padres de desaparecidos, seis padres de Plaza de Mayo: Mario Belli, Julio Morresi, Oscar Hueravilo, Bruno Palermo, Mauricio Brodsky y Marcos Weinstein.

Por una cuestión de espacio de la publicación semanal, la extensión dedicada a cada historia no es mucha, pero sin embargo, en pocas líneas logra captar lo fundamental de cada caso.

Su autora emplea una gran cantidad de citas directas para darle voz a los protagonistas, recurso al que apelé también yo en la redacción de las crónicas, aunque en vez de hacerlo de forma entrecomillada, fue mediante diálogos.

Como recurso gráfico para acompañar el texto, se incluyeron fotos actuales de los padres, al igual que en *Los hombres imprescindibles*, aunque a color.

Tesis de producción

- Gennuso, M. y Giorello, S. (2012). *Somos nuestras memorias. Reconstrucción histórica del pueblo de Verónica*. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

El objetivo de esta tesis de producción fue reconstruir la memoria colectiva de la localidad de Verónica, mediante los relatos de adultos mayores de la zona.

Resultó interesante retomar de ella varias cuestiones. Las más relevantes fueron, justamente, el objetivo, ya que también hay una intencionalidad en la tesis propia de aportar a la reconstrucción de la memoria colectiva, mediante la recopilación de relatos de vida, aunque sobre una temática y en un área geográfica diferente; la modalidad de la tesis (producción), junto con el producto al que orientaron sus esfuerzos (un libro); la búsqueda de los sentidos implícitos que esos relatos traen consigo, para evitar caer en el reduccionismo de los hechos como meras anécdotas; la metodología utilizada (cualitativa) y la herramienta principal implementada para obtener los relatos (entrevista en profundidad).

Además, el modo de abordaje del concepto memoria colectiva en esta tesis (memorias que son simultáneamente individuales y sociales) y la vinculación casi indisoluble de memoria/historia, es similar a la manera en que lo trabajé en la mía.

OBJETIVOS

A partir de los antecedentes y de la delimitación del tema, se establecieron los siguientes objetivos:

- **Objetivo general:** Producir un libro de crónicas sobre la historia de padres de jóvenes desaparecidos en la última dictadura militar argentina y/o esposos de Madres o Abuelas de Plaza de Mayo, para contribuir a construir y reconstruir la memoria colectiva vinculada a ese período de la historia nacional reciente.

- **Objetivos específicos:**
 - Conocer las particularidades de la historia de cada padre de Plaza de Mayo (cómo era la vida familiar antes de la desaparición de su hijo/a, relación con él, carácter de ambos, circunstancias de la desaparición, repercusión en el núcleo familiar tras la desaparición del hijo, inicio y desarrollo de la búsqueda, resultados de ésta, etc.), para dejar testimonio de ellas en el libro.

 - Relacionar las historias individuales con la historia colectiva argentina, para identificar y comprender cómo la segunda influyó en el desarrollo de las primeras.

 - Reactualizar el pasado desde el presente, mediante la narración del relato de vida de cada padre, para conocer la lectura que hacen ellos de los hechos en la actualidad y las resignificaciones y reflexiones a que han logrado arribar con el paso del tiempo.

ALCANCES Y LIMITACIONES

Este trabajo es una investigación periodística -que se plasmó en un libro de crónicas-, lo que no equivale a decir que la labor que se realizó esté enmarcada en el periodismo de investigación, ya que no se buscó develar hechos ocultos u ocultados intencionalmente por una de las partes interesadas.

Esta distinción es importante realizarla para evitar confusiones. Si bien, como afirma García Márquez, “la investigación no es una especialidad del oficio, sino que todo el periodismo tiene que ser investigativo por definición”³, “una cosa es investigar, comprobar y contrastar con minuciosidad todo lo que se publica –investigación periodística- y otra bien distinta es practicar el periodismo de investigación”⁴. Son numerosos los autores que consideran que “para que exista periodismo de investigación es necesario que el periodista investigue a través de sus propios cauces sobre hechos que alguien desea que permanezcan ocultos”⁵. En este caso, tal circunstancia no se dio, ya que si bien se conoce poco de los padres de Plaza de Mayo, ese vacío de información estuvo dado más por las circunstancias históricas que por una intención deliberada de ocultar datos sobre ellos.

Entre las limitaciones del proyecto, pueden distinguirse de dos tipos: las vinculadas a las circunstancias de producción y las relacionadas a la representatividad del trabajo final.

En el primer caso, las limitaciones tienen que ver con el hecho de que los padres de desaparecidos en la última dictadura militar son muy ancianos (todos tienen más de 80 años), por lo que existió siempre el riesgo latente de que fallecieran en pleno proceso de investigación o, lo que hubiera sido peor aun, antes de que pudiera acceder a ellos. Por este motivo, y porque ya varios de los más emblemáticos y combativos murieron (dos se suicidaron y dos fallecieron de cáncer), es que debí acelerar el encuentro con ellos, para poder rescatar sus relatos de vida.

³ *El Tiempo*. “Periodismo, el mejor oficio del mundo”. Bogotá, 3 de diciembre de 1995.

⁴ Caminos Marcet, J.M. (1997). *Periodismo de investigación. Teoría y práctica*. Madrid: Editorial Síntesis S.A.

⁵ Ídem a nota 4.

En el segundo caso, las limitaciones de la representatividad del libro tienen que ver con que tan sólo se contaron seis historias de padres de desaparecidos, siendo que, como sabemos, existieron muchos más. Sin embargo, esta limitación no desmerece el trabajo hecho, ya que la intención no fue llevar adelante una investigación científica que estableciera conclusiones generales a partir de los casos particulares, sino que es una investigación periodística, destinada a rescatar, mediante entrevistas en profundidad, los relatos de algunos de estos hombres.

El objetivo, entonces, fue mostrar las vidas de algunas víctimas del terrorismo de Estado, bastante desconocidas y olvidadas, enmarcando sus historias particulares en la historia del país para, en esa puesta en relación, comprenderlas mejor a ambas, pero sin olvidar que esas historias particulares son sólo una mínima porción de otras tantas similares o diferentes.

HERRAMIENTAS TEÓRICAS-CONCEPTUALES

A la hora de llevar a cabo este trabajo, puse en juego una serie de herramientas teórico-conceptuales, de las cuales es preciso explicitar desde qué perspectiva y desde qué autores abordé cada una de ellas.

- Identidades

Esta categoría la retomé desde los trabajos realizados por el sociólogo Gilberto Giménez, quien con sus investigaciones ha contribuido notoriamente al campo de los estudios culturales, ya que sus inquietudes teóricas giran en torno a la dimensión simbólica de las prácticas sociales.

Según el autor, “la identidad no es una esencia, un atributo o una propiedad intrínseca del sujeto, sino que tiene un carácter intersubjetivo y relacional. Es la autopercepción de un sujeto en relación con los otros; a lo que corresponde, a su vez, el reconocimiento y ‘aprobación’ de los otros sujetos. En suma, la identidad de un actor social emerge y se afirma sólo con la confrontación con otras identidades en el proceso

de interacción social, la cual frecuentemente implica relación desigual y, por ende, luchas y contradicciones”⁶.

Este modo de pensar y entender las identidades sirvió al presente trabajo para comprender en base a qué y respecto a quiénes los padres construían sus identidades antes de la desaparición de sus hijos. También fue útil para observar y analizar si luego del hecho traumático esas identidades se modificaron o se reafirmaron, y qué factores y personas influyeron en ese proceso. Al descartar la visión de “identidad” como esencia, se abre el camino para indagar sobre su construcción –que es relacional- y sus modificaciones.

Giménez plantea, entonces, que el concepto de identidad se basa en la idea de “distinguibilidad” y que ésta está dada por “elementos, marcas, características o rasgos distintivos que definan de algún modo la especificidad, la unicidad o la no sustituibilidad de la unidad considerada”⁷. Existen, según el autor, tres series de estos elementos: “1- la pertenencia a una pluralidad de colectivos (categorías, grupos, redes y grandes colectividades); 2- la presencia de un conjunto de atributos idiosincráticos o relacionales y 3- una narrativa biográfica que recoge la historia de vida y la trayectoria social de la persona considerada”⁸.

Los tres grupos de elementos que determinan la identidad de una persona revisten importancia y merecieron ser tenidos en cuenta para la realización de este trabajo. Sin embargo, el tercero cobró una relevancia aún mayor, ya que la utilización del relato de vida fue central en la etapa de pre-producción del libro, por ser la herramienta metodológica principal para la obtención del material necesario para la redacción de las crónicas. “En una dimensión más profunda, la distinguibilidad de las personas remite a la revelación de una biografía incanjeable, relatada en forma de ‘historia de vida. (...) Esta ‘narrativa’ configura o, mejor dicho, reconfigura una serie de actos y trayectorias personales del pasado para conferirle un sentido”⁹.

⁶ Giménez, G. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. Frontera Norte, volumen 9 (número 18), pp. 9-28.

⁷ Ídem a nota 6.

⁸ Ídem a nota 6.

⁹ Ídem a nota 6.

- Hegemonía/contrahegemonía

Estos conceptos, que definiré de manera conjunta porque integran un binomio indisoluble, en el que cada uno de ellos no puede comprenderse sin la existencia del otro, fueron retomados desde la perspectiva de Antonio Gramsci.

El autor afirma que “el Estado es en esencia coerción, dictadura, dominación: reafirma los elementos aportados por el desarrollo de la teoría marxista hasta ese momento y da un paso más en la comprensión de la cuestión al introducir el elemento del consenso, de la dirección, de la hegemonía, que completa la forma de supremacía de las clases dominantes en los capitalismo desarrollados”¹⁰. Es decir, “lo que con mayor énfasis quiere destacar Gramsci es que la clase dominante ejerce su poder no sólo por medio de la coacción, sino además porque logra imponer su visión del mundo, una filosofía, una moral, costumbres, un ‘sentido común’ que favorecen el reconocimiento de su dominación por las clases dominadas”¹¹.

Teniendo en cuenta lo anteriormente dicho, “la supremacía de una clase aparece como un momento sintético que unifica la hegemonía y la dominación, el consenso y la coerción, la dirección y la dictadura en el Estado. Ahora bien, estos dos momentos, estas dos funciones, existen en cualquier forma de Estado, pero el hecho de que prime uno u otro depende tanto de las características estructurales de cada sociedad, como de la correlación de fuerzas entre las clases sociales fundamentales, que se expresa en los niveles económico, político, ideológico y militar”¹².

La hegemonía no es, entonces, un mero proceso de dominación, sino que la lucha por ella se da en el plano de lo simbólico, de lo cultural y de lo político. “Las prácticas hegemónicas, para Gramsci, tienen por objeto la formación del conformismo cultural en las masas”¹³.

¹⁰Thwaites Rey, M. (1994). “La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo. Acerca de las bases materiales del consenso”. En K&A-I-Kohen (Ed.), *Gramsci mirando al sur. Sobre la hegemonía en los 90*. (pp -). Buenos Aires: K&A-I-Kohen y Asociados Internacional.

¹¹ Ídem nota 10.

¹² Ídem nota 10.

¹³Huergo, J. (2004). Ficha de cátedra: “Hegemonía: un concepto clave para comprender la comunicación”. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP.

Este concepto sirvió para poner en perspectiva cómo en la época de la última dictadura militar se daba este interjuego entre coerción y consenso, entre violencia y hegemonía, para no tener una visión sesgada de dicho período. Si bien es claro el predominio, en esa etapa, de la dominación por la fuerza, también se dio, con diversas estrategias y mecanismos (campañas publicitarias, difusión de noticias en medios afines, discursos, etc.), la lucha por la hegemonía.

Como contrapartida de la dominación coercitiva y a la hegemonía obtenida por la dictadura, existieron diversas agrupaciones, organismos e individuos particulares que llevaron a cabo acciones de resistencia y de oposición al régimen de facto. No sólo buscaban información sobre los desaparecidos e intentaban desplegar recursos legales que les permitieran dar con su paradero, sino que también encabezaron una batalla simbólica y cultural para desenmascarar y dejar en evidencia los mecanismos del terrorismo de Estado.

Buscaban así contrarrestar los discursos de la dictadura, que habían logrado un notorio consenso en algunos sectores, que convertían a las víctimas en victimarios, pintándolos como merecedores de las torturas, las desapariciones y los asesinatos. Esta lucha, que apareció en los relatos de vida de los padres entrevistados, se leyó bajo la categoría gramsciana de “contrahegemonía”.

“Frente al papel hegemónico que cumple el Estado se encuentra, en una relación dialéctica, la posibilidad para las clases subalternas de gestar una lucha contrahegemónica, de impulsar la construcción de una nueva hegemonía que transforme la relación existente entre estructura y superestructura en el bloque histórico dominante, y conforme un nuevo bloque.(...) Gramsci advierte que para ‘tomar’ el aparato represivo y poder destruirlo es necesario desarticular el bastión ideológico que le da soporte y firmeza, que constituye la verdadera amalgama del sistema de dominación”¹⁴. En estos términos pensé y consideraré las experiencias que los padres relataron, ya que muchos de ellos formaron parte de prácticas contrahegemónicas y contribuyeron, en mayor o menor medida, a debilitar las bases de la dictadura militar.

¹⁴ Ídem nota 10.

- Comunicación

La comunicación fue entendida desde los estudios culturales latinoamericanos, más específicamente, desde los trabajos de Jesús Martín-Barbero, quien es uno de los principales autores que ha alimentado esta perspectiva dedicada a pensar la realidad de este continente con desarrollos teóricos propios y no con una mirada europeizante e imperialista.

Jesús Martín-Barbero es uno de los pioneros en “pensar la comunicación desde la cultura”¹⁵, en concebirla “como proceso social y como campo de batalla cultural”¹⁶. Es decir, el autor resalta la necesidad de no “confundir la comunicación con los medios”¹⁷ y de abordarla desde una visión más amplia y menos instrumentalista: la de la producción de sentidos, la de lo simbólico. Y en ese sentido, otro aporte importante que hace es el de instar a “mirar las condiciones sociales de producción no como variables exteriores a los procesos de sentido sino como constitutivas de esos procesos”¹⁸.

En la concepción de Barbero de la comunicación confluyen las visiones de Paulo Freire, a quien él atribuye “la primera aportación innovadora desde Latinoamérica a la teoría de la comunicación”¹⁹, y de Antonio Gramsci. De este último, retoma su desarrollo sobre la hegemonía, lo que lo llevó “a plantear que comprender la comunicación implicaba investigar no sólo las tretas del dominador sino también todo aquello que en el dominado trabaja a favor del dominador, esto es, las múltiples formas de la complicidad de su parte y la seducción que se produce entre ambos”²⁰.

Este modo de mirar la comunicación me sirvió para evitar caer en el mero relato de los hechos, despojados de los sentidos que generan, de sus significaciones menos

¹⁵ Martín-Barbero, J. (2002). *La educación desde la comunicación*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

¹⁶ Ídem nota 15.

¹⁷ Ídem nota 15.

¹⁸ Martín-Barbero, J. (1987). “De la transparencia del mensaje a la opacidad de los discursos”. En J. Martín-Barbero (Ed.). *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista* (pp. 41-48). México: FELAFACS.

¹⁹ Ídem nota 15.

²⁰ Ídem nota 15.

evidentes pero no por eso menos importantes. Fue útil para situar los hechos narrados en su contexto histórico y cultural, estableciendo entre ellos una relación dialógica. Esto me permitió ver que los hechos particulares constituyeron e integraron el contexto histórico y cultural en el que ellos mismos sucedieron, y viceversa: las circunstancias contextuales influyeron en el desarrollo y configuración de los acontecimientos particulares.

- **Terrorismo de Estado**

Este concepto atravesó todo el trabajo: desde las entrevistas en profundidad en que se recogieron los relatos de vida, hasta las crónicas que redacté. El motivo es claro, ya que los hombres con quienes dialogué perdieron a sus hijos en manos del terrorismo de Estado, y desarrollaron su búsqueda y su lucha bajo su accionar.

Según el periodista y escritor Miguel Bonasso, se usa la denominación “terrorismo de Estado” para definir un modelo estatal que transgrede “los marcos ideológicos y políticos de la represión ‘legal’ (la consentida por el marco jurídico tradicional)” y apela a “‘métodos no convencionales’, a la vez extensivos e intensivos, para aniquilar a la oposición política y la protesta social, sea ésta armada o desarmada”²¹.

El autor desarrolla las características del terrorismo de Estado, justamente para diferenciarlo del “terrorismo a secas, que involucra a grupos o individuos que carecen precisamente del poder represivo del Estado y utilizan la violencia indiscriminada para expresar su oposición a ese poder y tratar de desestabilizarlo”²².

Entre las características principales que destaca Bonasso del terrorismo de Estado, me interesó rescatar tres:

-“El terrorismo de Estado es siempre de origen conservador y, por lo tanto, antagónico a los intereses históricos de los sectores populares”²³.

²¹ Padilla Ballesteros, E. La memoria y el olvido. El terrorismo de Estado. Extraído el 1 de noviembre de 2013, de <http://www.desaparecidos.org/nuncamas/web/investig/lamemolv/memolv05.htm>.

²² Ídem nota 21.

²³ Ídem nota 21.

-“El terrorismo de Estado es siempre vergonzante, porque siempre está atrapado en la misma contradicción: debe difundir sus prácticas más crueles y aberrantes para generalizar el terror y asegurar la dominación pero debe, al mismo tiempo, negar su autoría para no transgredir las normas jurídicas internas e internacionales que aseguran -en teoría- el respeto a los derechos humanos”²⁴.

-“Los regímenes militares que lo aplican –particularmente en América Latina– tienden a mostrarlo como transitorio, como etapa cruel pero necesaria, que antecede al retorno de la ‘Constitución y la Democracia’”²⁵.

El Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), en una serie de folletos publicados por aquellos años de la dictadura, con “el objeto de dar a conocer a la opinión pública algunos de los aspectos del sistema represivo aplicado por el Gobierno de las Fuerzas Armadas desde el 24 de marzo de 1976”²⁶, denunció “violaciones sistemáticas de los derechos humanos fundamentales -la vida, la integridad física y psíquica, la dignidad, la libertad, el debido proceso, la identidad y unidad familiar, la seguridad, el respeto a las convicciones religiosas, filosóficas y políticas, el trabajo, los bienes-, ejecutadas por agentes del Estado, con autorización o bajo órdenes expresas de sus superiores, quienes están comprometidos a garantizar el secreto y la impunidad”²⁷.

Luego, continuaba la descripción del régimen de facto afirmando que “la principal característica del sistema adoptado, que lo distingue de otros afines en América Latina, lo constituye la clandestinidad casi absoluta de los procedimientos. Por ello, la detención de las personas, seguida de su desaparición, y la negativa a reconocer la responsabilidad de los organismos intervinientes, practicado en millares de casos a lo largo de un dilatado período, es el instrumento clave del método concebido y utilizado por el Gobierno de las Fuerzas Armadas para actuar sobre sospechosos y disidentes activos. Se trata de la práctica en gran escala del terrorismo de Estado que incluye, entre otros elementos, el uso indiscriminado de la tortura, el ocultamiento de la

²⁴ Ídem nota 21.

²⁵ Ídem nota 21.

²⁶ Conte Mc Donell, A., Labruno, N. y Mignone, E. (1982) El secuestro como método de detención. Extraído el 1 de noviembre de 2013, de <http://www.cels.org.ar/common/documentos/elsecuestro.pdf>.

²⁷ Ídem nota 26.

información, la creación de un clima de miedo, la marginación del poder judicial, la incertidumbre de las familias y la confusión deliberada de la opinión pública”²⁸.

La necesidad de explicitar en qué sentido se entendió esta categoría es indispensable para la comprensión misma del relato de los padres, ya que las circunstancias en que perdieron a sus hijos, propias del horror inherente al ejercicio del terrorismo de Estado, le dan una trágica peculiaridad a su dolor.

La pérdida de un hijo, en cualquier circunstancia, es uno de los hechos más traumáticos que puede vivir un ser humano. Durante los años de la última dictadura argentina, los padres de los jóvenes desaparecidos vieron ese dolor potenciado por la crueldad e injusticia con que sus hijos fueron arrebatados de sus hogares y de sus vidas. Además del sufrimiento por la juventud, las ilusiones y los proyectos coartados como consecuencia de la aplicación del terrorismo de Estado, los padres se enfrentaron a la angustia de desconocer si sus hijos estaban vivos o muertos. Quienes sí se enteraban de que ya habían sido asesinados, jamás conseguían (ni consiguieron luego) que les dieran el cuerpo. Esta situación, por la que los familiares de desaparecidos no tienen aún hoy un lugar adónde ir a llorarlos, llevarles flores o hablarles, como a cualquier muerto, es la trágica peculiaridad de su dolor, a la que hacía referencia antes. “Si toda muerte humana entrafña una ausencia irrevocable, ¿qué decir de esta ausencia que se sigue dando como presencia abstracta, como la obstinada negación de la ausencia final?”²⁹.

Cabe destacar que dentro de la doctrina represiva aplicada entre 1976 y 1983, “la detención seguida de la desaparición de personas consideradas sospechosas, disidentes o ideológicamente peligrosas, con la negativa de la participación oficial en el hecho, constituye su principal instrumento”³⁰.

- **Periodismo narrativo**

²⁸ Ídem nota 26.

²⁹ Cortázar, J. (1981). Negación del olvido. En R. Mattarollo (Ed.). *Estrategia represiva de la dictadura militar. La doctrina del “paralelismo global”* (pp. 83-89). Buenos Aires: Colihue.

³⁰ Mignone, E. y Conte Mc Donnell, A. (1981). *Estrategia represiva de la dictadura militar. La doctrina del “paralelismo global”* (1° Edición). Buenos Aires: Colihue. 2006.

El estilo elegido para redactar el libro fue el periodismo narrativo. Su elección responde a las posibilidades que este modo de escritura permite, que resultaron las más adecuadas para el desarrollo del trabajo que pretendía realizar.

En primer lugar, el *periodismo narrativo*, también nombrado como *nuevo periodismo* o *periodismo literario*, se caracteriza por “la comprensión de la realidad como algo vivo. Y como todo aquello que vive, se mueve. (...) El periodismo narrativo, entonces, con su dinámica y capacidad de transformación, es la mejor manera de contar una realidad”³¹.

En esta forma de escritura, la pirámide invertida que sigue vigente en el periodismo informativo y en la que “se proclama la idea de objetividad porque limita organizar la información de lo más importante a lo menos importante a través de cinco preguntas que garantizan un resultado pretendidamente eficaz”³², es dejada de lado por las limitaciones que representa para dar cuenta de la complejidad de la realidad.

“En el periodismo narrativo, la tendencia del relato va de lo menor a lo mayor, como en algunas películas. La situación comienza tranquilamente y luego se va complicando”³³. Por eso, “suele decirse que la diferencia entre la noticia y la literatura es que una alcanza el clímax en el principio y la otra en el desenlace. Pero eso sucede si la noticia se construye con la pirámide invertida y si la historia no es lo suficientemente intensa durante todo su recorrido. En el periodismo narrativo, el clímax o la tensión –si permiten la licencia- jamás debe acabar”³⁴.

Un rasgo característico del periodismo narrativo es la inclusión de la subjetividad del cronista en el relato, contra la pretendida objetividad del periodista en la noticia

³¹ Taller de Producción Gráfica I, Cátedra II. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. (2013) Ficha de Cátedra: Círculo Dinámico de la Información y periodismo narrativo. Extraído el 4 de noviembre de 2013, de <http://perio.unlp.edu.ar/sistemas/fotocop/admin/files/29ec65bafcbf17c71497edced88a9ca8.pdf>.

³² Ídem nota 31.

³³ González Marchant, C. (2007). “Periodismo narrativo. Relatoría del taller con Milagros Socorro”. Extraído el 5 de noviembre de 2013, de http://www.caf.com/media/4017/R_Periodismo_narrativo_MSocorro_2007.pdf.

³⁴ Ídem nota 31.

informativa. “Una crónica es un arte del hecho y se hace en un instante y desde la mirada del narrador inmersa en él”³⁵. Por lo tanto, “la subjetividad es propia de la crónica. (...) No se trata de una verdad tan simple como decir quién es el asesino. En periodismo narrativo nunca es así, son relatos, entonces en ese punto la única verdad posible es la verdad subjetiva”³⁶.

Esta característica del periodismo narrativo, sin embargo, no debe confundir a quien se disponga a escribir una crónica: muchos de sus mejores exponentes coinciden en que el límite a la subjetividad es el invento.

Cristian Alarcón, por ejemplo, afirma: “no estoy de acuerdo con la invención de detalles. La invención de detalles implica cierta vagancia, cierta pereza a la hora de investigar y de mirar. (...) Quizás a veces la tentación del estilo, la tentación de la metáfora puede acercar al cronista a la zona de invención”³⁷. Por otro lado, Leila Guerrero, sostiene que “la premisa es no inventar nada. Cuando uno habla de periodismo narrativo y menciona la utilización de elementos de la ficción, habla de crear puntos de tensión, armar estructuras complejas, historias fragmentadas. (...) Si uno permanece con la persona el tiempo suficiente, la historia está ahí contada, no hace falta ponerte a inventar”³⁸.

Por último, Josefina Licitra, expresa que “lo que permite la crónica es que uno ponga la mirada, un efecto sinuoso sobre el texto, no contrastable, que es subjetividad pura. Pero no me cierra que en nombre de la subjetividad puedas inventarte algo. (...) Un trabajo de campo exhaustivo no te da carta blanca para decir que cualquier texto es crónica periodística. La laxitud que permite la crónica está más relacionada con la mirada, con los recortes que puedas hacer de tu subjetividad”³⁹.

³⁵Alarcón,C., Guerriero,L., Haberkorn,L., Licitra,J. y Mejía Madrid, F. (2001). “Verdad y consecuencia. En torno al género de la crónica”. Extraído el 30 de octubre de 2013, de <http://www.bazaramericano.com/encuestas.php?cod=14&pdf=si>.

³⁶ Ídem nota 35.

³⁷ Ídem nota 35.

³⁸ Ídem nota 35.

³⁹ Ídem nota 35.

Este modo de escritura, además, implica una postura ética frente a la realidad, como lo es asumir que “el periodismo no es la noticia inmediata y efímera: es vincularse con el otro, comprender su universo y su historia”⁴⁰.

La crónica ya no se ocupa de relatar únicamente experiencias de viajes a lugares lejanos y exóticos, sino que se interesa por “las formas que adquieren las subjetividades próximas signadas por los procesos de segregación y las distintas formas de violencia, desplazamiento y/o exclusión. Estos mundos cercanos que sin embargo se desdibujan en la voz monocorde de un mega discurso generalizador (...) En ese caso, interpretar la voz de ‘lo otro’ en la cercanía de lo cotidiano, significa también aceptar el desafío de la escritura como acto de resistencia. De ahí que la marca del género siga siendo su potencialidad de transformación no sólo como resultado de estilo sino como aceptación de la complejidad, signo que la convierte en una narrativa implicada en los cambios vertiginosos, dilemáticos de nuestro tiempo, sosteniendo un equilibrio propio, siempre en tránsito, entre el reto de la veracidad y el arte de narrar”⁴¹.

El trabajo que realicé no podía ser escrito de otro modo que no fuera bajo el periodismo narrativo. Contar historias de padres de desaparecidos, recogidas en forma de relatos de vida, jamás podría haberse hecho desde la rígida estructura de la pirámide invertida.

Era necesario hacerlo desde un género (la crónica) y un estilo (el periodismo narrativo) que permitiera dar cuenta de la mirada del otro y de la propia, que facilitara el acercamiento de los padres de Plaza de Mayo al lector, que habilitara a las descripciones no sólo físicas, sino también de rasgos psicológicos, de sensaciones y sentimientos. Eso resultó determinante en la elección del periodismo narrativo, ya que las emociones, tanto las positivas como las negativas, estuvieron a flor de piel en las entrevistas con ellos.

También apareció como indispensable para esta tesis la posibilidad que brinda la crónica latinoamericana de trabajar con microhistorias, que le suceden a ‘gente

⁴⁰ Ídem nota 31.

⁴¹ Falbo, G. (2007). *Tras las huellas de una escritura en tránsito: la crónica contemporánea en América Latina*. De G. Falbo (Ed.), La Plata: Ediciones Al Margen.

común', pero sin dejar de "interrogar en presente la historicidad de nuestra vida colectiva"⁴².

- **Memoria colectiva**

Este concepto se constituyó como clave desde el inicio del proyecto, ya que guio los objetivos de la tesis y, además, porque en él confluyen varias de las demás categorías desarrolladas previamente. Es decir, es muy difícil explicar qué es la memoria colectiva y el motivo por el cual retomarla en este trabajo, sin hacer mención a las implicancias y vinculaciones que tiene con las identidades, los relatos de vida, etc.

Uno de los autores más prolíferos en el tema es Maurice Halbwachs, quien acuñó el término y lo trabajó en profundidad, constituyéndose en un referente ineludible para todo aquel que pretenda abordarlo.

De la docena de libros que escribió, tres se refieren a la memoria colectiva: *Los marcos sociales de la memoria* (1925); *La Topographie légendaire des Évangiles en Terre Sainte; étude de mémoire collective* (1941) y *La memoria colectiva* (publicado de forma póstuma, en 1950).

En primer lugar, cabe destacar una aclaración importante realizada por el autor, respecto a que "cuando se habla de memoria colectiva no se hace referencia a la sumatoria de las memorias individuales"⁴³ y que la memoria colectiva no es "un equivalente de la memoria individual"⁴⁴, sino que, por el contrario, es diferente.

En la primera de las obras mencionadas, Halbwachs define a la memoria colectiva "como la memoria de los miembros de un grupo que reconstruyen el pasado a partir de sus intereses y del marco de referencias presentes"⁴⁵. Así, "para Halbwachs, es una

⁴² Ídem nota 41.

⁴³ Manero Brito, Roberto; Soto Martínez, Maricela Adriana. (2005). Memoria colectiva y procesos sociales. Enseñanza e Investigación en Psicología, enero-junio, 171-189.

⁴⁴ Ídem 43.

⁴⁵ Páez, D. y Basabe, N. (1993) Trauma político y memoria colectiva: Freud, Halbwachs y la Psicología Política Contemporánea. Psicología política, N° 6, 7-34.

memoria de los grupos; es decir, la pertenencia grupal va a proporcionar los marcos para la conformación del recuerdo”⁴⁶.

Es necesario señalar, para evitar confusiones, que la memoria colectiva a la que se pretende aportar nuevos elementos con este trabajo para su enriquecimiento, es la de la sociedad argentina en su conjunto, y no la de los padres de desaparecidos, por más que sea a ellos a quienes entrevisté. En la memoria colectiva argentina, casi no existen referencias a la existencia e historia de vida de estos hombres, mientras que es difícil encontrar a personas que desconozcan la labor de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, a las que millones de argentinos (y extranjeros también) recuerdan sólo al ver, por ejemplo, un pañuelo blanco.

La fortaleza, la valentía, la perseverancia y el inmenso amor que movió y mueve a estas mujeres es innegable, y merecen todo el reconocimiento y admiración que supieron cosechar con su lucha, pero también es innegable la necesidad de rescatar del olvido a sus compañeros, que llevan más de treinta años en el anonimato y que, en muchos casos, fueron pilares afectivos fundamentales para ellas.

Por otro lado, la reconstrucción del pasado que hicieron hoy los padres de desaparecidos, sin duda, fue distinta a la que hubieran hecho en años anteriores, ya que con seguridad, como afirma Halbwachs, el “marco de referencias presentes” (más de treinta años de distancia con el hecho traumático, el duelo en una etapa tal vez más avanzada, la derogación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, el juzgamiento y la prisión efectiva de cientos de genocidas) influyeron en sus percepciones y en la elaboración del relato.

Es importante remarcar también que la memoria colectiva no es algo dado, sino que “es producto de un proceso social por el cual se construye sentido respecto del pasado y el presente de cada sociedad”⁴⁷. Afirmar esto implica que la memoria no se encuentra **en** la persona, sino en la relación **entre** las personas.

⁴⁶ Ídem nota 43.

⁴⁷ Gili, M.L. (2009). “La historia oral y la memoria colectiva como herramientas para el registro del pasado”. En Y. Martini, G. Pérez Zavala y Y. Aguilar (Ed.), *Las sociedades de los paisajes áridos y semiáridos del centro-oeste argentino*. Río Cuarto: Editorial de la Universidad Nacional de Río Cuarto. 443-448.

De todos modos, como no se puede acceder a “la memoria colectiva” como un todo, necesariamente una de las formas de reconstruirla es a través de los relatos de vida, método utilizado en la etapa de pre-producción de esta tesis. Con dichos relatos, destinados a dar contenido a los baches de la memoria colectiva argentina sobre la última dictadura militar, invité a los entrevistados a “recordar el pasado, resignificar el presente y construir el futuro compartido”⁴⁸.

En esta construcción de los relatos de vida y de reconstrucción de la memoria colectiva, el lenguaje cumple una función determinante, ya que con él “se construyen, mantienen y comunican los contenidos y significados de la memoria”⁴⁹.

Asimismo, la relación entre memoria y lenguaje está dada por el hecho de que “la experiencia se transforma en y por la palabra, a la vez que permite la toma de contacto con otras personas, comunidades o textos que declaran horizontes de significado comunes; y en ese momento concurre la dimensión colectiva de la memoria. La persona ahora dispone de un recurso de relación comunitaria que antes no tenía y sin el cual no podría compartir su experiencia”⁵⁰.

Por otro lado, también es necesario prestar atención a las palabras con que los entrevistados, en este caso los padres, construyen sus relatos, ya que en ellas, por estar cargadas de sentidos, pueden vislumbrarse subjetividades, las distintas intensidades de los sentimientos, creencias, etc. No es lo mismo, por ejemplo, que un padre hable de “dolor”, “angustia”, “tristeza” o “depresión”. Pese a que a simple vista puede parecer lo mismo, no lo es, porque cada una de esas palabras implican distintas gradaciones y duraciones de un estado emocional, así como el uso de una u otra importa una percepción diferente de la situación traumática.

Cuando la reconstrucción de la memoria colectiva mediante relatos de vida abarca situaciones dolorosas, como la desaparición de un hijo o el padecimiento de torturas,

⁴⁸ Fundación Universitaria Luis Amigó. (2009) Ficha de cátedra: La Memoria Colectiva a través de la Reconstrucción de Historias de Vida. Extraído el 1° de diciembre de 2013, de <http://virtual.funlam.edu.co/repositorio/sites/default/files/LaMemoriaColectivaatravesdelaReconstrucciondeHistoriasdeVida.pdf>.

⁴⁹ Mendoza, J. (2004). Las formas del Recuerdo. La Memoria Narrativa. Athenea Digital, volumen 6, extraído el 30 de octubre de 2013, de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53700616>.

⁵⁰ Ídem nota 48.

se “abre un espacio donde la escucha y el proceso terapéutico, generan un efecto catártico y vinculante, pues cuando la persona tiene la oportunidad de contar su experiencia en diferentes ocasiones el recuerdo queda, pero el dolor se transforma realizando de esta manera un acto liberador”⁵¹.

Sin embargo, no debe confundirse una escucha empática, cálida y cercana, destinada a ganarse la confianza del narrador, con una sesión de psicoanálisis o una conversación entre amigos. Es preciso, ante todo, no perder de vista que el rol que uno debe llevar a cabo y sostener es el de investigador social, que persigue determinados objetivos, y que en base a ellos debe concatenar sus acciones y actitudes.

La memoria colectiva, como proceso, “involucra todos los mecanismos propios de la memoria como los recuerdos, el olvido, la selección de acontecimientos y la construcción de versiones acerca de aquellos acontecimientos que son objeto de la memorización; una memorización compartida y que no emerge necesariamente en el mismo espacio ni en el mismo momento”⁵². Así, es posible hallar versiones similares sobre hechos de la historia del país, aun en personas y grupos que están en lugares distantes y que no se conocen ni se conocerán.

Otros aspectos importantes a destacar de la memoria colectiva, por los cuales resultó necesario trabajar sobre este concepto, están vinculados a su rol “constitutivo y esencial en la identidad de una persona y de un grupo social”⁵³ y, además, con su heterogeneidad, diversidad y su pluralidad.

Justamente, este carácter heterogéneo, diverso y plural de la memoria colectiva, es lo que, para el autor, la diferencia de la historia. “Para Halbwachs, la historia está lejos de ser plural; por el contrario, se postula como universal. La historia no tiene apoyo en los grupos pues está fuera de ellos, por encima de la continuidad del tiempo vivido colectivamente”⁵⁴. La historia es informativa, porque “le interesan los datos y eventos registrados independiente de lo sentido y significado”⁵⁵; en tanto, “la memoria es

⁵¹ Ídem nota 48.

⁵² Ídem nota 48.

⁵³ Ídem nota 48.

⁵⁴ Ídem nota 43.

⁵⁵ Halbwachs, M. (1950). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza. 2004.

comunicativa, por lo que los datos verídicos no le interesan, sino que le interesan las experiencias verídicas por medio de las cuales se permite transformar e inventar el pasado cuando sea necesario”⁵⁶.

Para Halbwachs, “el carácter social de la memoria radicaría, básicamente, en cuatro aspectos: 1) porque tiene un contenido social, puesto que el recuerdo es un recuerdo con los otros; 2) porque se apoya en los marcos sociales de referencia, tales como ritos, ceremonias o eventos sociales; 3) porque la gente recuerda las memorias compartidas y recordadas conjuntamente, y 4) porque se basa en el lenguaje y en la comunicación lingüística externa e interna con otros seres significativos”⁵⁷.

Los padres de jóvenes desaparecidos, al igual que cualquier ser humano que repasa su vida, no pudieron dejar de mencionar a otras personas en sus relatos, comenzando por sus propios hijos y familiares, y continuando por conocidos, amigos, victimarios y testigos. Esto confirma el postulado número uno de Halbwachs respecto al carácter social de la memoria. Por otro lado, también en sus narraciones se hicieron presentes ritos, ceremonias y eventos sociales, tales como, por ejemplo, las rondas de sus esposas los jueves en Plaza de Mayo o los circuitos realizados con regularidad para recabar información, que verifican el segundo aspecto enumerado por el autor.

El recuerdo de estos padres es compartido con aquellas personas que acompañaron su lucha, que pasaron por la misma situación, o que colaboraron con su búsqueda, por lo que el tercer aspecto mencionado por Halbwachs sobre el carácter social de la memoria, resulta fácil de identificar en este caso. Finalmente, la importancia del lenguaje en la construcción de la memoria y del relato de estos hombres, que constituye el cuarto postulado propuesto por el autor para fundamentar su tesis, es evidente.

MÉTODOS Y TÉCNICAS

- **Pre-producción**

⁵⁶ Ídem nota 55.

⁵⁷ Ídem nota 43.

Las perspectivas metodológicas para realizar una investigación llevan implícito consigo una determinada “intencionalidad de producir conocimiento”⁵⁸. Por este motivo, es que no es indiferente optar por una o por otra, ya que de la elección hecha dependerán una gran cantidad de aspectos de la indagación, tanto del desarrollo de la misma como de sus resultados.

Para el trabajo aquí presentado, seleccioné la perspectiva cualitativa, a la que Guillermo Orozco Gómez define como “un proceso de indagación de un objeto al cual el investigador accede a través de interpretaciones sucesivas con la ayuda de instrumentos y técnicas, que le permiten involucrarse con el objeto para interpretarlo de la forma más integral posible”⁵⁹.

La elección de métodos investigativos cualitativos para la etapa de pre-producción de la tesis, estuvo vinculada con las posibilidades que ellos brindan y que consideré más adecuadas para los fines de mi trabajo.

La intencionalidad que lleva consigo la perspectiva cualitativa de entender el objeto de estudio construido, resultó más pertinente para el presente proyecto, que la de la perspectiva cuantitativa, la que sólo busca verificar “eventos que están allá afuera y que existen independientemente del investigador”⁶⁰.

Por otro lado, en un trabajo en el que lo que se buscó fue recuperar la voz de padres de jóvenes desaparecidos durante la última dictadura militar argentina, ahondar en sus experiencias, sus sentimientos, sus recuerdos y sus historias, los métodos cualitativos fueron los correctos, ya que permiten “hacer sentido de lo que se está investigando, para llegar a una interpretación”⁶¹.

A su vez, este tipo de técnicas no sólo posibilitan, sino que también favorecen el involucramiento del investigador con el objeto de estudio, ya que concibe a la investigación como “un proceso en el cual el investigador se va adentrando, va

⁵⁸ Orozco Gómez, G. (1996). “La perspectiva cualitativa”. En G. Orozco Gómez (Ed.), *La Investigación en Comunicación desde la perspectiva cualitativa* (pp. 67-93). La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación Social.

⁵⁹ Ídem nota 58.

⁶⁰ Ídem nota 58.

⁶¹ Ídem nota 58.

descubriendo nuevos elementos, nuevas relaciones, los va explorando y entendiendo paulatinamente”⁶². Este modo de proceder, en el que debí tomar las precauciones necesarias para que mi involucramiento estuviera “en un nivel tolerable” y no fuera “una interpretación exclusivamente subjetiva”⁶³, fue el que me allanó el camino en la búsqueda de posibles entrevistados, en el cruce de informaciones, etc.

Otra derivación de utilizar esta perspectiva fue la posibilidad de la interdisciplinariedad, tan importante para cualquier tipo de estudio del campo de la comunicación social, como lo es éste, ciencia que de hecho se caracteriza por conjugar saberes, métodos y técnicas de diversas áreas de conocimiento. “Difícilmente podamos decir que en el campo de la comunicación social utilizamos sólo teoría de la comunicación: al hacer investigación cualitativa estamos implementando conocimientos, aportaciones de otras disciplinas, como la antropología, la sociología, los estudios culturales, la historia, la política”⁶⁴.

Por último, la elección de la perspectiva cualitativa también tuvo que ver con el tipo de resultados que esperaba obtener en el proceso de investigación: descriptivos y no cuantitativos. Si lo que buscaba era “llegar a una interpretación del objeto de la manera más profunda e integral posible”⁶⁵, sólo sería posible mediante descripciones exhaustivas, no mediante cuantificaciones.

Dentro de la perspectiva cualitativa, se encuentra el enfoque biográfico, del que el relato de vida es su principal técnica o herramienta, y el cual fue utilizado en la pre-producción de este trabajo. Comprender al relato de vida dentro de este enfoque más amplio, que es interdisciplinario por conformarse con aportes diversos (antropología, sociología, historia, educación, psicología), permite situarlo “en un determinado marco conceptual, ético y epistemológico, que lo diferencia de su utilización bajo otra orientación”⁶⁶.

⁶² Ídem nota 58.

⁶³ Ídem nota 58.

⁶⁴ Ídem nota 58.

⁶⁵ Ídem nota 58.

⁶⁶ Cornejo, M.; Mendoza, F. y Rojas, R. (2008). “La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico”. *Psykhé*, 17 (1), 29-39.

“El relato de vida corresponde a la enunciación –escrita u oral- por parte de un narrador, de su vida o parte de ella”⁶⁷. Estos relatos “no necesariamente poseen coherencia, totalidad y estabilidad. (...) En ellos existen contradicciones, tensiones y ambivalencias; las historias que nos contamos sobre nosotros poseen un carácter dinámico, cambian constantemente, pero siempre en función de otra historia que las integre y les dé un nuevo sentido”⁶⁸. Es por esto que “casi nunca se pretende que sea exhaustivo” y que “la ilusión de la totalidad está desterrada, porque se considera que todo sujeto posee un mecanismo selectivo que desde el presente lo lleva a recordar u olvidar determinados hechos, y dicho proceso debe ser respetado por el investigador”⁶⁹. En este sentido, “tampoco debe importar si las cosas ocurrieron tal cual lo contado, ni si es absolutamente ‘verdad’”, ya que “si no sucedió así, por lo menos desde el presente se lo concibe de esa manera y por lo tanto se actuará en consecuencia”⁷⁰.

Si bien el relato de vida es utilizado en diversas disciplinas sociales, en este caso es importante resaltar cuáles fueron los aportes que pudo realizar a esta tesis, perteneciente al campo de la comunicación social.

Por un lado, la relación entre relato de vida y construcción identitaria, es clara, ya que “estos relatos nos definen y diferencian de otros. (...) Se trata, según Ricœur (1983-1985), de una identidad narrativa, que se construye y reconstruye a través de los relatos, los cuales dan sentido a las acciones, a los eventos vividos, restituyendo un sentido global a un curso inevitablemente caótico de una existencia siempre enigmática”⁷¹. Esta característica y potencialidad del relato de vida resultó de suma utilidad ya que, como se explicó antes, en lo que narraron los padres entrevistados la cuestión de la identidad estuvo presente y fue uno de los puntos más ricos para la posterior elaboración de las crónicas.

⁶⁷ Ídem nota 66.

⁶⁸ Ídem nota 66.

⁶⁹ Díaz Larrañaga, Nancy (1999). “El relato de una vida: apuntes teóricos-metodológicos en comunicación”. Revista Latina de Comunicación Social, 22. Recuperado el 1 de octubre de 2013 de: <http://www.ull.es/publicaciones/latina/a1999coc/33vanancy.htm>

⁷⁰ Ídem nota 69.

⁷¹ Ídem nota 69.

Por otro lado, “a través de lo biográfico se puede llegar a dos puertos básicamente; a conocer significados y contextos de significados de lo individual en tanto parte de lo social o indagar estructuras y normas sociales”⁷². En los relatos de cada persona, “aparecen las visiones compartidas por su grupo de pertenencia, aquellas tradiciones y lecturas de la realidad que se acumulan y sedimentan en torno a narrativas nuevas y viejas, formas propias de verse y narrar la propia comunidad”⁷³, por lo que su uso resulta pertinente para la reconstrucción de la memoria colectiva. Esta relación entre lo personal y lo cultural que permite el relato de vida, que hace posible el “acceso a los contextos de significado de las acciones, superando el significado del acto en sí”⁷⁴, me interesó en especial para el desarrollo de mi tesis de grado. Por este motivo es que elegí esta técnica, enmarcada dentro del enfoque biográfico: por su pertinencia para la persecución de los objetivos propuestos.

La recomposición de la memoria colectiva a través del relato de vida, “constituye no sólo un espacio para reconocer el recuerdo y el olvido, sino también para afrontar y redefinir terapéuticamente la relación con la situación de violencia y el proyecto de vida personal, familiar y en ocasiones comunitario”⁷⁵. En este caso, los padres hicieron mención de manera reiterada a cómo su modo de hacer frente a la desaparición de sus hijos fue variando a lo largo del tiempo y cómo sus proyectos y estilos de vida se vieron modificados por lo sucedido.

Para la recolección de los relatos de vida se llevaron a cabo entrevistas en profundidad, que pertenecen al grupo más amplio de las entrevistas cualitativas, las que son “flexibles y dinámicas, (...) no directivas, no estructuradas, no estandarizadas y abiertas”⁷⁶.

Las entrevistas en profundidad son entendidas como “los reiterados encuentros, cara a cara, entre el investigador y los informantes, encuentros éstos dirigidos hacia la

⁷² Ídem nota 69.

⁷³ Ídem nota 47.

⁷⁴ Ídem nota 69.

⁷⁵ Ídem nota 48.

⁷⁶ Taylor, S. y Bogdan, R. (1992). “La Entrevista en Profundidad”. En S. Taylor y R. Bogdan (Ed.), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación de significados* (pp. 100-132). Barcelona: Paidós.

comprensión de las perspectivas o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras”⁷⁷. En ellas, se sigue “el modelo de una conversación entre iguales, y no de un intercambio formal de preguntas y respuestas”⁷⁸.

La elección de esta técnica estuvo fundamentada en la necesidad de darle al relato “un espesor reflexivo”⁷⁹, que de otro modo no hubiera podido otorgársele. Para poder extraer narraciones ricas en experiencias, anécdotas, valores y reflexiones, era necesario crear un vínculo con el entrevistado, o sea, el narrador, que sólo podía construirse con este tipo de entrevista, y con “una escucha calurosa, una comprensión empática y una neutralidad benévola”⁸⁰, más si se trataba de personas mayores y con una historia dolorosa que contar.

“Sólo a través de la aceptación del otro, del reconocimiento de su legítima experiencia, y el interés por conocer mucho más de lo dicho acerca del escenario de los hechos, es posible entrar en su mundo, compartir sus experiencias y trabajar de forma colaborativa”⁸¹.

También consulté una gran cantidad de fuentes documentales (libros, archivos gráficos, material audiovisual y contenidos online), mencionada en su mayoría en los antecedentes o la bibliografía.

Su utilización fue de valor para cotejar y completar la información recabada mediante las entrevistas a los padres.

Incluso, la totalidad de los datos recabados en la consulta al archivo del CELS y de Memoria Abierta, junto con la posibilidad de concretar dos entrevistas más, por el momento pre-pautadas, constituyen un bagaje importante de material sin usar para ampliar el libro o producir un segundo volumen.

Destinatarios

⁷⁷ Ídem nota 76.

⁷⁸ Ídem nota 76.

⁷⁹ Ídem nota 66.

⁸⁰ Ídem nota 66.

⁸¹ Ídem nota 48.

Por ser un libro que apuntaría a contribuir a la formación de la memoria colectiva, estaría destinado a un público amplio, de 14 años en adelante, interesado por la historia argentina reciente y por la defensa de los derechos humanos. De hecho, hoy en día los programas de estudio de las escuelas secundarias incluyen contenidos destinados a formar a los jóvenes en esa área temática, por lo que esta tesis podría contribuir a ampliar la bibliografía destinada a tal fin.

Los catorce años es una edad en la que la formación en esos aspectos, resulta clave para la construcción de una ciudadanía informada y responsable. Acotarlo a un rango menor de edad, sería contradictorio con la función social que intenta cumplir, porque si lo que se busca es aportar a la construcción de la memoria colectiva no es lógico destinar el texto a un rango etario muy acotado.

Es un libro que puede interesar a adolescentes y jóvenes, por el hecho de que no vivieron la época de la última dictadura militar y necesitan valerse de distintas producciones de este tipo, de documentales y testimonios, para conocer qué pasó, cómo, por qué, cuándo. Pero también puede importar a gente que sí vivió esos años, pero que, por cuestiones lógicas, no puede conocerlo todo y que pretende seguir interiorizándose sobre el tema.

Relatoría del proceso de entrevistas

Lunes 10 de marzo de 2014

El lunes 10 de marzo iba a ser un día muy especial para mí: se recibía uno de mis mejores amigos, con quien además había compartido toda la carrera. Casi todas las materias, tanto las anuales como las cuatrimestrales, las habíamos cursado juntos y habíamos conformado un grupo de trabajo, junto a otros compañeros –también amigos-, muy unido y responsable. Si bien todos éramos integrantes importantes, creo que Nacho y yo nos respaldábamos uno en el otro más que en cualquiera de los demás, ya que confiábamos mucho en nuestro criterio y compromiso con el trabajo.

Por supuesto que, como en toda relación humana expuesta a tantas horas compartidas (acumuladas por viajes en micro, cursadas, reuniones de estudio y ocio), a veces,

teníamos pequeños roces, que de inmediato quedaban en el olvido y que se solucionaban con risas y bromas. La confianza, el respeto y el gran cariño prevalecían ante todo; eso estaba claro.

Miles de anécdotas muy graciosas quedaban de todos esos años compartidos junto a él, a Migue y a Flor, los otros integrantes del grupo del curso de ingreso y de toda la carrera. Las ocurrencias de Nacho generaban nuestras carcajadas, aún cuando estábamos cumpliendo con las distintas obligaciones para cada materia, y a partir de ahí todos sumábamos las nuestras. La diversión fue algo que nunca faltó entre nosotros y eso creo que se veía reflejado en los resultados de todo lo que hacíamos.

La emoción era muy grande, ya que Nacho iba a ser el primero de los cuatro en convertirse en licenciado en comunicación social. Todos, de una forma u otra, habíamos formado parte de ese camino y ahora, verlo llegar al final del recorrido, despertaba en nosotros una gran alegría.

La decisión de hacer la tesis cada uno por su lado había estado basada en varios motivos. En primer lugar, el de poder manejar cada uno sus tiempos con libertad; el de elegir la temática, el enfoque y la metodología sin tener que consensuarlos con nadie; el de hacer este trabajo tan importante tal como cada uno lo ideó, asumiendo la totalidad de las consecuencias positivas o negativas que se derivaran; y el de preservar la amistad: sabíamos que la realización sería larga y compleja, y que había habido casos en los que los conflictos grupales no habían podido ser superados. No queríamos que eso sucediera.

Sin embargo, en agosto de 2013, en el día de su cumpleaños, Nacho me manifestó su preocupación por no lograr avanzar con su tesis por motivos ajenos a su voluntad: hacía más de un año que venía trabajando sobre el tema elegido, pero aún no había conseguido siquiera presentar el plan. Ahí sí me planteó la posibilidad de hacerla juntos, para ver si así nos beneficiábamos los dos.

Por un lado, me elogiaba mucho la propuesta, pero por el otro, me ponía en un aprieto: aceptarla implicaba una serie de opciones que no me convencían ni me parecían justas para ninguno. Cada uno de nosotros había pensado un tema a su medida, acorde a sus intereses, y no me parecía bien que alguno de los dos debiera abandonarlo para sumarse al del otro o para elegir uno nuevo de cero. Ya ambos

veníamos trabajando en los planes, teníamos lecturas hechas, avances escritos, y era un desperdicio desaprovecharlos. Además, al que le tocara recibir al otro como compañero de su proyecto, debería resignar la chance de hacerlo tal y como planeaba, para pasar a negociar cada punto y cada coma del texto.

No sabía cómo decirle que no. No quería que se enojara ni que pensara que no me importaban las dificultades que él tenía. Le comenté mi inquietud a Rossana Viñas, mi directora de tesis, y me dio una alternativa interesante: explicarle mis motivos para rechazar la propuesta, pero a la vez, ofrecerle que pasara por el Centro de Investigación en Lectura y Escritura (CILE) para hablar con ella, que estaba dispuesta a dirigirlo y darle una mano si él aceptaba. Y así fue. Rossana, junto con Claudia Festa, terminaron siendo la directora y co-directora de Nacho respectivamente, conformando entre los tres un equipo de lujo: ¡en agosto se conocieron y en diciembre presentaron la tesis terminada! Eso me puso muy feliz, ya que desde algún lugar, hice un pequeño aporte para conectarlos.

El amanecer del 10 de marzo, no fue el mejor. Tenía un fuerte dolor en la boca del estómago -¿nervios, tal vez?-, así que apelé a algunos remedios para poder estar bien a la hora de la defensa de la tesis de Nacho. Hicieran efecto o no, yo sabía que iba a estar ahí, fuera como fuera. No podía ni quería fallarle en ese momento tan importante para él.

Por suerte, el dolor cedió mientras yo preparaba un *menjunje* para tirarle a la salida. Mezclé puré de tomate, vinagre de alcohol, vino tinto, yerba usada, acrílico azul y harina. También, aparte, llevé huevos.

Salí temprano de casa para poder verlo antes de que entrara, darle un abrazo y deseárselo suerte. En realidad, no la necesitaba: al igual que todo su desempeño en la facultad, la tesis, con certeza, sería muy buena.

Cuando llegué a la Facultad y fui al tercer piso, lo encontré –contrariamente a lo que suponía- muy tranquilo y sonriente, junto a su mamá, Adriana; su papá, Elio, y su hermana, Eliana. De las personas ajenas a su familia más cercana, fui la primera en llegar, así que fui viendo cómo, poco a poco, se sumaban otros parientes y amigos. Todos estábamos muy entusiasmados y alegres, pero también nerviosos.

Por supuesto, Rossana y Claudia también se hicieron presentes, y aguardaron junto a él que fuera el momento de entrar a la sala de defensa, ante el jurado. Una vez que eso sucedió y que pasó un tiempo prudencial como para que fuera posible que ya saliera, la ansiedad nos empezó a hacer síntoma: no faltaban los pies moviéndose de forma continua, las caminatas de un lado al otro del tercer piso, los suspiros, las uñas comidas.

Cuando salió con una sonrisa amplia, que confirmaba que le había ido bien, todo fue algarabía. Hubo besos, abrazos, felicitaciones y las primeras fotos. Luego, vino la lectura del dictamen del jurado, que escuchamos con atención y con los ojos húmedos por la emoción. ¡Se había sacado un nueve!

Después de la segunda tanda de festejos y aplausos, Nacho se fue a poner ropa vieja - como es costumbre en cada egresado-, para poder ser víctima del tradicional enchastre.

Una vez empezada la batalla, muy pocos de los involucrados quedaron exentos de recibir alguna que otra salpicadura de las olorosas mezclas. Incluso, Florencia recibió un “huevo” en la frente, que en realidad iba dirigido al nuevo profesional.

Después de sacarnos la foto grupal, empezamos a despedirnos de a poco. Cuando dialogué unas palabras con Rossana y Claudia, no faltó la arenga para que yo fuera la próxima de las tesis dirigidas por la primera de ellas en recibirse.

-¡Ahora te toca a vos, Lu!-dijo Ro, con un entusiasmo que, por un lado, me llenaba de energía a mí también, pero por otro, me aterraba.

-¡Sí, por favor empezá a llamar a los viejitos para pautar las entrevistas!- insistió Clau, que sabía que ya tenía los números telefónicos hacía rato y no me animaba a hacerlo.

Esas palabras de ambas, sumadas a la grata experiencia de ver a alguien tan cercano y querido cumpliendo ese objetivo, serían claves en el desarrollo posterior de mi proceso de tesis, que tomó un gran impulso tanto anímico como práctico.

Martes 11 de marzo de 2014

Con la alegría del día anterior intacta, tras el festejo en la casa de Nacho por su recibida, me dispuse a empezar una nueva etapa en mi tesis: pautar y realizar las

entrevistas con los padres de jóvenes desaparecidos. Hacía tiempo tenía un listado de diez teléfonos, más o menos, que con mucho trabajo me había encargado de averiguar por distintos medios, pero no me animaba a dar el paso de llamarlos y explicarles por qué los buscaba.

No es que me resultara difícil a nivel intelectual hacerlo, porque era casi evidente el motivo y porque en mi ejercicio como productora radial hablaba a diario con muchísimas personas -con cargos políticos muy importantes, con profesionales o artistas de renombre, etc.- a las que debía explicarle quién era y qué pretendía con ese llamado. Lo que sucedía es que tenía miedo de incomodarlos al hacerles referencia a un tema tan delicado y doloroso.

Además, sospechaba que también yo podía flaquear emocionalmente al hablarles, como lo había hecho al mirar el documental “Padres de la Plaza: diez recorridos posibles”.

Ya le había mandado un *e-mail* a Marcos Weinstein (86), el 28 de febrero. Hacer un primer acercamiento por escrito, me parecía lo mejor; luego, si era necesario, entablaría el diálogo telefónico.

La cuestión era que no todos usaban correo electrónico o *Facebook*, ya que tenían entre 80 y 90 años. Igual, lo intentaría con aquellos que sí utilizaban internet para comunicarse. Marcos me contestó el mismo día; decía lo siguiente:

Estimada Lucía: Si bien estoy de acuerdo con la propuesta que hace sobre su manera de encarar su tesis y por ello le aceptaría que haga las entrevistas necesarias para redondear su desarrollo, debo comunicarle que seré operado de un reemplazo total de una cadera el próximo miércoles 5 de marzo. Eso conlleva a la situación que, si todo sale bien, recién a partir de la tercera o cuarta semana de marzo estaré en condiciones de poder entrevistarme con Usted para esos fines. Por ello le propongo que me escriba alrededor de esa fecha y entonces fijaremos espacios y tiempos para su tarea. Afectos. Marcos Weinstein.

Mientras dejaba correr el tiempo solicitado por Marcos, le había escrito por mensaje privado de *Facebook* a Julio Morresi y Rafael Belaústegui, los dos únicos que eran

usuarios de esa red social. El primero de ellos contestó el 11 de marzo, es decir, el primer día de mi nueva actitud frente a la tesis.

La sorpresa y la alegría al ver la notificación de su respuesta, fueron enormes. De golpe, todo se iba encadenando para darme ánimo y demostrarme que era posible ir convirtiendo en realidad este proyecto que tanto deseaba. Julio escribió:

Estimada Lucía: te agradezco mucho tu preocupación por el tema que estás encarando. Es muy importante saber la verdad de lo ocurrido: los que tanto daño le hicieron al país, narran sus historias con mentiras; nosotros, los que sufrimos la desaparición de nuestros seres queridos, pedimos verdad y justicia, no venganza. Nunca la pedimos, sino que sean juzgados los verdaderos responsables del genocidio mayor que haya sufrido nuestro país. Para tener una entrevista como pedís, comunicate por teléfono al XXXXXXXX, así arreglamos el encuentro. Un beso grandote y seguí adelante con tu preocupación. Julio.

¡Bien! Ya era el segundo que aceptaba con gusto mi propuesta. Confirmé que el número telefónico que tenía de su casa era correcto, ya que coincidía con el que me estaba pasando Julio, pero era muy distinto llamarlo por iniciativa propia que hacerlo habiéndomelo pedido él.

Con este nuevo impulso, me propuse también contactar a Rafael. El mensaje privado que le había mandado el mismo día que a Julio (el 5 de marzo), no había sido visto aún. Suponía que, al no ser amigos, la notificación había pasado desapercibida, por aparecer pequeña y en el ángulo superior izquierdo. Por eso, me fijé en el muro de él a ver cuándo había sido su última actividad; si bien no lo tenía en mis contactos, su configuración de privacidad me permitía hacerlo. Al ver que había sido hacía un minuto, me apuré a proceder. Mi plan era escribirle mientras estuviera conectado, para que la ventanita del chat se le abriera en la parte inferior de la pantalla y lo viera en el mismo momento.

Así lo hice. Copié y pegué el mismo mensaje que había enviado antes, para no perder tiempo. Mi plan no falló: me contestó de inmediato.

Lucía, con todo gusto acepto su invitación. Valoro y aprecio a todos quienes aportan al NUNCA MÁS en medio de tanta gente que mira para otro lado. Así que, la felicito y cuente conmigo. Yo estoy viviendo en el Uruguay, pero justamente por unos días ando por aquí. Lo mejor sería combinar por mail el encuentro que podría ser en mi domicilio del barrio de Belgrano. Le paso el correo: rbelastegui@gmail.com. Podría ser, en principio, para este fin de semana, si usted pudiera. Leeré su plan de tesis antes. Saludos.

A esta altura, mi alegría ya se había transformado en euforia. Eran demasiadas noticias buenas en un mismo día. Además, no podía creer mi suerte: ¡justo encontraba en Argentina a Rafael y estaba dispuesto a entrevistarse conmigo en cinco días!

Agradecí su mensaje enseguida y luego de un rato –quería mostrarme interesada, pero no desesperada-, empecé las tratativas por *mail* para fijar día y horario para el encuentro.

Rafael respondió esa misma noche, con términos que no esperaba y que fueron el corolario de un día increíble:

Lucía, le comunicaré lo antes posible. En principio sería para el domingo, tipo 10 de la mañana. Mi domicilio es en Amenábar XXXX, 7ªA. Espere por favor mi confirmación. Estuve viendo lo que me mandó. Muy interesante, ya hablaremos. La felicito por sus calificaciones. Ojalá hubiera más gente joven como usted; cuánto la necesita nuestro país. Para que usted me entreviste con cierto conocimiento de mi paso por esta vida le sugiero que entre en mi página www.rafaelbelaustegui.com.

Cordial saludo, Rafael.

Esa noche me fui a dormir pensando en todo lo que había pasado en tan pocas horas. Estaba satisfecha y llena de entusiasmo. Me resultaba difícil creer que en un solo día hubiera habido tantas novedades positivas.

Cuando me calmé un poco, me di cuenta que en realidad, no se trataba de ningún milagro ni de puro azar, sino que era el producto de haber empezado a creer un poco

más en mí y de todo el trabajo hecho hasta ahora. Sólo necesitaba animarme a hacer rodar la pelota y ya lo había hecho.

Miércoles 12 al sábado 15 de marzo de 2014

El miércoles 12 de marzo, un rato después de levantarme, respondí el *mail* de Rafael:

Excelente, Rafael. Espero su confirmación entonces. Y gracias por los elogios: en un proceso tan arduo como una tesis de grado, en el que hay obstáculos y complicaciones que a veces a uno lo desaniman, recibir semejante aliento de alguien como usted, a quien respeto y admiro, me alienta a seguir y a creer en mi trabajo.

Saludos cordiales, Lucía.

De verdad, el modo en que me había escrito tras leer mi plan de tesis y mi CV, me halagaba mucho y me reforzaba la confianza que estaba intentando construir. Siempre es importante que un futuro entrevistado nos valore de esa manera, ya que lo predispone de otro modo al diálogo y hace más fácil entablar un vínculo con él; pero que justo éste opinara de esa forma sobre mí, me complacía más todavía: no sólo cargaba en su haber con tres hijos desaparecidos y dos nietos apropiados, sino que había publicado cuatro libros y tenía otras producciones sin editar.

Más tarde, me fui al edificio de la facultad ubicado en calle 44 entre 8 y 9, a contarle las novedades a Rossana y a mis compañeros del CILE. El equipo de trabajo que conformamos, es un gran apoyo para mí –y creo que lo era para todos-. En la oficina del centro de investigación encontrábamos un lugar donde dedicarnos a las obligaciones académicas, sin que resultara tedioso. Es ameno, porque las charlas sobre lectura y escritura siempre se mezclan con otras que le aportaban risas y diversión a los momentos compartidos. Pero, por sobre todas las cosas, es también enriquecedor: siempre hay alguien dispuesto a colaborar y aportar al trabajo del otro cuando es necesario. Además, los logros personales –que por la lógica de trabajo descrita, nunca son exclusivos de quien los alcanza- son festejados por todos.

En este caso, cuando llegué y comenté las buenas nuevas, todos se alegraron. Sabían lo que había demorado en tomar esta iniciativa y por eso lo valoraban tanto.

Cristian Secul Giusti, ayudante adscripto de Lingüística y becario, fue el encargado de asesorarme sobre cómo llegar a destino. Nunca había ido sola a Capital Federal, ni siquiera al microcentro; mucho menos, al barrio de Belgrano.

Con su santa paciencia y su claridad a la hora de explicar, quiso indicarme todos los medios posibles para llegar. Sin embargo, para no verme con un exceso de información que no pudiera dominar, le pedí que me dijera dónde bajarme del micro Costera Criolla –el tren, por seguridad, lo había descartado por completo- y cómo llegar a la calle Amenábar.

Me dijo que para ese lado iba la línea D de subte y que me convenía bajarme en la estación José Hernández. Con esos datos apuntados, más el *Google Maps* abierto en mi netbook, me armé un croquis muy detallado, con el que casi no había riesgo de equivocarse. Otra gran compañera, Florencia Seré, con quien también además de los días en la oficina del CILE había compartido dos años de ayudantía en el Taller de Producción y Comprensión de Textos I, me recomendó que me comprara la famosa Guía T de bolsillo, para orientarme mejor. También se ofreció a acompañarme. Le agradecí, pero le dije que no: quería afrontar ese desafío sola, demostrarme que podía hacerlo sin compañía. Además, sabía que si alguien hacía el sacrificio de ir conmigo, no iba a querer hacerlo esperar muchas horas y tal vez terminara acortando la entrevista por consideración a mi acompañante. Si iba en soledad, podía extender todo lo que fuera necesario la charla y, de paso, ya aprendía a moverme por mi cuenta, sin depender de que alguien pudiera venir a mi lado cada vez que tuviera un nuevo encuentro con uno de los padres.

Mientras conversábamos todo esto, Rafael me confirmó que finalmente me esperaba el domingo 16 de marzo, a las 10.

Los días que siguieron (jueves 13, viernes 14 y sábado 15), me dediqué a prepararme lo mejor posible para la entrevista. Quería aprovechar al máximo el cara a cara con Rafael y, además, no hacer el ridículo ni defraudar las expectativas que él tenía puestas en mi labor.

Por un lado, volví a ver el ciclo de cuatro documentales hechos con material que no había sido utilizado por el director Joaquín Daglio en el largometraje *“Padres de la Plaza: diez recorridos posibles”*. No sólo los vi otra vez, sino que también empecé con su desgrabación, así ya tenía esos testimonios escritos para poder trabajar con ellos y complementarlos con los que yo recabara a lo largo de mi proceso.

También, en esos días, leí un libro escrito por Rafael, que no fue publicado pero que se encuentra disponible en Internet: *El eco de tus pasos*. En él, apelando a recursos ficcionales pero sin faltar a la veracidad de los hechos narrados, cuenta la historia de la desaparición de Martín, Valeria y José, los tres hijos de su primer matrimonio, víctimas de la última dictadura cívico-militar argentina. Era clave ir a la entrevista con esta obra leída, para poder apuntar en la conversación a hechos y sensaciones que no estuvieran relatadas allí o, también, al análisis más detallado de lo que resultara más relevante.

La lectura fue muy llevadera y me sirvió mucho para conocer no sólo datos fácticos sobre lo sucedido, sino también las vivencias de Rafael de aquellos años, ya que en el texto aparecen incluidos fragmentos de unos cuadernos que en esa época oficiaban de diario íntimo. También leí otro cuento de su autoría, llamado *“El instante propicio”*, que es tan brutal como conmovedor, en el que utiliza con habilidad sus conocimientos sobre navegación –actividad que le apasiona– para describir los últimos momentos de un detenido-desaparecido, previo a ser *“trasladado”* en uno de los vuelos de la muerte.

Si bien yo ya tenía hecho un cuestionario básico para todos los padres que entrevistara, la idea era también preparar preguntas especiales para cada uno de ellos en particular, pensadas en base a sus historias de vida. Y así lo hice.

El viernes 14 de marzo, al mediodía, llamé a Julio Morresi, por quien tenía una especial simpatía, generada a partir de la visión del documental audiovisual mencionado. Me atendió con su voz dulce y tranquila, y me ubicó rápido cuando le dije que era la chica que le había escrito por *Facebook*. Cuando le pregunté cuándo y cómo podíamos vernos para conversar, me dijo que lo llamara el lunes siguiente, que ahí me confirmaría si la reunión de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, organismo de derechos humanos del que formaba parte en forma muy activa, se realizaría el mismo lunes, como hasta ahora, o si se pasaría para los días

martes. Me comentó que quedaba en la calle Riobamba y Rivadavia, por Congreso, y que allí sería la entrevista, seguramente. Me despedí hasta el lunes, y me saludó con un cálido “chau, vieja, chau”.

El sábado 15 de marzo, víspera de la primera entrevista, fue un día de intensa y atenta lectura, como los anteriores, solo interrumpida para ir un rato al cumpleaños de un amigo del colegio, Matías. Cuando fui, me encontré en su casa con su hermano, Marcos, quien también estudiaba periodismo en la Facultad y estaba en proceso de tesis. Por supuesto, como todos los tesisistas abocados a su trabajo, no perdimos oportunidad para comentar cómo venía cada uno con lo suyo.

Ya en el festejo, hablando con amigos sobre lo que me tocaba hacer al otro día, los nervios y la ansiedad empezaron a brotar. Me inquietaba saber si me podría orientar sola con facilidad en Buenos Aires, si Rafael sería amable, si haría un buen papel como entrevistadora o si, por el contrario, “metería la pata” con alguna pregunta. Por más que tenía ganas de quedarme otro rato en el cumpleaños, me fui muy temprano: no fuera a ser cosa que me quedara dormida al otro día y arruinara todo. A las 6.45, sonaría el despertador.

Domingo 16 de marzo de 2014

Como en cada oportunidad que sé que tengo una obligación importante que cumplir, me levanté tras la primera vez que sonó la alarma del celular. En más de una ocasión, me había pasado de posponerla “cinco minutos” y terminar levantándome una hora después. No quería correr ese riesgo ni demorar mi partida hacia la terminal.

Desayuné, verifiqué tener todo lo que necesitaba en la cartera (grabador digital con pilas nuevas, lapicera, cuaderno, las preguntas impresas, las anotaciones sobre cómo llegar, la cámara de fotos, celular y la SUBE, cargada con \$100) y salí.

Cuando estaba entrando a la estación de micros, un hombre muy alcoholizado se puso medio cargoso de palabra y lo esquivé con habilidad. Se notaba que era el amanecer de un domingo: mientras yo empezaba mi día, otros todavía no habían terminado su noche.

Llegué a la plataforma de la que salen los ómnibus hacia Buenos Aires y no tuve que esperar ni un minuto: había un coche estacionado, aguardando que subieran los últimos pasajeros.

Me ubiqué en el segundo asiento, que fue el primero que encontré libre, para estar cerca del chofer y pedirle, cuando estuviéramos prontos a llegar, que me avisara en la parada de la calle Alsina. Estaba segura de que si no me lo indicaba, igual me daría cuenta, porque desde esa esquina (Alsina y Paseo Colón) sabía que se veía la parte posterior de la Casa Rosada y porque en compañía de mi mamá ya había bajado varias veces ahí. Pero, de todos modos, quería tener la plena certeza de que no iba a seguir de largo.

A las 9 en punto, tal como lo había planeado, estaba pisando suelo capitalino. Me encaminé hacia la boca de subte de la línea D, que según me había anotado, estaba a la derecha del Cabildo, sobre Diagonal Norte. Era la estación “Catedral”, la primera del recorrido. La encontré sin ningún tipo de dificultad, aunque para mi sorpresa -y mi desgracia- sus puertas estaban cerradas.

No lo podía creer. No entendía qué pasaba: Cristian me había dicho que los subtes los días domingo empezaban a andar a las 8. Cómo habrá sido mi cara de desconcierto y desilusión mientras miraba la entrada bloqueada, que unos hombres mayores que pasaban a mi lado, sin que les dijera nada, me comentaron que hacía un rato que se había interrumpido el servicio por un corte en el suministro de energía eléctrica.

Agradecí la información y, de paso, con notable preocupación en mi rostro, les pregunté qué micro me llevaba hasta Belgrano. La realidad era que no había “plan b”. No tenía prevista la posibilidad de que no anduvieran los subtes y, por lo tanto, desconocía cómo llegar a mi destino en otro medio de transporte público. Me indicaron que el 64 me llevaría, que lo debía tomar en Avenida de Mayo.

Cuando me disponía a cruzar para ir adónde me habían señalado, vi que venía un micro, el 29, que decía bien grande “Cabildo y Juramento”. Un chico que estaba en la parada lo frenó, y yo aproveché para acercarme y preguntarle al chofer si efectivamente me llevaba hasta allí. Era casi una obviedad que la respuesta sería “sí”, pero aun a riesgo de parecer tonta, hice la consulta para asegurarme de tomar el colectivo correcto.

Muy amable, el conductor me confirmó que me llevaba hasta la intersección de esas dos calles. Entonces, subí, pagué el boleto y me quedé en uno de los primeros asientos para que me avisara cuándo bajar.

Mientras tanto, abrí el *Facebook* desde el celular para avisarle por chat a Rafael que llegaría un poco más tarde de lo previsto debido al inconveniente con el subte. Como todo lo habíamos acordado por internet, no tenía otro modo de comunicarme con él. Me tranquilicé al observar que lo vio enseguida y que me respondió que no me preocupara, que me esperaba.

Por fortuna, tan sólo me demoré diez minutos respecto a la hora acordada: 10.10 toqué el timbre del departamento de mi entrevistado. Cuando escuché su voz por el portero preguntando quién era, me di cuenta que iba a ser una gran charla la nuestra. Fueron pocas palabras, pero me bastaron para intuir una empatía mutua.

Una vez que Rafael me abrió la puerta de su semipiso, todo fluyó de una forma muy natural. Él estaba encantado de recibirme: le parecía raro que alguien de mi edad (23 años) se acercara a alguien de la suya (87); que quisiera escucharlo; que me interesara por su historia; que recorriera varios kilómetros, un domingo a la mañana, para hacerlo.

Según él, los hijos de su segundo y tercer matrimonio -cuatro en total, tres y uno respectivamente-, no se preocupaban demasiado por él ni por lo que él tenía para contar de la desaparición de los tres hijos que había tenido con su primer esposa, Matilde Herrera. Por eso se sorprendía de que estuviera allí, sentada frente a él, para que me relatará parte de su vida.

Desde el principio, se mostró con gran predisposición al diálogo y simpatía, por lo que el clima de la conversación fue muy distendido, en especial cuando me contó cómo había conocido a Matilde. En ese tramo de la charla, se permitió bromear con algunas situaciones y reír con ganas, tal vez para compensar lo trágico de lo que debería relatar después.

Tenía una gran picardía y un humor ácido, pero inteligente. Cuando terminaba de soltar su risa, en su rostro quedaba dibujada por unos segundos una leve sonrisa que me generaba ternura. Después hacía una breve pausa y seguía hablando con su amplio y exquisito vocabulario, que denotaba su gran afición por la lectura y la escritura.

Las preguntas escritas casi ni las usé, no fue necesario. Las tuve a mano por las dudas, pero fue tan espontáneo y fluido el diálogo, que apenas si las miré. Todo lo que quería saber se iba encadenando a la perfección, sin tener que inquirirlo de forma explícita. Además, no quise atarme al cuestionario y estar pendiente de él. Muchas veces, eso juega en contra y el entrevistador termina perdiéndose la riqueza del encuentro por la compulsión de mirar qué es lo que sigue según el papel.

Hay que tener la suficiente flexibilidad como para adaptarse a cada situación y, en este caso, lo mejor era olvidarse del cuaderno y aprovechar ese ambiente de confianza que se había generado. Escuchar con mucha atención a nuestro interlocutor para poder repreguntar o ahondar sobre sus declaraciones, resulta clave y es lo que hice o al menos intenté. Esta actitud rinde mejores frutos cuando se conoce bastante sobre quién se tiene enfrente, así que tenía todas las cartas a mi favor, ya que había leído mucho sobre Rafael y sus hijos.

Tampoco respetamos un estricto orden cronológico en el relato, ya que a veces era más provechoso hacer determinadas acotaciones o reflexiones a la luz de acontecimientos muy posteriores a los que se estaban narrando, y luego retomar los primeros.

Tras dos horas de diálogo, Rafael me ofreció tomar un café, que con gusto acepté. Además, el rato que durara la preparación, también le servía para descansar: ya hacía bastante que habíamos entrado en los temas más dolorosos y complejos, y le vendría bien hacer un parate.

Cuando lo vi alejarse hacia la cocina, observé mejor cómo estaba vestido. Tenía puesta una chomba de piqué color lila y unas bermudas claras, que dejaban ver sus pantorrillas flacas y algo arqueadas, como las de la mayoría de la gente mayor. Aun así, su porte era bastante erguido para su edad, lo que permitía apreciar su altura. No soy buena con los cálculos a ojo, pero medía, por lo menos, 1,80 metros.

Su cabeza tenía escaso pelo, ya blanco por las canas, y sus ojos eran de un profundo color azul. Exceptuando los breves momentos en los que reía, su rostro tenía un gesto serio, grave.

En su ausencia, sin levantarme de mi silla, aproveché para inspeccionar la habitación. Era amplia y luminosa, y todo estaba muy limpio y ordenado. Como él estaba viviendo

en Uruguay, creí que me iba a encontrar con un domicilio a medio amoblar, algo más sencillo, provisorio, pero no fue así. Era un departamento enorme y lujoso, muy bien decorado, moderno, equipado con adornos y mobiliario de muy buen gusto. Sin ser esa su casa permanente, tenía en ella mucho más de lo que tal vez cualquier persona tenga en el día a día.

Volvió con el café, dispuesto a seguir conversando y con una noticia excelente para mí. Me comentó que estaba terminando un libro en el que contaba la historia de las desapariciones de Martín, Valeria y José, y el narrador era él mismo. Lo había titulado “300 días infames”, ya que en ese lapso de tiempo era en el que habían secuestrado a los chicos con sus parejas: el 26 de julio de 1976, se llevaron a Martín y a Cristina López Guerra, con quien esperaba un hijo; el 13 de mayo de 1977, a Valeria y Ricardo Waisberg, su esposo, con quien tenía una hijita (Tania) y esperaba otra; y el 30 de mayo de 1977, a José junto con Electra Lareu, con quien tenían un hijo, Antonito.

La buena nueva era que ese libro, inédito aún, pensaba dejármelo a mí para que lo tuviera y lo resguardara y, el día de mañana, cuando él ya no estuviera, lo publicara. No quería hacerlo él ahora porque en sus páginas revelaba secretos familiares –en especial de sus consuegros-, que podían llegar a herir el sentimiento de sus nietos Tania y Antonio, y no deseaba pelearse con ellos.

Yo no podía creer lo que estaba escuchando. Este ofrecimiento era algo muy importante e inesperado. Intenté parecer tranquila y relajada, pero la verdad era que quería saltar de la emoción.

Me dijo que quería dármele a mí porque creía que era la persona que más valor le iba a dar: por algo estaba sentada allí, escuchando esa misma historia que había dejado plasmada en esas páginas. De no haber aparecido yo, se lo iba a legar a su secretaria, Marilia, que era de confianza y lo ayudaba hacía varios años.

La charla siguió dos horas más. Si hubiera sido por él, hubiera durado varias más. En medio de esa segunda parte, me hizo ir con él a su escritorio a ver una foto de Matilde con los tres chicos, tomada meses antes de que se iniciara la tragedia. Yo ya conocía esa imagen, pero esta era la original. Verla en vivo y en directo, ahí, en uno de los estantes de la biblioteca de Rafael, era impactante: los cuatro miraban a la cámara con profunda seriedad. No había ni un mínimo esbozo de una sonrisa en ninguno de ellos.

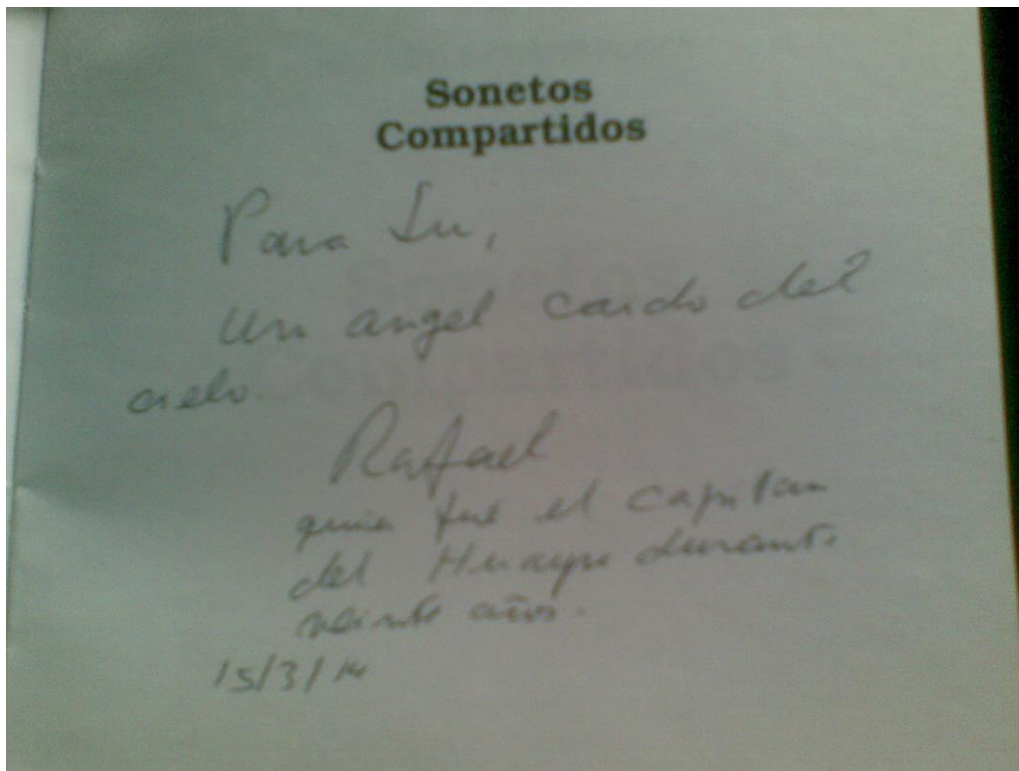
Esa habitación era el lugar donde él escribía, leía o se conectaba a internet. En un lateral, tenía una moderna computadora personal con impresora. En el centro, había un escritorio, con varios papeles con anotaciones, un teléfono fax y una notebook. Enfrente de él, contra una de las paredes, una biblioteca repleta guardaba sólo algunos de sus libros. La mayoría se encontraba en su casa de San Isidro.

Allí me pidió que me sentara, escritorio mediante, para leerme los títulos de los capítulos del libro que me iba a entregar cuando estuviera terminado. También me hizo una breve síntesis del contenido de cada uno de ellos y me dijo que todavía le faltaba una revisión al texto; tras esa etapa de correcciones, me lo daría.

Me ofreció si quería almorzar algo y continuar todo lo que fuera necesario, porque él ese día no tenía apuro ni obligaciones con las que cumplir. A mí me pareció que cuatro horas de entrevista, ya estaban bien. Además, intuía que no sería esta la última vez que vería a Rafael, por lo que si restaba algo por charlar, podría hacerlo en el siguiente encuentro. No quería abusar de su buena voluntad y, por las dudas, no quería irme muy tarde. Estaba en Belgrano y todavía me quedaba volver hasta Plaza de Mayo, para esperar ahí el Costera Criolla que me llevaría a La Plata.

Antes de partir, le pedí un último favor: si me dejaba tomarle una foto. Con gusto accedió y se acomodó en una silla, dejando a sus espaldas la biblioteca. Luego se levantó, tomó un libro y me lo regaló. Era *Sonetos compartidos*, del que él era el autor, junto con Elio Aprile, quien había sido intendente de Mar del Plata.

Lo abrió, tomó una lapicera y me lo dedicó: “Para Lu, un ángel caído del cielo. Rafael, quien fue el capitán del Huayra durante veinte años”. A la hora de poner la fecha, se confundió y puso la del día anterior.



Nos despedimos y quedamos en seguir en contacto vía mail o *Facebook*, tanto por lo de su libro como por el mío. A partir de ese día, el me llamaría “Lu” y yo empezaría a tutearlo, por pedido de él.

Cuando pisé de vuelta la calle, tenía una alegría inmensa. La sonrisa no me entraba en la cara y la gente que me cruzaba me miraba sorprendida, como diciendo “¿y a ésta qué le pasa?”. No veía la hora de llegar a casa para contar todo lo bueno que me había pasado, que excedía por completo mis expectativas. Mientras, vía Whats App, la puse al tanto de las novedades a Rossana -mi directora-, y a mis amigas Carla y Ximena. A mi mamá y a mi novio, prefería contarles en persona.

El retorno fue mucho más rápido que la ida: ya andaba el subte, que tomé en la parada de Cabildo y Juramento. Me fascinó la experiencia; hacía muchísimos años no me subía a este tipo de transporte y hacerlo sola fue todo un desafío. Parecerá, para el que está acostumbrado a hacerlo a diario, una exageración de mi parte, pero en ese estado de ánimo, todo me resultaba genial. El hecho de que fuera domingo y estuviera casi vacío, seguro ayudó a esta percepción positiva del viaje.

Me sentía, por primera vez en mucho tiempo respecto a la profesión, importante. Una jornada como la que tuve ese domingo, me devolvió la confianza que necesitaba para encarar la tesis.

Había tenido otros logros importantes en la carrera y buenas devoluciones a lo largo de estos años, pequeños grandes triunfos como estudiante y como novata en el ejercicio de la profesión, pero este me volvía a poner en el ruedo y de la mejor manera. Hacía tiempo no hacía una entrevista cara a cara y con estos resultados. Nunca en mi vida había imaginado que alguien quisiera legarme un libro inédito para que lo resguardara hasta su muerte y para que después hiciera lo que quisiera con él. Además, los elogios de alguien externo a mi entorno familiar y académico, el vínculo logrado con Rafael, la riqueza del contenido de la conversación, el haberme movido sola y con éxito hasta Belgrano, entre otras cosas, me dieron ímpetu y seguridad para emprender este duro tramo final de la carrera, que es la tesis.

Un rato después de que llegué a casa, abrí el *Facebook* y tenía un mensaje privado de Rafael:

Espero que hayas llegado bien. Sigo a tu disposición cuando quieras. Saludos.

De inmediato, y sin recordar su pedido de que lo tuteara, respondí:

Llegué bien y muy feliz a casa. Un placer conocerlo y conversar con usted. Gracias por el tiempo, la amabilidad y la confianza como para poner en mis manos su nuevo libro. Un abrazo.

Lunes 17 al viernes 21 de marzo de 2014

En los días que siguieron a la entrevista con Rafael, me dediqué a varias cuestiones. Una de ellas, fue la desgrabación de dicha charla. Tenía ni más ni menos que cuatro horas de audio para trabajar, así que no quise dormirme en los laureles. La idea era transcribir cada nota antes de realizar la próxima, para que no se acumulara mucha tarea y verme desbordada.

También, en esa semana, llamé varias veces a otro de los padres, Julio Morresi. Algunas de ellas no hallé a nadie en la casa; en otras ocasiones tuve oportunidad de hablar con Irma, su esposa, que derrochaba amabilidad y dulzura con su voz, y que me

comunicaba que Julio había ido a hacer algunos trámites, como pagar impuestos o atender asuntos de la sede de Familiares. Cuando hablé con él, me dijo que esa semana y la otra, por la cercanía de un nuevo aniversario del Golpe, estaría muy ocupado, que tenía actividades casi todos los días, incluso hasta fuera de la ciudad.

Me propuso dejarlo para abril, cuando ya habrían pasado todos estos compromisos y podría atenderme mejor. Por supuesto, que comprendí la situación y acepté con gusto. Me conmovía que el motivo por el cual se posponía el encuentro fuera ese y no enfermedades o complicaciones de otro tipo. Tenía 82 años y estaba activo como si tuviera 20.

También retomé el contacto por mail con Silvia Palermo, hija de Bruno Palermo y hermana de Norberto, desaparecido en octubre de 1975. Con ella me había empezado a escribir en febrero, cuando Pablo Llonto me facilitó su casilla de correo electrónico tras una consulta que le hice.

Nos escribíamos cada tanto, intentando encontrar una fecha que nos conviniera a ambas para mi visita a la casa de su papá en Caballito. Ella quería estar presente en esa charla, ya que me dijo que a Bruno le costaba mucho hablar de lo sucedido con Norberto y, además, estaba muy grande. Cumplía 90 años a fines de marzo.

Por otro lado, volví a escribirle a Marcos Weinstein, quien me había dicho que me comunicara con él en la tercera semana de marzo, porque estimaba que ya estaría recuperado de su operación de cadera.

Marcos, ¿cómo anda? Espero que su operación de cadera haya salido muy bien y que esté recuperándose con éxito.

Como habíamos acordado, le escribo para retomar el contacto y poder arreglar un día y lugar de encuentro para la entrevista que le comenté previamente. Por supuesto que, ante todo, está la salud. Como no quiero interferir en su recuperación, cuando usted crea que esté en condiciones para recibirme y conversar conmigo un rato, estará bien.

Desde ya, muchas gracias por su tiempo.

Saludos cordiales, Lucía.

A decir verdad, creía que su recuperación, debido a su edad (86), iba a tardar bastante más de lo que él me había dicho, pero le escribí igual para no perder el hilo de las tratativas. No pensaba que me había mentido, sino que había sido demasiado optimista para el tipo de intervención quirúrgica de la que se trataba.

Sin embargo, mis suposiciones fueron erróneas. Para mi sorpresa, me contestó:

Estimada Lucía:

Ya estoy en condiciones de moverme con adecuada soltura y poder efectuar esa entrevista. Respecto del día y hora y por lo que usted dice en su mensaje, le propongo que vea la posibilidad de pensar ya sea en alguno de los días del próximo fin de semana (la mañana del sábado o domingo alrededor de las 11 horas), o en su imposibilidad en esos días, preferiría que me hable por teléfono al 4XXX-XXXX al mediodía de cualquier día de la semana próxima, o a la noche de cualquiera de los mismos días hábiles al 4XXX-XXXX.

Afectos. Marcos.

Genial. Seguía acumulando respuestas positivas. Ninguno hasta ahora había rechazado la propuesta de juntarse conmigo para contarme su historia. Era gente muy amable y correcta, dispuesta al diálogo y a la colaboración.

Después de cruzar un par de correos electrónicos más, definimos fecha, hora y lugar para vernos: sería el sábado 29 de marzo, a las 11, en su departamento de la calle Virrey Loreto, en el barrio de Belgrano.

Por esos días, también me dediqué a rastrear al único padre que vivía en La Plata. Se trataba de Oscar Hueravilo. No figuraba en las guías telefónicas ni en el Facebook. Tampoco su nieto Emiliano, nacido en la ESMA y criado por él. Resultaba una paradoja tenerlo tan cerca y no poder encontrarlo.

En febrero había escrito a HIJOS La Plata y me habían pasado un mail de Emiliano, al que había insistido varias veces sin obtener respuesta alguna. Entonces, se me ocurrió revisar las agendas digitales y de papel que yo tenía de cuando producía en radio. Allí encontré varios números de integrantes de la agrupación HIJOS La Plata y uno de ellos se llamaba Emiliano. No decía su apellido.

Estaba casi segura de que ese era el celular correcto. No creía en la posibilidad de que hubiera en la ciudad demasiados hijos de desaparecidos, que se llamaran de esa forma. De todos modos, las dudas se despejarían al hablar con él y, en todo caso, si no era quien yo buscaba, con certeza podría ayudarme con mi rastreo.

Me comuniqué con Emiliano y, en efecto, era la persona que yo precisaba. Me trató con mucha amabilidad cuando le conté sobre mi proyecto y me prometió que, cuando llegara a la casa, le comentaría a Oscar sobre mi idea.

Al poco rato, se volvió a comunicarme conmigo y me pasó el teléfono fijo de su abuelo. Me aseguró que ya estaba al tanto de todo y que esperaba mi llamado a eso de las 17.30.

Cuando lo escuché del otro lado de la línea, sentí una alegría enorme. Era muy cálido al hablar y estaba entusiasmadísimo con la idea de prestarse a relatar su historia para mi trabajo.

Tenía un empuje y una garra que admiraban, que más se acrecentó cuando le dije que tenía 23 años. Estaba fascinado con que con mi juventud me ocupara de la memoria y los derechos humanos. La espontaneidad y la dulzura de sus palabras me hicieron dar cuenta de que nos llevaríamos excelente, que ese era el primer diálogo de una relación que empezaba ahí y quién sabe si algún día terminaría.

Él sentía una profunda responsabilidad respecto a su rol en la sociedad y a la construcción de un mañana más justo, donde nunca más fuera posible el horror que le había tocado vivir a su hijo Lautaro y a su nuera, Mirta. Por eso se sentía orgulloso de colaborar conmigo y de cumplir con su deber.

Acordamos que nos encontraríamos la semana siguiente, una vez que pasaran las actividades por el nuevo aniversario del Golpe y que, por lo pronto, como ambos teníamos pensado participar de la marcha que se hacía el domingo 23 en La Plata, lo buscaría ahí para saludarlo.

-¿Vos me conocés a mí?

-Sí, claro. Lo vi en el documental de Joaquín Daglio. Quédese tranquilo que si lo veo, lo reconozco. Sé que va a haber mucha gente, pero voy a intentar ubicarlo.

En estos días tan agitados, también reflexioné sobre el encuentro con Rafael, su figura y su relato, lo que me permitió ver las cosas de otra manera.

Por ser el primer entrevistado, por lo bien que me había tratado, por la propuesta de dejarme su libro inédito, por lo productiva que había sido la charla, había vuelto a mi casa con una mirada idílica sobre él. Al dejar pasar unos días, pude ver con mayor criticidad algunos aspectos de su carácter y de sus actitudes, lo que no implicó que ahora pasara a caerme mal ni mucho menos.

Sólo analicé en mi mente, mientras recordaba la conversación o la desgrababa, determinadas cuestiones que en el entusiasmo se me habían pasado por alto o había visto con más inocencia. Pude identificar, como hago con cualquier otra persona, sus virtudes pero también sus defectos, y correrlo del lugar de intocable en el que lo había colocado.

En tanto, mientras hacía este proceso interior, me seguí comunicando con él por *Facebook*. A veces era yo quien le comentaba, otras veces iniciaba él el chat.

Domingo 23 de marzo de 2014

El domingo previo al día en que se cumplían 38 años del golpe militar comandado por Jorge Rafael Videla, Emilio Massera y Orlando Agosti, se realizaría en la ciudad de La Plata una marcha conmemorativa bajo la consigna de Memoria, Verdad y Justicia. La idea era que no se superpusiera con la de Capital Federal, que sería el lunes, ya que mucha gente de la capital provincial suele trasladarse cada año para participar de esa multitudinaria manifestación.

Yo tenía intención de ir a las dos, así que me parecía perfecta la decisión de desdoblar los actos para que quienes estuvieran interesados no se perdieran ninguno.

Cuando comenzó el domingo, empecé a buscar acompañante para la marcha. Sabía que no a todos mis amigos les podía proponer ir, porque la gran mayoría diría que no. Por más maduros que fueran o por más que repudiaran lo sucedido bajo el terrorismo de Estado, no solían comprometerse al punto de ir a una movilización, por más que se los pidiera yo.

De cada grupo de amistades (vóley, colegio, facultad) repasé quién podía llegar a aceptar la invitación por su perfil y les mandé mensajes por *Whats App*. De los cuatro o cinco que consulté, ninguno respondió que sí. Todos tenían planes –la verdad, que no

eran impostergables- y se ampararon en ellos para excusarse por no ir. Me decepcioné bastante con esa actitud, ya que a quienes les había dicho de marchar eran con los que había hablado varias veces sobre desapariciones, torturas, apropiaciones de bebés, y todos, al menos en sus discursos, parecían estar embarcados en la lucha contra el olvido y en el repudio a los represores.

Mi novio estaba trabajando y no sabía a qué hora salía, así que decidí ir sola. No quería faltar, por propia convicción y para no fallarle tampoco a Oscar. Como de costumbre, llegué demasiado temprano a plaza San Martín, que era el lugar de la convocatoria. Todavía no había casi nadie de los que marcharían después.

Aprovechando el hermoso sol que brillaba en el cielo y el vacío de la plaza, saqué la cámara y empecé a tomar fotos: panorámicas, a los carteles hechos en hoja blanca A4 que colgaban uno al lado del otro con la cara y los nombres de desaparecidos entre 1976 y 1983, a los pañuelos de Madres dibujados en el piso.

Mientras esperaba, de a poco comenzó a llegar la gente. En su mayoría, lo hacían en grupos, con banderas de distintas organizaciones políticas, sociales y estudiantiles, y se ubicaban separados unos de otros, esperando al resto de los compañeros. También llevaban bombos o redoblantes, para hacerse oír cuando se iniciara el recorrido.

Para mi suerte, mi novio me mandó un mensaje y me avisó que ya salía de trabajar, que vendría a acompañarme. Estaba a dos o tres cuadras de la plaza, así que llegaría enseguida.

Una vez juntos, empezamos a dar vueltas para ver si encontrábamos gente conocida y para tantear el clima que se iba armando. Había gente de todas las edades, pero predominaba la juventud.

Los cánticos comenzaron a hacerse escuchar, los parches de los instrumentos de percusión sintieron los primeros golpes y, cuando quisimos acordar, ya estábamos marchando.

No sabíamos bien dónde ubicarnos: con algunas agrupaciones no coincidíamos demasiado; con otras sí, pero no conocíamos a su gente, que rápido se daba cuenta de que no pertenecíamos a allí.

Al final, ya no nos fijamos en esos detalles y caminamos por donde pudimos o por donde quisimos.

En medio de la gran concurrencia, yo buscaba con la mirada a Oscar. Lo había hecho desde que había llegado a la plaza, pero no lo había visto. Recordé que Emiliano era integrante de HIJOS y también delegado de ATE, por lo que lo más probable era que su abuelo estuviera junto con él, bajo alguna de esas dos banderas. Aceleramos el paso buscándolas, y las encontramos. Estaban casi adelante de todas.

La imagen por la que yo me guiaba para intentar hallarlo era la que tenía del documental audiovisual “Padres de la Plaza: 10 recorridos posibles”. Pese a que cuando se filmó ya casi pisaba los 80 años, lucía una cabellera renegrida, al igual que su bigote. Lo más factible era que la mantuviera de ese color gracias a alguna tintura.

Qué sorpresa me llevé cuando mi vista, que escudriñaba a todas las personas que estaban en ese sector de la movilización, se topó con Oscar, pero con su pelo canoso. Encontrarlo fue como cantar victoria. Le apreté la mano a Valentín y le dije:

-¡Ahí está! ¡Es ese! ¡Se ve que ya no se tiñe! ¡Qué distinto está!

-Dale, andá a saludarlo.

-No, esperá un poquito. Me da cosa. Caminemos acá un ratito, sin perderlo de vista, y mientras aprovecho para sacarle fotos a la distancia, marchando.

Estaba emocionada y quería calmarme antes de ir a presentarme ante él. Había sobrados motivos para estar conmovida: el motivo de la manifestación; el vivirla junto a mi novio, mientras pensaba en simultáneo en todas aquellas parejas jóvenes como nosotros –o más aún- que vieron sus sueños colectivos y personales truncados por el horror, la tortura y la desaparición; la gran concurrencia; verlo a Oscar con sus 81 años y su trípode, luchando como lo hizo desde el primer día; ver a Emiliano, nacido en la ESMA y con sus dos padres desaparecidos, apostado al comienzo de la columna, de frente a ella, dirigiendo su rumbo.

Tomé coraje y me acerqué a saludar a mi futuro entrevistado. Me ubicó enseguida cuando le dije quién era, me dio un beso y sonrió. También le presenté a Valentín, de quien me preguntó si era “mi compañero”. Comenzamos a charlar y a marchar juntos por un buen rato. El ritmo de caminata que llevaba Oscar era admirable. No parecía tener más de ocho décadas en su haber ni un bastón en su mano derecha.

En la mano izquierda, la del lado del corazón, portaba un cartel hecho en cartón, sostenido con un palo de madera. Tenía la foto en blanco y negro de su hijo Oscar

Lautaro y su nuera Mirta Mónica, y decía: “Desaparecidos el 19 de mayo de 1977. Mirta M. Alonso- Oscar L. Hueravilo”.

Se notaba que era un cartel viejo, hecho hacía muchos años. Es que era el original, el que había hecho en plena dictadura y había participado de infinidad de marchas y actos. Si esa pancarta hablara, podría decir tantas cosas... Había sido testigo de la desesperación de Oscar y Eliana, su esposa, por el secuestro de los chicos, así como de tantos otros padres que participaban de las reuniones de organizaciones de derechos humanos o rondas en Plaza de Mayo y llevaban sus propios carteles. Había presenciado represiones, llantos, detenciones. Pero seguía existiendo y, sobre todo, estando en lo más alto, sostenido por su autor, treinta y ocho años después.

La fe y la confianza que Oscar, este chileno descendiente de mapuches, radicado en la Argentina desde la década del 50, tenía en la juventud de esta época, era muy grande. No se cansaba de repetir lo hermoso y esperanzador que era para él ver tantos jóvenes recordando esta fecha fatídica en la historia del país. Pese al dolor que siempre le generaba evocar hechos como los acontecidos en la dictadura, se lo notaba feliz y satisfecho de estar ahí, de ver que su lucha y la de tantos otros, seguía más viva que nunca y tendría quienes la continuaran cuando ya no esté.

Era difícil sacar fotos en movimiento, rodeados de tanta gente, pero logré tomar algunas buenas. A él le encantaba que lo fotografiara y hasta me pidió que le sacara bien a su remera, para que se leyera lo que decía. En el pecho decía: “1976-24 de marzo-2012. A 36 años del Golpe Genocida. No olvidamos, no perdonamos, no nos reconciliamos. Padres de la Plaza”. En la espalda, además de repetir la fecha (había sido hecha dos años atrás la remera), decía “Juicio y Castigo”.

Alrededor nuestro había conocidos defensores de los derechos humanos, así como integrantes de partidos de izquierda: Nilda Eloy, Madres de Plaza de Mayo, Vilma Ripoll, Christian Castillo, entre otros.

Para no volverme muy tarde a mi casa, antes de que comenzaran a leer el documento final en la plaza, emprendí la retirada. Sabía que me iba a costar encontrar un micro por la zona porque estaría todo cortado, así que empecé a caminar para Plaza Moreno bajo la luminaria de la ciudad ya encendida. Con Oscar, quedamos en que lo llamaría el

martes para arreglar un día para vernos y conversar mejor. Y si lograba ir a la marcha de Capital, también lo vería allí.

Con la tranquilidad del deber cumplido, llegué a casa con la cámara llena de fotos y el alma, de emociones. En la página de la agenda del martes 25 de marzo, anoté “No olvidarme de llamar a Oscar Hueravilo”.

Lunes 24 y martes 25 de marzo de 2014

El lunes me levanté temprano para ver cómo podía hacer para ir a la marcha en Capital. Sabía que algunas agrupaciones de la facultad iban a ir, así que si me ponía en campaña y averiguaba, tal vez podía sumarme a alguno de los micros con mis compañeros.

Sin embargo, a media mañana surgió un inconveniente familiar que requirió que me quedara en la ciudad. Menos mal que había ido a la del día anterior por lo menos, así no me quedaba sin participar.

En tanto, durante el día, tuve que tolerar ver cómo algunos medios conmemoraban la fecha y se referían a Videla, Massera y Agosti como “represores” o “genocidas” –que es lo que en verdad son-, cuando en plena dictadura parecían no opinar lo mismo. Todos los años era igual: periodistas y empresas que habían sido cómplices o hasta partícipes necesarios del horror, apelaban a la desmemoria o desconocimiento del público y ahora se presentaban como los paladines de la democracia y los principales defensores de los derechos humanos.

El martes a la mañana llamé a Oscar, como habíamos acordado. Antes de pasar a concertar un día y un horario para vernos, me contó con gran entusiasmo cómo le había ido en la movilización del lunes. Estaba muy satisfecho y orgulloso con la multitudinaria participación que había habido.

Me preguntó si había podido ir y le expliqué los motivos por los que no había concurrido. Luego, me dijo que ese día, martes, no sería posible realizar la entrevista porque ya hacía dos días que dejaba a su mujer sola por ir a los actos, y ella estaba enferma. Por lo tanto, quería ocuparse de atenderla y de poner en orden la casa, que se había descuidado un poco en su ausencia.

Me propuso vernos el miércoles, es decir, al otro día, a las 15.30 en su domicilio, que quedaba por la zona de la vieja estación de trenes. Acepté y nos despedimos hasta ese momento.

Miércoles 26 de marzo de 2014

Como hice con Rafael y como pensaba hacerlo con cada uno de los padres que entrevistara, ese día repasé lo que sabía de la historia que me tocaba afrontar esa vez. La idea era ir con terreno ganado y explotar al máximo el cara a cara con cada padre.

Oscar tenía 81 años, era chileno y descendiente de mapuches. Había llegado a la Argentina muy joven, en la década del 50, corrido de su país natal por comunista. Lo que en principio iba a ser una estadía de unos meses nomás, hasta que se aplacara la persecución en Chile, terminó siendo su residencia definitiva.

Lo paradójico fue, con el pasar del tiempo, que en el lugar donde buscó refugio terminó perdiendo lo máspreciado de su vida: su hijo, a quien le decía "Taro", y a Mirta, su nuera, a quien también quería como si fuera su propia hija. El 19 de mayo de 1977 los secuestraron a los dos, pero en lugares diferentes. Nunca más volvieron a verlos. Mirta estaba embarazada de seis meses cuando se la llevaron y dio a luz en agosto de 1977, en la maternidad clandestina de la Escuela de Mecánica de la Armada. La historia de recuperación de ese bebé, Emiliano, quedará para otro momento.

Con esos datos en la cabeza, junto con muchos más, partí para lo de Oscar. Gracias a mi excesiva voluntad por ser puntual, mezclada tal vez con una buena dosis de ansiedad, llegué a la puerta de la casa media hora antes de lo previsto.

Para evitar molestarlo antes de tiempo, me senté en un cantero de la vereda de enfrente a esperar que se hiciera la hora. A las 15.15, lo vi aparecer en la puerta y me descubrió ahí, haciendo tiempo. Él, ansioso como yo, me saludó y me confesó que salía a cada ratito por las dudas que no me orientara o que me perdiera. Se rió cuando le dije que hacía quince minutos había llegado y que iba tocarle el timbre recién cuando fueran las 15.30.

Pasamos a su departamento, que era el primero de tres o cuatro que había, todos en planta baja. Me contó que hacía sólo un año y medio que vivían en La Plata. Habían

dejado Berazategui por pedido de Emiliano, su nieto, que debió venir a vivir a la ciudad de las diagonales por trabajo y por sus hijas, Lara y Sofía.

Oscar y “Pequeña” – así le decía él a su esposa- accedieron a la mudanza después de mucho pensarlo. El desarraigo no era fácil, pero decidieron afrontarlo con tal de no estar lejos de su nieto ni perderse el crecimiento de sus bisnietas.

Su hogar era amplio pero sencillo. No le faltaba nada, pero tampoco había lujos. Ni bien entré, me dio la sensación de estar en una típica casa de abuelos. Los muebles y su disposición, los colores de las paredes, el mantel de la mesa, las fotos, la luz y hasta el aroma, podrían haberle hecho saber a cualquiera que ingresara sin saberlo, que ahí vivía una pareja de abuelos.

Me sentía tan a gusto con Oscar (y por lo visto él conmigo también), que desde el primer momento, pareció una charla familiar más que una entrevista. La simpatía era real y mutua, pero ya que todo se dio así, también aproveché estas circunstancias para los fines periodísticos.

Comenzamos hablando de temas distintos a los previstos y, poco a poco, lo fui llevando para que me cuente lo que pretendía. Sin interrumpir el diálogo ni hacer explícita referencia a que iba a comenzar a grabar –era lo previsible y, además, lo iba a hacer delante suyo-, saqué el reporter y puse “rec”.

Con su tonada chilena todavía presente y una forma de hablar constante pero bastante trabada, empezó por relatar cómo había conocido a “Pequeña”, su mujer de toda la vida; cómo había iniciado su militancia en el Partido Comunista y su desempeño como delegado sindical adentro de la fábrica; el orgullo por sus orígenes indígenas y la lucha de su padre en defensa de los derechos de los campesinos y los pueblos originarios; el exilio.

Entre risas y exclamaciones llenas de espontaneidad, iba transcurriendo el primer rato de este encuentro. No llevaba mucho tiempo descubrir que Oscar era un hombre franco, transparente, que no tenía dobleces. Se mostraba tal cual era y cualquiera que lo escuchara hablar dos segundos, podía ver la bondad de sus sentimientos.

En un momento, sonó el timbre y atendió por el portero eléctrico. Era un cobrador de la cooperadora del Hospital San Martín de La Plata, con el que él colaboraba todos los meses. Lo hizo pasar a la casa, le pagó y luego continuamos con lo nuestro.

Así como no le costaba soltar la risa cuando ésta brotaba, tampoco hacía ningún esfuerzo para esconder sus lágrimas de emoción al recordar la figura de su hijo y de su nuera.

La nostalgia lo embargaba al rememorar gratos momentos compartidos con “Taro” y Mirta, como aquellos domingos en los que almorzaban todos juntos y luego cantaban en el amplio comedor de su casa.

Luego de una hora y media o dos de charla, me ofreció tomar un café. Antes de levantarse a prepararlo, me trajo el diario Tiempo Argentino del día anterior. Quería mostrarme una nota que había salido sobre un libro que acababa de publicarse. Mi sorpresa fue al ver el título de dicho libro, escrito por Eva Eisenstaedt: *Padres de Plaza de Mayo. Memorias de una lucha silenciosa*. No sólo me asombré, sino que me desilusioné bastante porque el mío ya no sería el primer trabajo escrito sobre estos hombres.

Una de las fortalezas de mi proyecto era la novedad del tema y ahora, a poco de concretarlo, salía esta obra a opacar parte de esa virtud. De todos modos, todavía faltaba leerla y ver cómo estaba pensada y llevada a cabo. Tenía la esperanza de que fuera muy distinta a mi idea y que entonces, pudiera conservar esa potencialidad inicial.

Me anoté el nombre de la autora y del libro para rastrearlo y comprarlo cuando llegara a las librerías de la ciudad. Era imprescindible conocer su contenido para compararlo con lo que yo planeaba hacer y, además, para incluirlo como antecedente.

Me tranquilizaba que mi plan estuviera aprobado por la Comisión de Investigaciones Científicas y Posgrado de la FPyCS desde noviembre de 2013 y que el libro recién había salido publicado en marzo de 2014. No había chances de que alguien pensara que me había copiado de la idea. Sólo había sido coincidencia y yo tenía las de perder al no haber publicado aún.

No le mostré mi desazón a Oscar y, con el café ya en la mesa, continuamos conversando una hora y media más. “Pequeña” estaba recostada en la habitación y de vez en cuando llegaba al comedor, que era dónde estábamos nosotros, el sonido de sus

Ya casi sobre el final de mi visita, entró a la casa Emiliano, que pasaba a darle un beso a su abuelo. Él vivía en un departamento atrás del de Oscar. Recién en ese momento, pude conocerlo en persona y saludarlo, ya que el día de la marcha no había habido oportunidad.

Era muy alto y corpulento y tenía el pelo largo, morocho y lacio, casi hasta la cintura. Sus ojos eran rasgados y su sonrisa contagiosa. No dijo más que “hola, ¿cómo estás?”, aunque lo hizo con simpatía. Tal vez no quiso interrumpir o sólo no tendría ganas de hablar: el entrevistado era su abuelo y él recién volvía de trabajar.

Pronto se fue para su casa y volvimos a quedar solos con Oscar. Me pareció que ya era suficiente el material que había recogido ese día y no quise exigirlo de más. Al tenerlo cerca, podríamos volver a vernos en cualquier momento. De hecho, cuando me estaba despidiendo, él mismo me dijo que me llamaría pronto para organizar otro encuentro, porque quería contarme cosas de su infancia que le parecían importantes si quería contar su historia.

Antes de darme un beso, me preguntó cómo haría para recordar todo lo que me había relatado, porque no me había visto anotar nada. Cuando dijo eso, además de darme ternura, pensé “deber cumplido”: se había sentido tan cómodo que había olvidado que lo estaba grabando.

Nos saludamos y me fui a tomar el micro para volver a casa. Otro día intenso en emociones había pasado y me sentía satisfecha con lo que había logrado con este segundo “padre de la Plaza”.

Jueves 27 de marzo de 2014

La Facultad de Periodismo y Comunicación Social, en el marco de la Maestría de Comunicación y Derechos Humanos y con motivo de la semana de la memoria, organizó una serie de actividades.

Una de ellas era una conferencia taller sobre violencia, Terrorismo de Estado y subjetividad, que brindaría Ana María Careaga (psicoanalista, ex detenida desaparecida, hija de Esther Careaga, fundadora de Madres de Plaza de Mayo y ex

directora del Instituto Memoria). Además de que el contenido me importaba mucho y me sería muy útil, también me interesaba que quien lo diera fuera ella.

La razón de este interés era que ella había estado detenida en el mismo centro clandestino que José Belaústegui, uno de los hijos de Rafael Belaústegui, y Electra Lareu, su pareja. En 1977, a poco de haber sido liberada, con 16 años y seis o siete meses de embarazo, se refugió en Suecia, adónde Rafael fue a visitarla para entrevistarse con ella y poder saber qué información tenía.

Rafael se había enterado de la existencia de esta joven a través de Matilde. Ella la había conocido en Roma; Ana estaba junto con un grupo de Madres que habían ido al Vaticano a exponer la situación de los desaparecidos en Argentina y a solicitar colaboración para su búsqueda. Cuando Matilde se cruzó con ella, le preguntó si no habría estado detenida con alguno de sus hijos y la respuesta fue afirmativa. Había conocido a José, cuyo nombre de militancia era Julián, y a Electra, que se hacía llamar Lila.

De inmediato, Matilde llamó a su ex esposo y le pidió que viajara para ver a la joven y dialogar con ella. Así fue cómo Rafael llegó primero a Estocolmo y luego a Spanga, un pueblo cercano a la capital del país. Allí residían en un departamento cedido por el gobierno sueco, que daba asilo político a varios argentinos secuestrados y liberados, o a otros perseguidos, para evitar que fueran capturados.

En ese inmueble fue que Rafael, en marzo de 1978, pudo conversar con Ana María Careaga y enterarse que José y Electra habían estado secuestrados en el centro clandestino de detención “El Atlético”, ubicado en Paseo Colón y Cochabamba. También pudo saber que por lo menos hasta la fecha de la liberación de su interlocutora (20 de septiembre de 1977), su hijo y su nuera habían estado vivos.

Yo quería aprovechar la oportunidad de su visita a la facultad para dialogar con ella sobre ese encuentro con Rafael, sobre su cautiverio y lo que había podido saber de José y Electra. Así que si bien no pertenecía a la cursada de la maestría en la que se daría la disertación de la ex directora del Instituto Espacio Memoria, acudí igual.

Me ubiqué en uno de los primeros bancos laterales, que eran de los pocos que quedaban libres, pese a que llegué con tiempo de anticipación.

La exposición oral de la psicóloga y periodista captó la atención de todos los presentes desde el primer minuto. Fue por demás de interesante y conmovedora, y en el aire se respiraba una cierta tensión, producto de la emoción frente a las declaraciones sobre sus días como detenida ilegal.

No es que uno desconociera los mecanismos de tortura y/o exterminio implementados en los centros clandestinos, porque a quien le interesa ese período de la historia reciente argentina seguro ya había leído y escuchado muchas veces distintos testimonios de sobrevivientes o de familiares de desaparecidos. Pero fue tan brutal la violencia ejercida por el Terrorismo de Estado contra la sociedad, que uno no deja nunca de angustiarse frente al relato de semejantes vivencias. Además, cada persona tiene su propia subjetividad y, aunque haya estado expuesta a los mismos vejámenes que otras tantas, la particularidad de sus sensaciones y reacciones frente a ellas, es algo digno de escuchar y de conocer.

La combinación de la narración en primera persona como víctima mujer de la represión a los 16 años y con un embarazo en curso, con sus conocimientos sobre psicología y comunicación, más la experiencia de su continua lucha por la memoria, la verdad y la justicia, hizo que todos quedáramos casi hipnotizados ante sus palabras. Mientras tanto, afuera diluviaba sin interrupción. Se sentía el agua caer sobre el techo y los fuertes truenos que, cada tanto, interrumpían el silencio de la sala.

Cuando terminó su exposición, se abrió una instancia para que quienes estábamos allí preguntáramos lo que quisiéramos. Quise dejar que lo hicieran primero otras personas; no me animaba a romper el hielo, más siendo ajena a la comisión.

Tenía bien pensada la pregunta, ya que al hacerla enlazaría parte de lo que ella había explicado con lo que yo pretendía saber. Esperé otras intervenciones más. Hubo momentos en que las circunstancias eran ideales para introducir mi interrogante. Sin embargo, por temor a ponerme nerviosa ante los alumnos del posgrado, desaproveché esas oportunidades.

Me propuse, ya que había descartado la posibilidad de consultarla en público, esperarla a que terminara de responder hasta la última pregunta y abordarla antes de que se fuera. Pero el entusiasmo del auditorio era mucho y las consultas no terminaban.

Yo sabía que afuera seguía lloviendo y el reloj, con sus agujas en un ángulo recto, acusaba las nueve de la noche. La calle 44 solía ser bastante oscura y todavía tenía que volver a casa en micro. Con toda la charla grabada en el *reporter* y lamentándome por haber desechado la ocasión para intervenir con mi pregunta, me levanté y me fui.

Fue una lástima no haber explotado la posibilidad de diálogo con Ana María Careaga que, sin buscarla, se me presentaba ese día. Pese a eso, me fui muy conforme con el resto de la jornada. Mi presencia ahí no había sido en vano: había aprendido, me había emocionado y había sumado experiencia para próximas situaciones similares.

Para coronar el día, a eso de las 22.30, recibí un llamado de Oscar Hueravilo, que estaba muy entusiasmado con la idea de volver a vernos. Me reiteró su deseo de contarme cosas de la vida de su padre, para que mi libro quedara bien completo y para “que le ganara a Eva (la autora del otro libro sobre los padres)”. Su dulzura y su espontaneidad, conmovían a cualquiera. A mí, mucho más.

Sábado 29 de marzo de 2014

El sábado 29 de marzo partí hacia la ciudad de Buenos Aires habiendo tomado los mismos recaudos y habiendo hecho los mismos “rituales” que con los dos padres anteriores: llevar todo lo necesario para registrar el encuentro y para moverme sin problemas, así como apuntar preguntas adicionales a las básicas, referidas a las particularidades de la historia del entrevistado.

Marcos Weinstein me esperaba a las 11 en su domicilio del barrio de Belgrano, que quedaba a muy pocas cuadras del de Rafael Belaústegui. Iba con terreno allanado porque el recorrido para llegar destino era calcado al del 16 de marzo. Sólo esperaba, por una cuestión de comodidad, que esta vez sí, anduvieran los subtes a la ida. De no ser así, ahora igual ya sabía cómo solucionar el inconveniente.

Por suerte, llegué con tiempo de sobra a la estación de subte José Hernández y cuando subí a superficie, me senté a tomar un café en un bar a una cuadra de donde debía ir.

Cuando llegué al edificio señalado, toqué el timbre y me anuncié por el portero eléctrico. Marcos Weinstein, recientemente operado de cadera, bajó a abrirme. Su andar desde el ascensor hasta la puerta de vidrio de entrada, no delataba ninguna

complicación. Era evidente que se había recuperado de forma excelente de la intervención quirúrgica.

Ni bien lo vi aparecer, mientras se dirigía con la llave en mano a abrirme, le sonreí. Sin embargo, él siguió serio. Lo primero que pensé en esos segundos fue “uh, esto va a estar complicado”.

Abrió la puerta y me saludó con suma cordialidad, aunque seguía serio. Sentía que iba a ser difícil si continuaba así durante toda la charla y eso me asustaba un poco.

Luego entendí que Marcos era muy formal y que había en él, en su semblante y en su forma de hablar algo de solemnidad, que yo confundí con antipatía en un principio. Cuando escuché que me trataba de “usted”, comprendí el porqué de la seriedad. No era conmigo ni con la situación, sino que su carácter era así.

De todos modos, una vez que empezamos a charlar, se relajó bastante y el tono de la conversación fue muy ameno.

Marcos era médico psiquiatra y pertenecía a la comunidad judía de Buenos Aires. Toda su vida laboral había estado vinculada a los servicios de salud mental públicos y en la actualidad, con 86 años, sigue ejerciendo en el ámbito privado, en su propio consultorio.

Junto a Clara, su mujer, tuvieron tres hijos: dos mujeres y un varón, Mauricio, quien fue secuestrado y desaparecido el 18 de abril de 1978, a los 18 años de edad.

La profesión elegida, la pertenencia a una comunidad maltratada y perseguida a lo largo de la historia, y lo sucedido con su hijo, eran motivos más que suficientes para explicar tal vez esa distancia inicial, que luego se diluyó.

Ni bien nos sentamos a la mesa de su prolijo y luminoso departamento, vi que había en un recipiente bombones de fruta. También había una bonita taza de té, boca abajo, y un budín esperando ser cortado.

Comenzamos a conversar y en primer lugar, le expliqué que cuando había proyectado hacer este libro, no conocía ni el documental de Joaquín Daglio ni el libro de Eva Eisenstaedt. Él desdramatizó mi preocupación sobre el tema, y me dijo que cada uno podía darle su propia impronta, su propia mirada a lo que hiciera y que por lo tanto no debía prestarle demasiada atención al hecho de que hubiera salido un producto

parecido al mío, al menos a simple vista. Me alentó a que confiara en mi trabajo y me hizo sentir que podía ser igual o mejor lo que yo escribiera.

Me tranquilizó cuando me dijo que cada una de las doce historias que Eva había escrito, no constaba de más de dos o tres hojas, que las había narrado de forma sintética. Mi idea era contar el caso de menos padres pero hacerlo más a fondo.

Luego pasamos ya a conversar sobre su historia y la de su familia. La claridad de pensamiento y lo ordenado que era para estructurar el relato, era llamativo. No sólo por su edad, sino también en comparación con la mayoría de las personas. No se dispersaba ni ni dejaba nunca sin terminar la oración que estaba pronunciando para acotar algo que viniera al caso. Siempre primero concluía lo que venía diciendo y luego hacía las aclaraciones que le parecieran pertinentes. Tenía una memoria prodigiosa y manejaba un lenguaje amplio y preciso, que fluía con naturalidad en la charla.

En su narración, también había lugar para la reflexión y la crítica, incluso para la propia. Parecía un hombre justo, de buen corazón, sereno y pensante, cualidades que quizás lo habían ayudado a procesar tanto sufrimiento a lo largo de los años.

Él, mejor que nadie, sabía por partida doble lo que provocaba no tener el cuerpo del ser querido fallecido y la figura de la “desaparición”: lo entendía y analizaba como psiquiatra, lo padecía como padre.

Cada vez que Marcos mencionaba a “Mauri”, yo sentía una mezcla de ternura y angustia. Su nombre lo decía con tanta dulzura y tanto amor, que me era inevitable pensar en la tristeza que le generaría día tras día, desde hacía 36 años, la ausencia de su hijo y la imposibilidad de volcar todo ese cariño en un abrazo, en un beso. Ni siquiera tenía, al igual que tantos otros padres de desaparecidos, adónde ir a llevarle una flor, adónde ir a visitarlo.

En medio de nuestra conversación, desde la puerta de la cocina se asomó su esposa al comedor, me saludó y me ofreció si quería tomar un té o un café, o comer budín del que estaba arriba de la mesa. Le agradecí, pero le dije que no, ya que ya había tomado uno hacía poco y lo había acompañado de unas medialunas. Luego se fue, y no volvió a aparecer en la habitación. Como señales de su presencia en el departamento, sólo hubo algunos sutiles ruidos de ollas y platos, y un rico aroma a comida.

Marcos no se negó a contestar ninguna pregunta, y todas sus respuestas fueron claras y amplias. Incluso él mismo introdujo temas a nuestro diálogo que le parecieron necesarios.

Nada parecía incomodarlo y ante todas mis consultas mostró la misma predisposición para brindar su relato, el mismo que cientos de veces, por desgracia, había tenido que hacer frente a distintos tribunales –incluso en el Juicio a las Juntas Militares- y organizaciones.

Cuando ya llevábamos casi una hora y cuarenta minutos de charla, de forma muy cortés pero clara, como suelen hacer los psicólogos o psiquiatras en cada sesión, dio por finalizado el encuentro. Me dijo:

-Bueno, muy bien Lucía. Espero que le sirva.

A decir verdad, si bien había sido la entrevista más corta hasta el momento (las otras habían durado 4 y 3 horas y media cada una), el tiempo había rendido muchísimo gracias a la claridad de su hablar. Además, era una extensión más que interesante y prudencial cien minutos; sólo parecía poco en comparación a las otras.

Del mismo modo en que se mantenía activo en su profesión, aún lo hacía con la lucha por los derechos humanos y la búsqueda de memoria, verdad y justicia. Tal es así que cuando bajábamos por el ascensor, me dijo que en breve partía hacia el club Náutico HACOAJ, ubicado en Tigre, para asistir a un acto en conmemoración a los socios de la entidad desaparecidos en la última dictadura cívico-militar argentina, entre los que se encontraba su hijo. El homenaje se daba en el marco del Día de la Memoria por la Verdad y la Justicia, que había sido cinco días antes.

Nos despedimos en la puerta del edificio y una vez más, me dispuse a volver a casa, pensando en todo lo que había escuchado de boca de Marcos.

Como no podía ser de otra manera, esta vez los problemas con el subte fueron en el viaje de vuelta. Pude tomarlo sin problemas y creí que ya nada podía obstaculizar mi llegada a Plaza de Mayo. Sin embargo, me equivoqué: a dos estaciones de arribar a mi destino, se detuvo y no volvió a arrancar. Escuché que el resto de la gente, seguro más experimentada que yo en ese tipo de percances, decía que había desperfectos técnicos en la siguiente parada y por eso no podía continuar. No sé cómo se enteraron de eso, pero parecía ser verdad, porque la formación no iba para atrás ni para adelante.

Subí a superficie otra vez y pregunté a varias personas –ninguna me daba un dato preciso y completo- qué micro podía tomar para llegar a la zona de Casa Rosada. Con la información que recopilé de a fragmentos, logré dar con la parada del micro 29 (el mismo que me había llevado a lo de Rafael hacía dos semanas, pero en el sentido inverso).

Una vez a bordo, me relajé y volví a mis cavilaciones habituales. Así fue todo el viaje hasta La Plata.

Lunes 31 de marzo de 2014

El último día de este mes intenso, recibí un mensaje privado en *Facebook* de Rafael. Me decía:

Estoy en Buenos Aires. Me quedaré un tiempo largo. Estoy amasando el texto. Llamame para encontrarnos. Abrazo.

Rafa.

Le dije que de no mediar cambios de planes, el sábado 5 de abril iría a Caballito a ver y entrevistar a Bruno Palermo. Eso era lo que había arreglado con Silvia, su hija. Que si quería y le quedaba cómodo, podía ir a verlo cuando me desocupara, o sino arreglábamos para otro día.

Aceptó con gusto mi visita del sábado y me pasó su teléfono fijo para coordinar el horario, en base a lo que pasara con el anterior.

El libro está terminado, si bien el punto final no se pone hasta que no se imprime. Ahora le estoy dando el toque después de haber leído varias veces El Dolor, de Marguerite Durás. Podemos seguir charlando, me encanta conversar con vos. Me gusta la inteligencia adobada con un poco de locura. Un poco de locura es necesaria para vencer a la estupidez. Podemos imprimir el texto y te lo llevas. Le ponemos fecha para saber que es la última versión hasta ese día. Los futuros cambios serán meramente formales y tipográficos. Espero tu llamado. Besote.

Jueves 3 de abril de 2014

El jueves 3 de abril Silvia Palermo me escribió pidiéndome que pasáramos el encuentro con ella y su padre al jueves 17 de abril, que era Semana Santa y el feriado le facilitaba la situación.

Le avisé a Rafa del cambio de planes para que decidiera si de todos modos nosotros nos veríamos el sábado o si lo dejaríamos para otro día. Me dijo que prefería mantener el día, así ya podría darme el libro para que lo fuera leyendo.

Al igual que la otra vez, el encuentro sería a las 10 de la mañana.

Sábado 5 de abril de 2014

El día amaneció tal como lo había anunciado el pronóstico del Servicio Meteorológico Nacional: el cielo estaba cubierto en su totalidad por nubes muy oscuras y el aire estaba cargado de humedad. Había viento de lluvia y parecía que la tormenta no tardaría en llegar. Daba la sensación que iba a ser de esas estruendosas, con mucha precipitación de agua.

Si hay una zona de Capital Federal que se inunda con facilidad y rapidez, es Belgrano. Con ese panorama climático, no me animaba a ir. Podía llegar a complicarse la situación y con el antecedente de haber pasado más de quince horas en la calle, sin poder volver a casa el día de la inundación en La Plata (el 2 de abril de 2013), tenía miedo de vivir algo semejante pero mucho más lejos de mi hogar.

Después de sopesar los riesgos una vez más, decidí no ir y le escribí a Rafa por *Facebook* para avisarle. Cinco minutos más tarde, ya diluviaba en la ciudad.

Su respuesta, unas horas más tarde, me dejó tranquila:

Totalmente de acuerdo Lu, me imaginé, era lógico. Estuve sin luz, aislado, sin carga en el celu. Recién vino y pude entrar a FB. No hay ningún apuro. Veamos cuándo. Te quería entregar el impreso de libro porque no quiero mandarlo por mail. Quedamos en contacto.

Martes 8 de abril de 2014

Rafael, cada vez me hablaba con más frecuencia por el chat de *Facebook* por la tesis y su libro, pero también por otros temas. Se veía que leía con atención mis publicaciones en el muro, las comentaba y les ponía “me gusta” a varias de ellas.

El martes 8 de abril me confió que viajaría a Punta del Este al otro día y que el sábado ya estaría de vuelta en Buenos Aires, para radicarse de forma definitiva otra vez en Argentina. “El proyectado exilio quedó sin efecto. No me sentí bien allá, hablaremos. Te llamaré”, me confesó.

En la entrevista, ya me había dicho que allá llevaba a cabo varias actividades, pero que a la hora de conversar con alguien sólo podía hacerlo con la gente que colaboraba con él (chofer, cocinero, etc.) y que a veces se sentía que no encajaba con ellos.

Ante su confidencia del regreso, no pude más que responderle que si era para mejor, qué bueno que se había decidido. Le deseé que Buenos Aires le trajera lo que anduviera buscando y lo alenté diciéndole que todas las actividades que la Capital Federal ofrece para hacer y que a él le encantan, lo iban a ayudar: presentaciones de libros, teatros, conferencias.

Sábado 12 de abril de 2014

La tesis y todo lo que tenía que ver con ella, estaban excediendo con holgura mis expectativas. Con dos de los tres padres que había entrevistado hasta el momento, había construido un vínculo que había trascendido el momento del reportaje. Con uno de ellos, Rafael, hablaba muy seguido por *Facebook* y con otro, Oscar, dialogaba por teléfono con frecuencia.

Rafael, el sábado 12 de abril, siguió enviándome novedades sobre su vuelta al país:

Lu, llego esta noche a medianoche de PESTE (la sigla no le queda mal si la mido con el termómetro de mi ánimo). Mañana me reúno hasta las 17 horas con Marilia, la secretaria. A partir de allí estoy a tu disposición para cuando te quede bien, en Belgrano.

Como al final el jueves 17 de abril tenía que ir a Caballito a ver a Bruno Palermo, le propuse vernos ese día a la mañana. En principio aceptó y me pidió que le confirmara el horario, pero luego se percató que era Jueves Santo y me dijo que su hija le había pedido que pasara los feriados de Semana Santa en su casa de San Isidro, en compañía de ella. Por lo tanto, me pidió que la primera vez que fuera para Capital Federal después de esa semana le avisara, ya que quería hablar varias horas conmigo, porque tenía algunas ideas que podrían interesarme.

Me alegré de que la juventud de su familia, que según él lo tenía medio abandonado, le dedicara tiempo justo en esta etapa en que había decidido volver, escapando de la soledad en Uruguay.

Jueves 17 de abril de 2014

El jueves 17 de abril, Jueves Santo, me esperaban en Caballito Silvia y Bruno Palermo. Bruno había cumplido 90 años hacía poquito y le costaba mucho hablar de la desaparición de su hijo Norberto, por lo que resultaba indispensable que estuviera su hija para colaborar con el relato y por las dudas de que se emocionara mucho.

Hasta ahora, a todos los encuentros con los padres había llegado con gran puntualidad, como hago siempre con todos los eventos a los que debo acudir, sean responsabilidades o salidas placenteras. Mucho menos entra en mi cabeza la posibilidad de suspender o “dejar plantado” a alguien con quien ya me comprometí a visitar. Más si ese “alguien” es alguien tan mayor y el motivo de la reunión es algo tan serio.

Sin embargo, esa mañana me desperté con un fuertísimo dolor de cabeza y descompuesta. No podía creer mi mala suerte. Pensé en ir igual en ese estado, pero la verdad es que era una locura. Apenas me podía mantener en pie por la jaqueca, que me generaba mareos también, así que llegar a Caballito en transporte público y mantener la atención en una charla de al menos dos horas, sería imposible.

Mi madre me convenció de que me recostara otra vez a descansar y me cuidó durante todo el día. Claro que antes de dormirme, con toda la culpa del mundo le mandé un

mensaje de texto a Silvia poniéndola al tanto de mi inconveniente y pidiéndole disculpas por tener que suspender tan sobre la hora la entrevista.

Con mucha amabilidad, me dijo que no me preocupara, que arreglaríamos para más adelante. También me deseó que me recuperara pronto.

Ese mismo día, me llamó Oscar, como lo hacía con cierta regularidad después de nuestro encuentro en su casa. Lo atendió mi mamá, con quien ya había hablado varias veces, y ella le comunicó que yo estaba en cama, descansando, porque me sentía mal. Cuando me enteré de su llamado, me dio mucha ternura saber que se había preocupado cuando mi mamá le dijo eso. Me dejó saludos y me deseó que me recuperara.

Lunes 21 de abril de 2014

Al iniciar una nueva semana, y con los feriados ya pasados, decidí escribirle a Rafa para preguntarle cómo había funcionado la “operación retorno” y para coordinar de una buena vez por todas mi segunda visita, que tanto requería él.

A mi primera pregunta respondió que muy bien, que le parecía que había sido una buena decisión:

No soportaba más el autoexilio. Fue un sueño que terminó en pesadilla. Los médicos me dieron el último empujoncito diciendo que no tenía que pasar allí el invierno.

Sobre lo otro, acordamos que el jueves siguiente, luego de que yo saliera de la ayudantía del Taller de Comprensión y Producción de Textos I a las 10.30, me encaminaría hacia su departamento de Belgrano, donde lo había visto la otra vez. La cita sería a las 13.

Jueves 24 de abril de 2014

Este día comenzó muy temprano: a las 6 de la mañana ya estaba levantándome. Como muy tarde, a las 7.15 tenía que tomarme el micro para ir a la Facultad, al edificio del Bosque, para asistir a la ayudantía que ya hacía cinco años tenía y tanto disfrutaba.

Durante dos años había sido ayudante de Jonathan Durisotti, otros dos de Marcelo Belinche y ahora lo era de Rossana Viñas. Con todos había aprendido mucho y me había divertido otro tanto.

Como todos los jueves, la clase empezó a las 8 y se extendió hasta las 10.30. Fue interesante y entretenida, como siempre, y tanto equipo docente como estudiantes, la disfrutamos mucho. El clima que se respiraba en el aula era distendido y eso a los chicos los motivaba. En su mayoría, participaban y se esmeraban por demostrar atención y compromiso.

Con el bolso lleno de trabajos prácticos recién escritos, emprendí el camino hacia Belgrano. Era la primera vez que me tocaba ir un día hábil y eso me daba cierto temor. El ritmo de Capital Federal en día de semana era vertiginoso y se prestaba para que ocurrieran mil complicaciones más, de todo tipo.

Por fortuna, llegué con media hora de antelación al barrio de Belgrano y sin ningún inconveniente. Me senté a almorzar en *Subway* y cuando se hizo la hora, fui para el departamento de Rafa.

Bajó a atenderme una mujer que lo ayudaba con las tareas de la casa y una vez que él me vio, tras saludarme con gran alegría, me confesó estar impresionado por la puntualidad con la que siempre llegaba. Me dijo que parecía un relojito inglés.

La verdad es que soy bastante obsesiva con el horario, al punto de llegar siempre con anticipación a todos lados y quedarme esperando en las inmediaciones a que se haga el momento indicado para tocar el timbre o aparecer. Así como no me gusta llegar tarde, tampoco me agrada hacerlo muy temprano. No quiero parecer ansiosa, ni complicar los planes de nadie por estar antes de tiempo.

Cuando comenzamos a conversar en el living, me habló de una propuesta que tenía para hacerme. Me dijo que sabía que andaba buscando trabajo y me ofreció, entonces, que lo ayudara a indagar sobre la historia de su familia (por supuesto a lo referido a las desapariciones de sus hijos y las apropiaciones de sus nietos), a cambio de un sueldo de tres mil pesos. La idea era que lo hiciera manejando mis tiempos, sin horarios fijos.

Me dijo que necesitaba que alguien se encargara de eso, ya que él por su edad ya no podía hacerlo y que le parecía una buena idea que quien se ocupara de esa tarea fuera yo, porque sabía que tenía herramientas como para desenvolverme con comodidad.

Me explicó también, que Marilia, su secretaria, se había ocupado durante muchos años de averiguar datos que pudieran facilitarle la comprensión de zonas todavía oscuras de la trama de los hechos, pero que en realidad, ella ahora estaba demasiado ocupada en otros asuntos y que le sería muy útil también a ella poder delegar esto en mí.

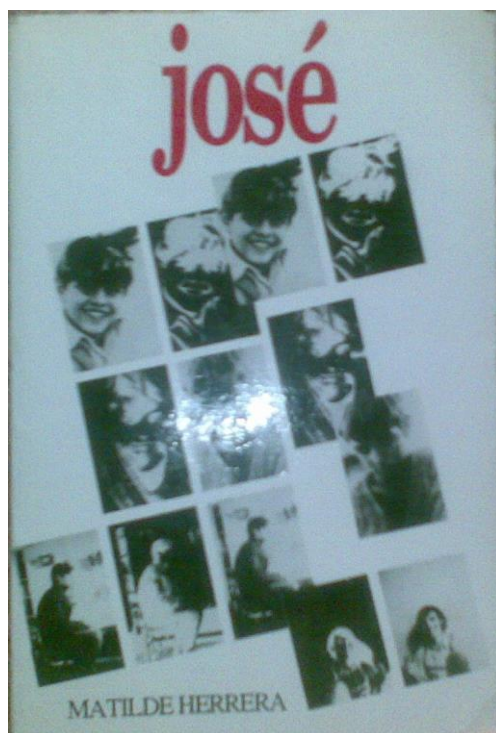
Me preguntó si aceptaba y con gusto le dije que sí. Era una tarea periodística, relacionada a los derechos humanos -temática que me interesaba muchísimo-, que me serviría también para sumar material a mi tesis y, por supuesto, para colaborar con Rafael. Además, la posibilidad de manejar mis tiempos, era algo importante para seguir avanzando con las demás entrevistas.

Luego de esta charla, pasamos a la mesa y me propuso almorzar con él. Le agradecí la invitación, pero le dije que recién había comido un sándwich, por lo que sólo lo acompañaría con la presencia.

La mujer que había bajado a abrirme, había cocinado y lo atendió como a un rey. Luego apareció Marilia, la secretaria, quien se sentó con nosotros un rato. Dialogamos los tres sobre el libro y sobre algunas de las cosas más importantes que todavía quedaban pendientes investigar.

Rafael le pidió que imprimiera la última versión de *300 días infames* y me la entregara. No era la definitiva, ya que todavía faltaba la revisión del reconocido escritor Guillermo Saccomanno, que leería la obra y le apuntaría sugerencias en caso de ser necesario, pero aun así quería que yo fuera leyendo ésta preliminar.

Marilia imprimió el libro y también algunas otras hojas, con información que ella había recabado y que consideró que me sería útil para continuar con las indagaciones. Luego de entregarme todo este material escrito, se fue a hacer un trámite y yo me quedé otro rato con él, conversando sobre algunos otros temas. También, como me había prometido una vez por *Facebook*, me regaló la primera versión de "José", uno de los libros escritos por Matilde Herrera, madres de sus tres hijos desaparecidos, fallecida en 1990. Esa edición de 1987, la original, ya no se conseguía en ningún lado y él me la estaba dando a mí, en un estado impecable.



Cuando me fui, nos saludamos y quedamos, por supuesto, en seguir en contacto. Comenzaría con mi labor en unos pocos días, cuando empezara mayo.

En el subte, me percaté de que eran las 15.30 y eso me iluminó la cara con una gran sonrisa: me faltaban pocos minutos para llegar a Plaza de Mayo y, por lo tanto, alcanzaría a ver la ronda de las Madres, que desde hacía 37 años se llevaba a cabo los jueves de 15.30 a 16.

Ni bien bajé en la estación Catedral, me apuré a subir a superficie para llegar cuanto antes a la pirámide de la plaza. Cuando ya estuve ahí, vi a Hebe de Bonafini sentada a un costado, con su pañuelo blanco puesto en la cabeza, dando una nota a un joven periodista para un medio audiovisual. Me quedé unos minutos mirándola y le saqué una foto con el celular, pero lo más emocionante fue cuando me di vuelta y vi al resto de las madres –más o menos serían otras nueve- dando la ronda, como cada jueves.



Ellas, por supuesto, iban al frente –literal y figuradamente-, con una bandera azul enorme, que en letras blancas decía: “Hasta la victoria siempre, queridos hijos”. También tenía dibujados algunos pañuelos blancos, que es el símbolo de su lucha y la de todo un país que las acompaña. Detrás de ellas, con una pancarta en alto que rezaba “Estudiantes de la Universidad de las Madres. ¡Ni un paso atrás!”, venían varios jóvenes y también personas adultas. Además, se sumaban a acompañarlas algunos turistas y gente que estaba de paso.

Era muy difícil contener la emoción. Estaba, sin haberlo planeado, cumpliendo con una de las grandes deudas pendientes que tenía. Siempre había querido presenciar una ronda de las Madres en vivo y en directo. Verlas a ellas, tan viejitas –una, Juanita, ¡estaba a punto de cumplir 100 años!- y encorvadas, después de 37 años seguir marchando, sin claudicar pese a todo el dolor vivido, me conmovía mucho.

Los cánticos iniciados por ella o por el resto de la gente que las acompañaba, a los cuales me sumé, hacían todo más emotivo aun.

Una vez que terminó la ronda propiamente dicha, Hebe tomó el micrófono y rodeada del resto de sus compañeras, habló unos minutos sobre uno de los hechos políticos más relevantes de la semana: la presentación del Frente Amplio UNEN (FAUNEN). Lo hizo con su habitual humor ácido, despertando risas en los presentes. Luego, se despidió hasta el próximo jueves y la gente comenzó a acercarse a las madres para saludarlas y abrazarlas. Yo tenía muchas ganas de hacerlo, sobre todo con Juanita, pero me pasó lo que siempre me ocurre cuando estoy frente a alguien que admiro mucho: me inhibí por miedo a hacer un papelón, a trabarme al hablar y quedar como una ridícula. Las miré de cerca, entre la gente, y cuando empezaron a subirse todas a una misma combi para retirarse, me fui a Paseo Colón a esperar el Costera para volver a La Plata.

Una vez más, me iba con mil novedades que contar, todas positivas y hermosas. Y lo mejor de todo: inesperadas.

Lunes 28 de abril de 2014

En la mañana recibí un mensaje de texto de Silvia, la hija de Bruno Palermo, que me proponía hacer la entrevista con ella y con su padre el jueves 1° de mayo. Me alegré de que me ofreciera una nueva oportunidad para dialogar con ellos, luego de que dos semanas atrás yo haya suspendido mi ida a Caballito por una descompostura. Por otro lado, me inquietaba pensar cuánto tiempo antes debería salir de casa ese día. Sería feriado por el día del trabajador, que siempre era, junto con el 1° de enero, el que más repercusión tenía en todo tipo de prestaciones y servicios. Sin embargo, acepté sin

detenerme demasiado a analizar eso, ya que tenía que aprovechar esta segunda posibilidad que tenía ante mí.

Ese día también logré conseguir, luego de mucho buscarlo, el libro de Eva Eisenstaedt, *Padres de Plaza de Mayo. Memorias de una lucha silenciosa*.

Ni bien volví a casa, comencé a leerlo. Me intrigaba mucho conocer cómo había encarado ella la escritura y también quería saber qué tan exhaustiva había sido la investigación para llevar a cabo su trabajo. Ya que ya no sería el mío el primer libro sobre el tema, debía buscar la manera de diferenciarlo y hacer que se destaque.

Luego de la introducción, la primera historia que se contaba era la de Bruno Palermo, que sería mi próximo entrevistado, así que también me venía bien leerlo antes del jueves, para tener más datos sobre él.

De los que ya había entrevistado hasta el momento, el único que no estaba en el libro era Rafael Beláustegui. El resto, estaban todos, incluso los que tenía en mente entrevistar a la brevedad.

Lo bueno era que la autora, en cada capítulo, había optado por escribir ella tan sólo uno o dos párrafos para introducir cada historia y luego se dedicaba a transcribir la desgrabación –editada, por supuesto- de los testimonios de cada padre. Yo escribiría, a partir de la información recabada en cada encuentro, una crónica sobre cada hombre.

Jueves 1° de mayo de 2014

La calle estaba casi desierta cuando esa mañana salí a tomar el micro para ir a la terminal. Era muy temprano y feriado; apenas si andaba algún que otro auto. Los negocios estaban cerrados y las ventanas de las casas también.

Creía que la combinación de todos los transportes que debía tomar sería una verdadera odisea, pero por suerte no fue así. El micro de línea que me llevó hasta la estación, no tardó en aparecer. Una vez allí, no tuve que esperar ni un minuto el Costera, que me llevó hasta Buenos Aires. Y la línea de subte E, que era la primera vez que la tomaba, tampoco demoró en llegar al andén en que aguardaba al vagón.

Viajé, diría, en mejores condiciones que cualquier día hábil. La rapidez con la que logré combinar un medio con otro, sumada a la escasa cantidad de gente que había, hizo que hasta fuera placentero todo el trayecto.

Esta vez sí llegué quince minutos antes a la cita. Me esperaban a las 11 y a las 10.45 ya estaba tocando el timbre.

Cuando Silvia me abrió la puerta, el perro, un caniche blanco, se escapó y tuvo que salir a buscarlo hasta mitad de cuadra. Una vez que logró atraparlo, entramos y saludé a Bruno, que andaba vestido de pantalón y camisa, pero con una bata roja de toalla arriba. En los pies, creo que tenía puestas unas pantuflas.

Me recibió con mucha dulzura y amabilidad, al igual que su hija. Nos acomodamos en la mesa de la cocina y, mientras ella preparaba un té para su padre –que también me ofreció a mí–, conversamos un poco como para romper el hielo.

Le pedí disculpas en persona por la suspensión de vez anterior, y me dijo que no me preocupara, que hasta le había venido bien, porque ese día, al final, había tenido varios imprevistos. Eso me tranquilizó bastante. También dialogamos sobre el libro de Eva, con el que me estaban esperando arriba de la mesa para mostrármelo, por si no lo conocía aún; sobre mi proyecto de tesis; sobre cómo estaba la calle ese día, entre otros temas. Todo ese diálogo previo, sirvió para entrar en confianza y crear un clima propicio para hablar sobre cuestiones más duras.

Justo por aquellos días, se estaba hablando y debatiendo mucho en los medios sobre la propuesta del senador Mario Ishii de reinstaurar el Servicio Militar Obligatorio en la Argentina para aquellos jóvenes que no trabajaran ni estudiaran. Utilicé este tema para ir llevando la conversación, de a poco, para el lado de lo ocurrido con Norberto, hermano de Silvia e hijo de Bruno, quien justamente desapareció en octubre de 1975, mientras realizaba el servicio militar en Campo de Mayo.

El grueso del relato estuvo a cargo de Silvia, ya que a Bruno le costaba mucho hablar del tema. Siempre le había sido muy difícil, más ahora con 90 años. Ella era una interlocutora ideal, porque tenía la calidez y el amor por su hermano a flor de piel, lo que hacía que fuera muy hermoso y conmovedor escucharla, pero también tenía una claridad y una gran tranquilidad a la hora de explicar cada hecho, que dejaba ver su vocación docente.

Aun así, Bruno participó del diálogo y se lo vio muy a gusto. Interveníá cuando él lo creía conveniente, cuando tenía ganas, o cuando yo le preguntaba algo en especial a él, porque hacía mucho que estaba callado.

Mientras charlábamos, Silvia me mostró algunos escritos originales de los que presentaron en las comisarías. También me acercó el premio Azucena Villaflor que la presidenta Cristina Fernández de Kirchner le había entregado hacía algunos años, junto con las fotos de ese evento –que Bruno había imantado y colgado en la puerta de la heladera-, así como el cartel con la imagen de Norberto que su padre se colgaba en el pecho en cada marcha.

Luego de un largo rato, ella se levantó a hacerle otro té a Bruno y esta vez acepté uno. En ese ratito que aprovechamos para distender el clima, nos reímos mucho con cosas simples. Por ejemplo, yo maté un mosquito enorme que hacía rato nos estaba merodeando y él festejó el logro con una ternura y una alegría casi infantil, que desataron mis carcajadas. También sucedió que cuando tuvo frente a él el té recién preparado, comenzó a ponerle azúcar con la cuchara, pero para hacer más rápido luego quiso echarle directamente del frasco.

Cuando lo inclinó sobre la taza, de golpe cayó una gran cantidad de azúcar adentro de la infusión y puso una cara muy pícara, similar a la de un nene que acaba de mandarse una macana e intenta disimularla. Ambos nos reímos fuerte, por lo que Silvia, que estaba preparando dos té más y no había visto lo que había sucedido, descubrió la travesura e intentó, de muy buen humor, repararla.

Continuamos conversando sobre la desaparición de Norberto, la búsqueda, las repercusiones en la familia, la militancia, el estado actual de la causa en que se investigan los delitos de lesa humanidad cometidos en Campo de Mayo, y demás cuestiones atinentes al tema. Silvia seguía contándome todo con la misma predisposición y dulzura que al principio, sólo que se notaba que ahora ya estaba más cansada y afectada por el recuerdo. Se notaba en el tono de la voz y en su mirada; nunca me lo dijo ella. Sin embargo, hasta último momento insistió en que le preguntara todo lo que quisiera.

No era fácil: a la desaparición de su hermano, se sumaba el suicidio de su madre en 1983, como consecuencia de la profunda depresión que la afectó por la ausencia de su hijo. Era más que entendible que recordar esos hechos la movilizaran.

En un momento, bajó del piso de arriba una chica de mi edad, muy bonita, y también entró a la casa un chico de apenas unos años más. Aunque resultara increíble, eran hijos de Bruno. Los había tenido con una segunda mujer, de la cual se había separado poco tiempo después de que nacieran ellos. Había luchado ante la justicia para poder quedarse con ellos, y lo había logrado.

Lo curioso, era que ellos tenían la misma edad que sus sobrinos, y que Silvia tenía hermanos de la misma edad que sus hijos.

Mientras le hice las últimas preguntas a Silvia, compartimos un rato todos juntos, que fue breve pero ameno. Luego, ya emprendí la retirada. Era el mediodía de un feriado y tal vez querían almorzar en familia.

Me despedí de todos y Silvia me acompañó a la puerta. Ahí me dijo que cualquier cosa que precisara saber y que se me hubiera pasado, no dudara en volver a escribirle. Además, habíamos quedado en que me enviaría por mail algunas fotos escaneadas y unos documentos escritos.

Casi con la misma suerte que a la ida, en el regreso logré hacer el enganche entre un medio de transporte y otro sin mayores demoras.

A la noche, cuando me conecté, encontré un correo electrónico de Silvia, en el que me aportaba más datos y materiales que podrían serme útiles para mi trabajo. El mensaje escrito mantenía el mismo tono dulce y tranquilo que ella tenía al hablar. Ahora que la había conocido en persona, cuando leía el mail era como si escuchara su voz diciendo eso mismo.

Me daba mucha tristeza pensar en todo el dolor que esta familia, al igual que las demás, había padecido injustamente. Sentía una impotencia enorme y muchas ganas de abrazarlos, aunque ese abrazo significara mucho más para mí que para ellos. Sin embargo, me consolaba un poco el ver que, en este caso, por ejemplo, Bruno tenía tres hijos que lo trataban con tanto amor y tanta ternura, que lo cuidaban y estaban pendientes de su bienestar. Ninguno, por supuesto, reemplaza al ausente ni cura

tantas heridas tan profundas. Pero es un alivio saber que a la tragedia de su vida no debe sumarle una más: la vejez en soledad.

Viernes 2 de mayo al martes 13 de mayo de 2014

En todos estos días, me dediqué a buscar información para Rafa, vinculada sobre todo a las familias de Electra Lareu y Cristina López Guerra, las parejas de José y Martín, respectivamente. Había cosas del comportamiento de sus consuegros que a él, a 37 años de las desapariciones de sus tres hijos, aún no le cerraban y quería tratar de dilucidarlas. Yo en algunas cuestiones compartía las dudas, y en muchas otras no; creía que Rafael a veces pecaba de una paranoia excesiva o que, tal vez, con esa extrema suspicacia se resguardaba de ser juzgado él por algunas actitudes u omisiones suyas. Explicar esto sin develar información de suma delicadeza que me confió, resulta complejo, como su historia y su personalidad.

También debía buscar datos que facilitaran la búsqueda de sus dos nietos nacidos en cautiverio, hijos de Valeria y de Martín. Esta indagación estaba relacionada, en parte, a ciertas sospechas que Rafa tenía sobre sus consuegros.

Más allá de mis disidencias o coincidencias con él, dediqué una buena cantidad de mi tiempo a esta tarea. Conseguí varios avances interesantes con exhaustivos rastreos por Internet, mientras me dedicaba a pautar visitas al archivo de Memoria Abierta, en el predio de la ex ESMA. Los adelantos, los reuní en uno o dos mails, y se los envié para que los vaya viendo.

Uno de los más importantes –pese a que fue el más fácil de averiguar- fue la confirmación de que el bebé que Valeria tenía en su panza al momento de ser secuestrada (13 de mayo de 1977) había nacido en diciembre de 1977 y era un varón. Rafael casi que hasta desconfiaba de la versión del segundo embarazo de su hija (que ya tenía una nena, Tania). Decía que nunca se había enterado de boca de ella que estuviera esperando otro hijo y que la única que tenía esa información por aquellos días era Matilde, su ex esposa, madre de Valeria, José y Martín. Sin embargo, el niño está incluido en la búsqueda de Abuelas, ya que una partera, Elisa Ofelia Martínez, declaró en la causa de Campo de Mayo que había visto a la joven en el centro

clandestino de detención, en las habitaciones dedicadas a alojar a las embarazadas, y que habría tenido un varón. El sexo masculino del bebé también lo confirmó en su testimonio judicial el ex músico militar, Pedro Pablo Caraballo, a la vez que detalló que sus superiores se disputaban la criatura.

Con este dato, entre tantos otros, pedí permiso a Rafa para hacer una publicación en *Facebook*, aprovechando que se cumplía un nuevo aniversario del secuestro de Valeria. La idea era tratar de explotar las posibilidades que brindan las redes sociales e intentar difundir la búsqueda, con la ilusión de que alguien pudiera aportar alguna pista.

Por supuesto que me autorizó a que la hiciera, así que el lunes 12 de mayo, un día antes de cumplirse 37 años de la desaparición, publiqué lo siguiente:

Por favor, compartan y difundan.

Mañana, 13 de mayo, se cumplen 37 años del secuestro y desaparición de Valeria Belaústegui Herrera, de 24 años de edad, y su pareja, Ricardo Waisberg, de 29. Ambos militaban en el PRT-ERP. Sus compañeros la llamaban "Mecha" y a él "Pepe", "Sargento Diego" o "Diego". La pareja fue vista en Campo de Mayo. Al momento de su secuestro, el 13 de mayo de 1977 en San Antonio de Padua, Valeria se encontraba embarazada de dos o tres meses. Por el testimonio de una enfermera, se supo que la joven dio a luz un varón en el Hospital Militar de Campo de Mayo, en diciembre de 1977. El niño nacido en cautiverio, que hoy tendría 36 años, aún está siendo buscado.

Se agradece cualquier tipo de información que pueda ayudar en la búsqueda que realiza Rafael Belaústegui, padre de Valeria, a quien tuve el honor de conocer cuando lo entrevisté para mi tesis de grado, que estoy realizando sobre Padres de Plaza de Mayo.

Además de Valeria, también tiene otros dos hijos desaparecidos: Martín (detenido-desaparecido el 26 de julio de 1976) y José (detenido-desaparecido el 30 de mayo de 1977). Ambos fueron secuestrados junto a sus parejas: María Cristina López Guerra (embarazada de dos o tres meses) y Electra Lareu,

respectivamente. El bebé, hijo/a de Martín y Cristina, también sigue siendo buscado. No se tienen precisiones sobre si es mujer o varón y se estima que nació en febrero o marzo de 1977.

Gracias por compartir, Lucía.

Al texto, le sumé un collage de fotos, que capturara la atención de los lectores y éstos dedicaran aunque sea dos minutos al tema.



Rafa lo compartió de inmediato en su muro, agregando un comentario muy elogioso hacia mi persona y hacia mi labor y a partir de ahí las repercusiones comenzaron a llegar, superando por mucho mis expectativas.

El martes volví a subir el mismo mensaje y la misma foto, ya que justo ese día era el del aniversario de la detención ilegal de la pareja.

En las primeras horas, recibí dos mensajes privados de gente interesada en mi trabajo: uno desde Estados Unidos y otro de una mujer de Recoleta.

El primero, era de una chica, Jade Hill, que había visto mi publicación en el muro de Rafael. Ella me decía:

Hola Lucía:

Vi tu perfil en la página de Rafael Belaústegui y me di cuenta de que se está trabajando en una tesis acerca de los padres de los desaparecidos. Quería hablar

con usted porque hace poco me gradué de la Universidad de Chicago, donde también investigué ese tema. Pasé el verano pasado en la Argentina con los padres y estoy esperando para iniciar un programa de doctorado en los Estados Unidos en el año próximo. Tengo la esperanza de continuar la investigación de este proyecto, así que quería llegar a usted y ver lo que ha logrado. ¡Espero hablar con usted pronto!

Saludos, Jade Hill.

El segundo era de María Luisa Lerer, una mujer que integra desde distintas funciones uno de los Programas de Naciones Unidas para el Desarrollo:

Lucía, quiero tener una charla contigo acerca del trabajo maravilloso que hacés, cuando puedas. Yo vivo y trabajo en el barrio de Recoleta y mi teléfono es 15-5-XXX-XXXX. Muchas gracias, María Luisa Lerer.

A ambas les respondí de forma acorde a lo que me decían. Jade contestó enseguida y se ofreció a mandarme una copia de su tesis, por más de que estuviera en inglés. Con María Luisa, acordamos en coordinar un día de la siguiente semana para encontrarnos. Casi al finalizar el día, recibí un tercer mensaje. Era de una chica llamada Naiara Fialayre. Me preguntaba si yo era la autora de la publicación que había visto compartida en algún otro *Facebook*. Al decirle que sí, me explicó que su padre era primo hermano de María Cristina López Guerra, la pareja de Martín Beláustegui y nuera de Rafael, que se presume que dio a luz en el Hospital Militar de Campo de Mayo entre febrero y marzo de 1977.

Me comentó sobre la lucha de su familia durante todos estos años para poder dar con el paradero de ese bebé, aunque nunca habían logrado hallarlo. Por eso me pidió que si alguien me acercaba algún indicio, se lo comunicara a ella. También se mostró entusiasmada al saber que alguien que no tiene ningún lazo sanguíneo con ellos, luego de tantos años, se preocupaba por el caso.

Miércoles 14 de mayo de 2014

Luego de dos días de circulación de la publicación, me escribió Rafael. Estaba sorprendido y entusiasmado por la difusión que habíamos conseguido en *Facebook*. El mensaje que redacté había sido compartido por 404 personas, y comentado y leído por muchas más. La cadena que se armó había llegado a muchos puntos del país e incluso había trascendido las fronteras: la publicación había aparecido en varios perfiles de personas o agrupaciones italianas. También había sido levantado y publicado en un blog (<http://indecquetrabaja.blogspot.com.ar/2014/05/lucia-fernandez-mendez-y-magolla.html>).

Sin embargo, más allá de la voluntad de los cientos de personas desconocidas que hicieron circular la información, no obtuve ningún dato como respuesta, por mínimo que fuera, que pudiera ayudar en la búsqueda de los nietos de Rafael.

Lunes 19 de mayo de 2014

El día era bastante gris y tenía que ir hasta la ex ESMA para consultar unos materiales por pedido de Rafael. Allá me esperaba a las 11 de la mañana Evangelina Sánchez, en el Archivo de Memoria Abierta.

Para estar a tiempo, salí muy temprano. Sabía que el predio quedaba en Belgrano, bastante más lejos que la zona céntrica que solía transitar cuando iba a ver a Rafael o cuando fui a entrevistar a Marcos Weinstein. Ni siquiera bajándome en la última estación de la línea D de subte alcanzaba a estar cerca de donde debía ir, y recorrer esa larga distancia en micro me llevaría un buen rato.

Luego de preguntar a algunas personas en Plaza de Mayo, me tomé un interno de la línea 29, el que tenía el cartel que decía que iba a Olivos. Sin exagerar, creo que tardé más en llegar desde Diagonal Norte hasta la Avenida del Libertador, que de La Plata a Buenos Aires.

Si bien ya conocía el ex centro clandestino de detención porque había ido hacía unos años a la visita guiada, tuve que consultar dónde quedaba Memoria Abierta, ya que en total son 35 edificios y 17 hectáreas. Luego de entrar y pedir indicaciones en varias

dependencias, y de que incluso me dieran un mapita con el camino a seguir marcado, llegué al lugar buscado.

En la caminata que me llevó hasta allí, sentí mil cosas a la vez. Pensar en todo el sufrimiento que jóvenes como yo -o varios años más chicos aun- habían padecido en ese lugar, me erizaba la piel y me ponía al borde de las lágrimas; lágrimas que no había podido contener en mi visita del año 2011. Recordar los nombres y las historias de tantas personas que sabía que habían estado allí, era muy fuerte. Sin ir más lejos, ese día se cumplían 37 años del secuestro y desaparición del hijo y la nuera de Oscar Hueravilo, el “padre de la plaza” chileno, que había entrevistado en marzo y con el que me seguía llamando con frecuencia. Oscar Lautaro Hueravilo y Mirta Mónica Alonso habían estado detenidos en la ESMA y el hijo de ambos, Emiliano, había nacido allí en agosto de 1977.

Caminaba y pensaba en ellos, en sus rostros, en el de Emiliano -que ya era todo un hombre-, en la ineludible lucha de Oscar y su esposa. Pensaba también en todos los años que habían pasado ya, que eran muchos en la vida de una persona pero muy pocos en la historia de un país, y reflexionaba sobre lo mucho que habían cambiado las circunstancias. Traspasar las rejas de la ESMA hacía 38 años o un poco menos, era sumergirse en el horror, en la tortura, en la muerte. Hacerlo hoy, en plena democracia y con el lugar convertido en un espacio para la defensa de los derechos humanos y la construcción de la memoria, era tan conmovedor como impagable.

Al edificio al que llegué, entre 1976 y 1983, se lo denominaba Pabellón Bote o Bravo y en él estaban los dormitorios de los aspirantes. Desde que la Escuela de Mecánica de la Armada se convirtió en el Espacio Memoria y Derechos Humanos, en este sector se ubican las sedes de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas y, justamente, Memoria Abierta, que era donde iba yo.

La puerta por la que debía entrar, estaba cerrada con candado. Me pareció extraño, porque se suponía que ya desde las 10 de la mañana debían estar trabajando los integrantes de la institución. Rodeé el lugar, para intentar entrar por una puerta lateral que en realidad correspondía a Familiares. Creía que por adentro podría llegar a la oficina buscada. Sin embargo, tampoco estaba abierta. Unos albañiles que me vieron bastante desconcertada me preguntaron adónde iba, a quién buscaba. Les respondí y

me dijeron no sólo que no había nadie adentro, sino que era habitual que a veces los lunes no fuera nadie.

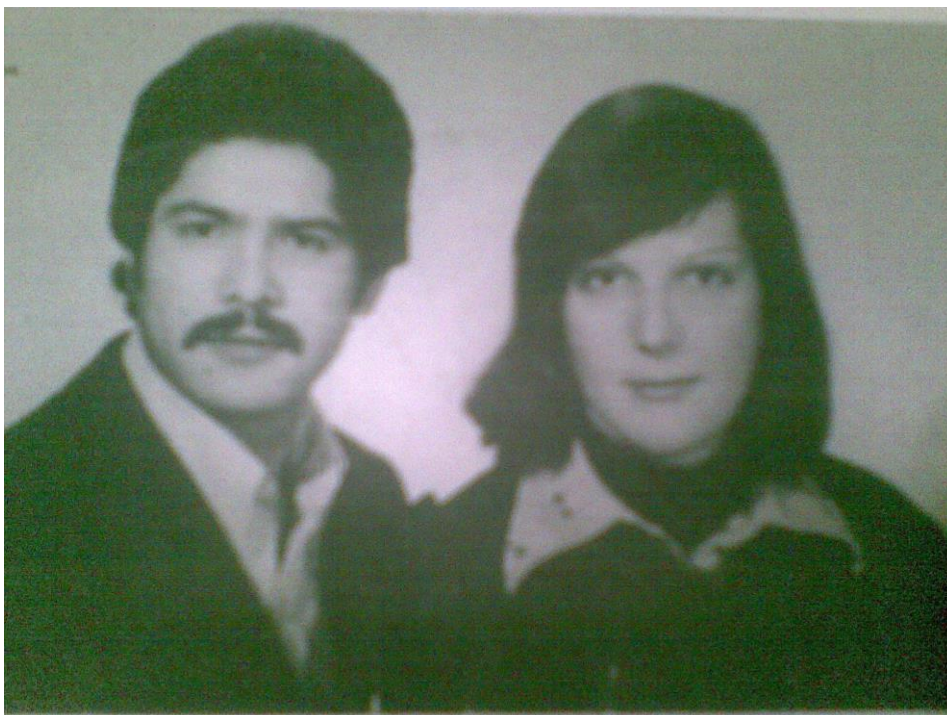
Me llevé una desilusión enorme. Había gastado dos horas y media en ir hasta allá, tardaría otro tanto (o más) en volver y me iría de allí con las manos vacías. Esto sin contar las expectativas puestas en esa visita y la plata que había puesto de mi bolsillo – bastante escasa, por cierto- para traslados y comida.

Antes de irme, al pasar por el frente del Pabellón Central, saqué una foto con mi celular. Quería tener algo de mi paso por allí, por mínimo que fuera, para mostrarle a Rafa, que estaba expectante.



Bastante desanimada, emprendí el largo retorno a casa. A la pasada, en un kiosco de diarios y revistas, compré *Página 12*, ya que Oscar el otro día me había avisado que saldría publicado un aviso en memoria de Taro y de Mirta.

El texto había sido redactado por Emiliano y decía así:



19 de mayo de 1977

Mirta Mónica Alonso y Oscar Lautaro Hueravilo Saavedra: dos nombres propios, que fueron hijos, padres y abuelos, aunque no lo hayan sabido. Tan propios como la historia de una familia que creció nombrándolos. Pero también dos nombres compartidos en la lucha, que era suya y de tantos otros que se llamaban a sí mismos "compañeros". Ni idealistas ni soñadores, compañeros que creyeron y construyeron un proyecto distinto de país, una forma más humana de pensar la humanidad.

Fundamentalmente, dos nombres comunes, el de un hombre y una mujer que nombraron sus proyectos revolucionarios y nos indicaron el nombre de nuestros propios proyectos. La eficacia de los nombres es que no desaparecen. Por eso, a 37 años de su secuestro y desaparición volvemos a nombrarlos y en ese gesto se encierra la lucha que ahora y siempre fue también nuestra.

Por Juicio y castigo. Por Un país justo. Por una sociedad mejor.

Cárcel Común y reclusión perpetua para todos los genocidas ¡Hasta la Victoria siempre!

30.000 Compañeros detenidos desaparecidos, ¡¡¡presentes!!! ¡Ahora y siempre!

Sus padres, Eliana y Oscar; sus nietas, Lara y Sofía; y su hijo, Emiliano.

Atrás, en la misma hoja, había un aviso recordatorio de la familia de Mirta, pero sólo en memoria de ella. Esto no hacía más que ratificar lo que Oscar me había comentado respecto al desprecio por parte de “los Alonso” hacia Taro.

Cuando llegué a mi casa, abrí la casilla de mail y vi que tenía un mensaje de Evangelina Sánchez, la chica con la que había pautado la cita de consulta al archivo. Lo había enviado a las 8.35, es decir, cinco o diez minutos después de mi última revisión de mi correo electrónico y de mi partida hacia Buenos Aires. Me avisaba que había tenido un inconveniente y que tendría que suspender mi visita. También se disculpaba por no haberme podido avisar antes y me proponía que eligiera una nueva fecha para poder concretar el encuentro.

Para completar el intenso día, a la noche, en el programa televisivo de Baby Etchecopar, fue entrevistado Teobaldo Altamiranda, otro de los padres con los que deseaba conversar para poder contar en mi libro su increíble historia de militancia y dolor. Al escucharlo hablar, más ganas me dieron y me propuse conseguir su testimonio sí o sí.

Viernes 23 de mayo de 2014

Estaba en casa por prepararme unos mates, cuando sonó el teléfono. Era Oscar Hueravilo, que tenía una propuesta para hacerme: me quería invitar a ir con él a la presentación del libro *Padres de Plaza de Mayo. Memorias de una lucha silenciosa*, de Eva Eisenstaedt. El evento sería el martes 27 de mayo a las 19, en la sala Augusto Cortázar de la Biblioteca Nacional, ubicada en Palermo.

No quería ir solo y Emiliano no podía acompañarlo ya que debería quedarse al cuidado de Eliana, su abuela. Además, estaba entusiasmadísimo con la idea de que yo estuviera

presente allí para que conociera al resto de los padres e incluso a la autora. Sin dudar, acepté la invitación, pero le pregunté si él de verdad se animaba a ir solo conmigo hasta allá y a andar de noche por Capital. Con su espontaneidad habitual me dijo: “¡Lucy, con vos me voy hasta el fin del mundo!”. Se notaba que estaba exultante con mi respuesta afirmativa.

También me preguntó si al otro día, sábado, podía ir a su casa así terminaba de contarme hechos y anécdotas de su vida, en especial de su infancia, que creía importantes para el libro. Otra vez le dije que sí sin pensarlo demasiado, ya que hacía mucho que veníamos postergando, por una cosa u otra, ese segundo encuentro cara a cara.

Nos despedimos hasta el día siguiente y colgamos el teléfono. Mi mamá, que estaba al lado mío y había escuchado la conversación (o al menos mi parte), me llamó a la reflexión. Me hizo ver que tal vez fuera bastante arriesgado andar hasta tarde por las calles de Palermo sola, con un hombre de 81 años, que si bien conocía a la perfección la zona porque había vivido más de treinta años por ahí, podía llegar a desorientarse o a pasarle algún inconveniente vinculado a su edad.

En la emoción del momento, no lo había pensado, pero tenía razón. Decirle que no, ya no podía ni quería. Tenía que buscar a alguien que pudiera acompañarnos, que le interesara el tema del libro y que me diera cierta seguridad o contención ante algún tipo de percance. Enseguida se me ocurrió el candidato:

-¡Ya sé!- exclamé como Arquímedes cuando gritó “¡eureka!”.- Le puedo decir a Néstor. ¿Vos decís que se prenderá?

-Yo creo que sí. Si está bien, seguro que va a querer; a él le encantan estas cosas- señaló mi madre.

Néstor es un amigo de nuestra familia, de 72 años de edad. Es contador, pero le apasiona la historia argentina, en especial la vinculada a la última dictadura militar. Es un ferviente defensor de los derechos humanos y me quiere mucho, como yo a él. Era casi seguro que me iba a decir que sí, que me acompañaba.

Cuando llamé y le hice la propuesta, se alegró tanto. Él me venía insistiendo con que si en alguna oportunidad podía presenciar alguna de las entrevistas con los padres o algún tipo de actividad vinculada al tema, le avisara. Por eso, cuando estábamos por

cortar y le agradecí su predisposición, me dijo que él era el que me agradecía a mí esta oportunidad.

Con su confirmación, me quedé mucho más tranquila ya que no debía dar marcha atrás con la ida al evento, situación que hubiera angustiado mucho a Oscar. Al otro día, le comunicaría a él que tendríamos un compañero más en el viaje.

Sábado 24 de mayo de 2014

Después de almorzar, salí para la casa de Oscar. Tenía que ir temprano, porque después trabajaba en una casita de fiestas, a la que suelo ir para ganarme unos pesos mientras busco otro empleo.

Cuando llegué, me recibió con su habitual alegría y me invitó a pasar. Como buen caballero que es, me ayudó a sacarme la campera y bromeó con lo abrigada que era:

-¡Ésta es como para irse a la Antártida!-exclamó riendo.

-¡Sí, es verdad!-asentí en medio de las risas.- Exageré un poco: hace frío, pero no tanto.

En las cuadras que caminé desde la parada del micro hasta acá, me acaloré muchísimo. Lo que pasa es que después salgo tarde de la casita, y seguro va a refrescar mucho.

La acomodó en un sillón y nos ubicamos en la mesa del comedor, como la otra vez. Allí empezamos a charlar de forma distendida, como siempre. Conversamos sobre varios temas no relacionados al libro, y luego comenzamos con lo otro. En esa segunda etapa, me contó sobre su padre, profundizó sobre su militancia y sobre demás cuestiones que iban surgiendo de forma espontánea. También me confesó su deseo de visitar su tierra natal, adonde nunca regresó luego de irse a los once años a Santiago de Chile y más tarde, a los 22, a Argentina.

Otro destino que sueña conocer es Cuba. Como yo había ido el año pasado, dialogamos -con café mediante, por supuesto- sobre la isla, su gente y su historia.

El tiempo, aunque no fue poco, se pasó volando y tuve que emprender la retirada. Antes de que me fuera, Oscar me pidió que le diera una mano con unas dedicatorias que quería escribir en unos libros que le regalaría a unos compañeros al día siguiente. Me dijo que su letra ya no era legible, así que él me dictó lo que deseaba poner y yo lo llevaba al papel. Luego, firmó él en las tres copias.

A mí me obsequió algunas publicaciones también, todas vinculadas a la defensa de los derechos humanos, y me dio una copia del texto publicado el lunes pasado en Página 12, por el aniversario de la desaparición de su hijo y su nuera.

Por último, a modo de recordatorio, le dejé anotado bien grande en un papel el horario y el lugar donde nos encontraríamos el martes para partir hacia Capital Federal y le comenté que Néstor vendría con nosotros. Se puso aún más feliz de sumar a otra persona interesada en su lucha y la de tantos más. Contenta, me fui a trabajar pensando en lo que nos esperaba dentro de unos días.

Martes 27 de mayo 2014

El día de la presentación formal del libro de Eva Eisenstaedt, *Padres de Plaza de Mayo. Memorias de una lucha silenciosa*, había llegado. El evento era a las 19, en la sala Augusto Raúl Cortázar de la Biblioteca Nacional, ubicada en el barrio de Palermo de Capital Federal. Sin embargo, al igual que los demás padres, la autora había citado a Oscar a las 18.

Para poder llegar a tiempo, incluso si había algún tipo de complicación con el tránsito en la autopista, le había dicho a Oscar de encontrarnos a las 15 horas en la terminal de micros de La Plata, ubicada en 4 y 42, para tomar el micro de media distancia que nos conducirían a nuestro destino.

A las 14.30, me embarqué con Néstor en un taxi rumbo al punto acordado, aprovechando el trayecto para recordarle que Oscar no estaba alineado ideológicamente con el kirchnerismo, a fin de evitar así rispideces en la charla que, con seguridad, en algún momento caería en el tema de la política.

Al llegar, le pedí a Néstor que se quedara haciendo la fila para subir al Costera, mientras yo buscaba a Oscar. Lo esperé en la puerta unos minutos y, para ganar tiempo, mientras tanto, fui a cargar más plata a mi tarjeta SUBE. Ya tenía cien pesos; para costear mis pasajes de ida y vuelta tanto en micro como en subte, me alcanzaba y me sobraba, pero mujer precavida vale por dos, ¿no?

Cuando vuelvo del kiosco, lo encuentro mirando a ambos lados, buscándome. Llevaba puestas unas cómodas botas, un pantalón negro, una camisa azul eléctrico y una

campera de cuero negro, que llevaba abierta. Portaba también su bastón trípode, con el que suele afirmar el ágil andar que tiene para su edad. Al verme, una amplia sonrisa se dibujó debajo de su bigote canoso, que en otra época supo ser de un negro intenso, al igual que su cabello. Eran las tres de la tarde en punto.

-¡Lucy, hermosa! ¿Cómo estás? Hace un rato llegué. Ya me estaba preocupando: ¡ya di tres vueltas y no te veía!

-¡Oscar! Todo bien ¿y usted? Seguro nos cruzamos sin vernos. Vamos, allá está Néstor, que quedó haciendo la fila para ir ganando tiempo.

Juntos nos dirigimos hacia el colectivo y, luego de las presentaciones correspondientes, nos subimos los tres al vehículo.

Me senté en la primera fila junto con “el mapuche”, mientras que el amigo de mi familia hizo lo propio, pero pasillo mediante. Durante todo el viaje, en el que no hubo demoras ni sobresaltos, con mi compañero de asiento mantuvimos una charla amena y entretenida sobre diversos temas, como ya era costumbre.

En poco tiempo ya estábamos en la parada de Alsina, a pocos pasos de la mítica Plaza de Mayo, cuna de tantas gestas patrias y tantos reclamos, de tantas fiestas y tantas represiones; plaza que tanto Oscar como los demás padres y sus esposas habían pisado tantas veces, durante tantos años, reclamando la aparición con vida de sus hijos y de sus nietos, pidiendo justicia y construyendo la memoria.

Mientras empezaban a entrar en confianza ellos dos –Néstor a la ida aprovechó para dormir-, transitamos las dos cuadras que nos separaban de la boca del subte. Con increíble agilidad y sin quejarse ni una sola vez de las escaleras que hubo que bajar, tomamos la línea D y nos bajamos en la estación Agüero.

Las siete u ocho cuadras que mediaban entre nuestro punto de descenso y la Biblioteca, las hicimos caminando. Oscar había vivido 31 años en ese barrio, por lo que lo conocía a la perfección. En el recorrido, me señaló dónde estaba su casa (el inmueble ya no existía en realidad; en su lugar, ahora se erigía un alto edificio), dónde compraba los zapatos o dónde encargaba los materiales de construcción que utilizaba en su labor como albañil.

Como todavía nos sobraba tiempo –eran las cinco de la tarde y estábamos a una cuadra de nuestro destino-, los invité a tomar un café en el *Starbucks* de General Las

Heras y Austria. No fue fácil convencer a estos dos caballeros de que, siendo yo la mujer del grupo, me dejaran agasajarlos; sin embargo lo logré. Allí, la conversación se hizo más espaciada: todos teníamos la boca ocupada en tomar algo caliente y comer una rica medialuna.

Ya casi era la hora pautada para la llegada de los padres al evento, así que nos levantamos y caminamos tranquilos la única cuadra que nos quedaba por hacer. Sorprendidos por la belleza del lugar, rastreamos la ubicación de la sala Augusto Raúl Cortázar y la hallamos con facilidad gracias a la colaboración de un guardia de seguridad.

Al traspasar el umbral de la puerta, Eva Eisenstaedt, la anfitriona del evento, saludó con gran alegría a Oscar y luego lo hizo con nosotros dos. Ella ya estaba al tanto que yo estudiaba periodismo, pero jamás supo que estaba trabajando sobre el mismo tema de su libro.

No era que tuviera algo que ocultar, porque tenía la plena tranquilidad de saber que la elección de mi tema de tesis había sido bastante anterior a la publicación de su libro – si bien ella comenzó a hacer las entrevistas en 2009, su trabajo se publicó a fines de marzo de 2014-; sin embargo, no me animé a contárselo previo a su presentación. Temía que le cayera mal o que no creyera mi versión de los hechos. De todos modos, si eso ocurría, tenía sobradas y contundentes pruebas respecto a la fecha en que comencé a idear mi proyecto.

Si bien nunca se lo dije, supongo que algo debió intuir, ya que ni bien ingresé al lugar, lo primero que hice fue ir a saludar a Marcos Weinstein, uno de los padres a los que ya había entrevistado. Él me recordaba a la perfección y me saludó con su habitual formalidad.

Oscar también fue a estrecharse en un abrazo con él y, de paso, ya se quedó ubicado en la primera fila del auditorio, que estaba reservada para los padres y sus esposas. En la tercera fila, la primera ya disponible para el público en general, nos sentamos Néstor y yo. Mientras nos acomodábamos, descubrí con gran molestia que me había olvidado la cámara de fotos. Por fortuna, el reporter digital no había corrido la misma suerte.

Sentados allí, conversábamos en voz baja, mientras observábamos los movimientos de las pocas personas que ya estaban presentes: Eva, Oscar, Marcos, un fotógrafo y gente de la editorial.

El próximo padre en llegar fue Bruno Palermo, de 90 años. A él lo había entrevistado hacía menos de un mes: había ido el 1° de mayo —sí, el día del trabajador— hasta su casa de Caballito para dialogar con él y su hija Silvia sobre la desaparición de su hijo Norberto. Me acerqué a saludarlo y nuestro diálogo se vio interrumpido por el saludo de Eva, quien lo acompañó hasta donde estaban los otros dos compañeros de lucha.

Me senté otra vez en mi lugar y desde allí observaba con una mezcla de alegría, admiración y angustia, la conversación de ellos tres. Me emocionaba muchísimo verlos reír y sonreír con esa dulzura y esa paz en sus rostros. No podía creer cómo lograban hacerlo después de todo el horror vivido.

No les despegaba la vista: eran tres hombres de 81, 86 y 90 años, disfrutando del encuentro como lo hacen los niños cuando vuelven al colegio después de las largas vacaciones de verano. Se notaba que estaban a gusto el uno con el otro y que se apreciaban.

Luego llegó Teobaldo Altamiranda, uno de los dos padres que me quedaban por entrevistar. Tras saludar a Eva, pasó por al lado de nosotros, nos miró y dijo un cálido, “hola, buenas tardes”. No sé con qué cara de fascinación lo miraba yo que, sin conocerme, se acercó y me dio un beso. También estrechó la mano de Néstor, quien no pudo contener su admiración por él (Teobaldo fue nada más y nada menos que el mensajero secreto de Perón en el exilio y el piloto que lo trajo, por expreso pedido del General, a la Argentina) y le dijo que lo había visto en la televisión en una entrevista muy interesante. Yo traté, con sutileza, de frenar su verborragia para evitar que me espantara a mi futuro entrevistado. Por fortuna, lo logré, aunque no me animé en ese momento a presentarme y proponerle un encuentro. Dejé que se fuera a sentar tranquilo. Más tarde arremetería para lograr mi objetivo.

Cuando ingresó en la sala Julio Morresi y su mujer, Irma, sonreí con amplitud. Sin que ellos aún pudieran verme, los miraba embobada de ternura. Conocía mucho su historia, al igual que las otras, y ya había hablado por teléfono con ellos, en distintas oportunidades, intentando encontrar un día para vernos. Pero más allá de eso, me

conmovía la dulzura de la mirada de Julio, de su modo de hablar que, por si fuera poco, me hacía acordar a mi abuelo materno.

Cuando los tuve cerca, aproveché la ocasión para presentarme. Me ubicaron enseguida, ya que para facilitar todo, había retomado el contacto telefónico con ellos ese mismo mediodía y les había avisado que iba a acudir al evento. Me dieron un beso y se alegraron de que al fin nos conociéramos; dejé que se fueran a sentar tranquilos. En unos minutos iría a conversar y pautar una fecha para vernos.

Eran demasiadas emociones juntas. Todo marchaba muy bien y me sentía muy a gusto en medio de toda esa gente. De repente, Teobaldo se acercó de vuelta a nosotros y le preguntó a Néstor dónde lo había visto: si en *Encuentro* o en *C5N*, con Baby Etchecopar. Al saber que había sido en el segundo canal, comenzó a contar el detrás de escena del programa y el diálogo con la productora que lo había contactado. Ahí fue cuando aproveché para comentarle que yo tenía otra propuesta de entrevista para él. Me escuchó con atención, me dio ánimo ante mi preocupación por la publicación del libro de Eva –le comenté que venía trabajando el mismo tema desde antes y me dijo que yo encontraría mi propio enfoque y que podía, incluso, hacerlo más completo- y aceptó con gusto prestarse a una charla.

-Anoté mi teléfono- me sugirió.

-¿Es este?- le respondí, mostrándole en mi libreta el número de su propia casa. Lo tenía hacía meses, pero no me había atrevido a llamarlo, pese a que sabía que era un hombre muy amable.

-Sí, ese mismo. Cuando me llames, te va a atender Diana, mi esposa, que es esa que está allá- dijo señalándome a una bella mujer que miraba sonriente desde su asiento. Me acerqué y le di un beso, al mismo tiempo que me presenté y le adelanté que pronto estaría llamando a su domicilio para coordinar una entrevista con Teobaldo.

Cuando volví con su esposo, él me preguntó:

-¿Y? ¿Arreglaste ya?

-No, no, todavía no. Lo llamo el lunes, ¿le parece?

-Sí, cuando gustes, no hay problema. Eso sí, te advierto: siempre que me entrevisto con alguien en un bar, pago yo el café. No hay opción. Soy criado en otra época, como él –señalando a Néstor-, donde nos enseñaban a ser caballeros- explicó sonriendo.

-Como usted diga- acoté devolviéndole la sonrisa.

Terminado este diálogo, se despidió y se fue a su silla, junto al resto de los padres. Antes de continuar con mis tratativas con Morresi, dediqué unos instantes a saludar a Silvia, la hija de Bruno Palermo. Ella había estado presente en la entrevista y había colaborado muchísimo en el relato, ya que su papá, con 90 años, se emocionaba demasiado al hablar del tema. También saludé a la hija menor del segundo matrimonio de Bruno, que asombrosamente tenía 24 años y era muy hermosa, al igual que la hija de Silvia, a quien aún no conocía, que rondaba la misma edad.



Luego, fui al encuentro de Julio e Irma, quienes ya estaban ubicados en la primera fila del auditorio. Para que no se tomaran la molestia de pararse, me puse en cuclillas para quedar a la misma altura que ellos y poder mirarlos a los ojos. Mientras les preguntaba dónde y cuándo les convenía recibirme, él abrió un paquete de gomitas Mogul, una de mis golosinas preferidas, y me ofreció una. Como no quería abusarme de su generosidad, agradecí el ofrecimiento y dije que no. Ambos acordaron en que lo más cómodo iba a ser que fuera a la sede de “Familiares” (el nombre completo del organismo es Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas), ubicada

en Riobamba 34, frente a uno de los laterales del Congreso de la Nación. Allí sus integrantes se reúnen todos los martes a la tarde, a eso de las 18, por lo que nuestra charla sería un rato antes de ese horario. Quedamos, entonces, en que el martes 3 de junio, a las 16, nos juntábamos allí y que lo llamaría el día anterior para verificar que todo siguiera en pie.

Antes de volver a mi asiento y ya dejarlos tranquilos esperando el inicio de la presentación, no pude evitar decirles:

-Ustedes a mí no me conocen, lo sé, pero a ustedes yo sí, a través de su historia y de su lucha; permítanme decirles que yo siento que los quiero.

Las palabras me brotaron casi sin pensarlas, no las pude contener. Tal vez por eso las dije: si hubiera pensado un poco más, me hubiera callado por timidez. Les di un beso, les agradecí su amabilidad y fui a sentarme junto a Néstor, ya dispuesta a quedarme quieta y escuchar el pronto inicio de la exposición oral.

Luego de la espera, que se hizo muy entretenida y productiva, comenzó el evento. En primer lugar, tomó la palabra Constanza Brunet, en nombre de Editorial Marea; luego lo hizo la historiadora Samanta Casareto; después el psicólogo y amigo de la autora, Aldo Schlemenson, y, en último lugar, Eva Eisenstaedt. Todas las intervenciones fueron muy enriquecedoras y emotivas, aunque llamativamente la de la escritora fue la más escueta –exceptuando la de la representante de la editorial-. El cierre formal estuvo a cargo de un coro de adultos mayores -del cual Eva participa-, que cantó “Tu nombre me sabe a hierba”, de Joan Manuel Serrat.



Cuando ya todo el mundo estaba parado conversando, Julio Morresi tomó el micrófono de forma imprevista y dijo unas palabras referidas a la lucha de los padres y a las características de sus hijos, que conmovieron a muchos de los presentes. Pero enseguida cerró su intervención con un comentario que arrancó risas y sonrisas, contrarrestando la emoción anterior:

-Muchas veces digo que nosotros tenemos juventud acumulada; yo digo que tengo cuatro jóvenes de 21 años dentro de mi persona, no tengo 84.



Sin embargo, quedaba sobrevolando en el aire un clima muy especial y unas lágrimas contenidas, que salieron a relucir y a mojar las mejillas cuando Teobaldo Altamiranda intervino, también micrófono mediante:

-Falta algo en este homenaje: ¡por los treinta mil compañeros desaparecidos!

-¡Presentes!- respondimos con un nudo en la garganta.

-¡Ahora!

-¡Y siempre!

-¡Ahora!

-¡Y siempre!

-Muchas gracias a todos por estar acá- culminó Teobaldo, dejándonos con una mezcla de sentimientos enorme.

Antes de emprender la retirada con Néstor y Oscar, la cual no debía demorarse demasiado porque estaba anunciado para el día siguiente un paro de transporte de la UTA –no fuera a ser cosa que lo empezaran antes, como el 10 de abril-, fui a despedirme de los padres que conocía. Les di un beso y crucé las últimas palabras de la noche con cada uno de ellos; me sentía muy feliz y a gusto entre esos hombres. No hubiera querido irme más de ahí; todo era muy fluido y natural, como si nos conociéramos de mucho tiempo antes.

Marcos Weinstein, tal vez el más formal y serio de todos, a su modo me hizo saber su afecto: luego de darle un beso, mientras saludaba a Julio, que estaba al lado, me mantuvo apretada la mano durante unos segundos. En tanto, Morresi, con su extrema dulzura, me despedía hasta dentro de unos días con un cálido, “chau linda, chau”. También Bruno Palermo hizo lo propio con toda su ternura.

Teobaldo, muy “canchero” y atento, antes de despedirnos, me dijo:

-Vení que te presento a Joaquín.

Joaquín Daglio era el director del documental audiovisual hecho sobre los padres. No lo conocía en persona, pero sí nos habíamos tratado vía mail en 2013, cuando le había escrito para contarle de mi proyecto de tesis y preguntarle dónde podía conseguir su trabajo. Me había tratado muy bien y, sin conocerme, había tenido la amabilidad de enviarme por correo postal una copia del largometraje.

-¿Joaquín? Soy Lucía, la que te escribía por...-alcancé a decirle.

-¡Lucía! Sí, ¿cómo estás? Me acuerdo, me acuerdo. El otro día estuve con Rafa (Belaústegui) y me habló de vos también.

-¡Ah! Sí, sí, estoy tratando de darle una mano con algunas cositas de su historia y él a mí.

-Sí, me contó. Bueno, para lo que necesites, contá conmigo. Me escribís cualquier cosa, ¿eh?

-Dale, mil gracias.

Me despedí de él, que estaba poniéndose al día con el resto de los padres, de Teobaldo, quien me reiteró que esperaba mi llamado pronto, y de las hijas y nieta de Bruno Palermo. A todo esto, Oscar ya había saludado a todos sus compañeros y estaba listo para emprender el regreso.

Mientras salíamos de la Biblioteca Nacional, los tres comentábamos satisfechos y contentos lo bien que la habíamos pasado. Oscar, en las cuadras que caminamos hasta la estación de subte, repitió varias veces que nunca se iba a olvidar de lo que yo estaba haciendo por él. Sin embargo, para mí era todo lo contrario: le debía tanto a él y al resto de los padres, que no sabía cómo hacer para agradecerles.

Entre risas y charlas, llegamos a la parada del micro ubicada en Paseo Colón y Alsina. El colectivo vino enseguida. El primer tramo del viaje lo hice sentada al lado de Néstor, porque a la ida ya había estado solo. Sabía que estaba muy movilizado y entusiasmado con lo que había visto y oído, y quería darle la chance de que pudiera exteriorizarlo. Si bien su presencia había facilitado todo y me había aportado tranquilidad, era él quien agradecía el haberle propuesto ir conmigo.

En la segunda mitad del trayecto me cambié de asiento para poder hablar otro rato con Oscar. Lo que empezó siendo una charla como cualquier otra, se convirtió en un nuevo relato de su historia, que ampliaba aún más lo que ya habíamos conversado en los dos encuentros en su casa. Si bien tenía el *reporter* en la cartera, opté por no grabar el diálogo, apostando todas las fichas a mi memoria. No quería romper el clima íntimo que se había creado y cambiar el rumbo de sus palabras. Oscar, en las otras ocasiones, no solía tener inconvenientes para hablar aunque lo estuviera grabando. Pero esto era distinto, era algo que sentía que estaba confiando a “la Lucía” persona, no a la periodista.

Nos bajamos en 6 y 44 y tomamos un taxi. Néstor tuvo que convencer a Oscar de que ya era muy tarde para que se tomara un micro de línea hasta su casa y para que aceptara que nosotros lo llevemos hasta su domicilio. Una vez que llegamos allí, antes de bajarse, insistió para que tomáramos la plata que nos ofrecía para pagar parte del viaje. Todos sus intentos fueron en vano. Descendió y esperamos a verlo entrar porque la calle estaba oscura.

Por último, continuamos hasta mi casa, donde mi mamá, presumiendo que Néstor iba a acompañarme hasta la puerta, nos esperaba con dos platos de comida. Mientras cenábamos, le contamos a ella lo excelente que nos había ido. Él estaba entusiasmado, en especial, con la figura de Teobaldo y su gran historia junto a Perón. Yo, con todo. Había sido un día inolvidable.

Una vez que Néstor se fue, le conté algunos detalles más a mi madre y me fui a dormir o, al menos, a intentarlo.

Viernes 30 de mayo de 2014

El anteúltimo día del quinto mes del año fui otra vez a la ex ESMA, esta vez con la esperanza de que no me dejaran plantada en la puerta de Memoria Abierta.

En el camino, fui leyendo *José*, el libro en que Matilde Herrera contó la historia de su segundo hijo, desaparecido el 30 de mayo de 1977, en el día de su cumpleaños número 23. Es decir, ese viernes se cumplían 37 años exactos de su secuestro y 60 de su nacimiento.

Lo más curioso de todo era que no había planificado ninguna de estas coincidencias, sino que la fecha de la segunda visita había surgido en base a la disponibilidad de la agenda de la institución y de la mía. Incluso, esta segunda cita en realidad estaba pautada para el miércoles 28, pero no se había podido concretar porque estaba anunciado un paro de la UTA.

Por suerte, esta vez sí me estaban esperando cuando llegué y hasta tenían ya preparados los testimonios audiovisuales que iba a consultar. Eran los de Julio Lareu y el de su esposa, Carmen Vieyra Abreu de Lareu, los consuegros de Rafael por parte de

José. La hija de ellos, Electra, había desaparecido junto a su esposo y permanecía en esa condición desde entonces.

Por la política de privacidad, no podía grabar el audio de los videos con mi reporter, así que una vez que me calcé los auriculares, empecé a tomar nota de todo lo que escuchaba o, al menos, de todo lo que me resultara importante a los fines de la investigación que me había encargado Rafael.

Comencé por el archivo de Julio, que duraba dos horas y media; luego seguiría con el de Carmen, que se extendía durante una hora y media. En total eran cuatro horas y yo tenía esa misma cantidad de tiempo para estar ahí, hasta que cerraran la oficina.

Sin embargo, como a veces ponía pausa para apuntar mejor algunas cosas, con el de Julio tardé bastante más que lo que duraba en realidad. Cuando finalicé con él, ya tenía la mano muy cansada y me quedaban sólo cuarenta minutos para tratar de anotar algo del de su mujer.

Como pude, hice una pasada rápida y un poco salpicada del relato de Carmen, y escribí algunos punteos de su contenido. Lo más probable es que tuviera que volver en otra ocasión si a Rafael le parecía de suma importancia contar con ese contenido.

Mientras volvía a casa en ese día lluvioso y gris, le escribí al Whatsapp a Rafael avisándole que contaba con material para él y que, ni bien pudiera, lo tipearía en la computadora y se lo mandaría por mail.

Más tarde, cuando llegué a La Plata, lo llamé como él me había pedido y lo noté distante y frío. Era muy probable que la fecha y sus connotaciones lo estuvieran afectando. No era para menos.

Pese a su ánimo, me pidió que la semana siguiente lo fuera a ver; no me dijo por qué, pero aun así le aseguré que en pronto le escribiría para acordar nuestro encuentro.

Al cortar, me quedé con una sensación amarga. Algo estaba pasando y no sabía qué.

Domingo 1 de junio de 2014

Entre el sábado y el domingo pasé a un documento de Microsoft Word todo lo que había escrito a mano sobre Julio Lareu y Carmen Vieyra Abreu de Lareu, y se lo mandé a Rafael por mail.

Un par de horas después del envío, me escribió por el chat de Facebook y me dijo que ya lo había leído, que tenía que pensarlo y después hablar conmigo. Ante ese comentario, le pregunté si algo le había hecho ruido y no me contestó: seguían sumándose indicios de ese “algo” que pasaba y que se traducía en una distancia afectiva cada vez mayor. Era claro que no se estaba comportando de la misma manera que cuando habíamos iniciado nuestra relación y eso me inquietaba mucho.

Una y otra vez repasaba en mi mente los últimos contactos con él, virtuales o personales, para tratar de descubrir si había dicho o hecho algo que pudiera afectarlo o caerle mal. Lo hacía pese a que de antemano estaba segura del respeto, la amabilidad y la responsabilidad con que había encarado desde el primer momento el vínculo con él. Aun con el gran nivel de autocrítica que me caracteriza (muchas veces hasta resulta excesiva), no pude identificar ninguna actitud que motivara esa frialdad que estaba comenzando a tener conmigo Rafael.

Con esta preocupación a cuestas, seguí ocupándome de las tareas de la tesis que todavía quedaban por hacer.

Lunes 2 de junio de 2014

El lunes, tal como había acordado el martes anterior en la Biblioteca Nacional, llamé a Julio Morresi para verificar que siguiera en pie nuestro encuentro del día siguiente. Del otro lado, atendió Irma, su esposa, y me dijo que él no estaba. Al preguntarle en qué horario podía encontrarlo, me sugirió que me comunicara tipo 13.30 o 14 horas, a más tardar, porque ya luego no estarían en su casa ninguno de los dos. Asistirían a una charla-debate en el Espacio Memoria y Derechos Humanos (ex ESMA), denominada “Mundiales de fútbol y política”, en la que disertaría su hijo Claudio, titular del Observatorio Nacional del Deporte.

Luego, cuando pude hablar con Julio, me dijo que me esperaba al otro día a las 16.30, en la sede de Familiares, previo a la reunión que tenían todos los martes los integrantes del organismo.

Como iría a Capital y tendría toda la mañana libre, le escribí a Rafa para ver si quería que aproveche para ir a verlo a él, como me lo había pedido el viernes por teléfono. El

diálogo escrito fue igual de extraño –o más- que los de los últimos días. Por un lado, él me pedía vernos, pero por el otro estaba cada vez más distante. Aun en esa situación, acordamos que al otro día al mediodía estaría tocando el timbre de su departamento de Belgrano.

Por último, llamé a Teobaldo Altamiranda. La admiración que sentía por él y su historia, muy vinculada a Juan Domingo Perón, hizo que demorara todo lo posible el llamado.

Era habitual en mí ese tipo de reacciones ante las personas que me generaban ese sentimiento. Como productora de Radio Universidad, había tenido oportunidad de hablar con figuras de diversos ámbitos, muy famosas o poderosas, sin ningún tipo de dificultad ni inhibición, por el simple hecho de que no me significaban nada a nivel personal. Sin embargo, había gente a la cual nunca había podido llamar por miedo a quedarme sin palabras. Por fortuna, sabía de antemano que con Teobaldo eso no pasaría porque era un hombre muy gentil y porque había mostrado una gran predisposición al diálogo el día de la presentación del libro de Eva Eisenstaedt.

Cuando escuché su voz por el auricular del teléfono, todo fluyó muy natural y mis nervios se esfumaron. Era todo un caballero y se esforzó mucho en encontrar un día y un lugar que me quedara cómodo a mí.

-¿Vos cuándo tenés que venir para Capital?

-Voy mañana a ver a Morresi a la sede de Familiares, a eso de las 16.30.

-¿Querés que aprovechemos mañana mismo y nos encontremos más temprano?

-No se preocupe usted por mí. A mí no me molesta, sino todo lo contrario, ir un día exclusivamente por nuestra entrevista. Prefiero que estemos tranquilos, sin pensar que en cualquier momento tengo que irme para llegar a tiempo a otro lado.

-¿Segura?

-Sí, de verdad. Creo que hay tanto por charlar, que cada nota amerita hacerse en un día distinto.

Se detuvo a pensar y luego me preguntó:

-¿El viernes, a eso de las 14, te parece bien? Pensaba en ese horario así no viajás en hora pico.

-Sí, me viene perfecto.

-¿Ubicás la confitería “Las Violetas”? Queda en Rivadavia y Castro Barros.

-Sí, sí-aseveré simulando conocer más de lo que en realidad sabía.

-Bueno, entonces sería el viernes a las 14, en “Las Violetas”. El miércoles o el jueves a la nohecita llamame para recordármelo, por las dudas.

-Bárbaro, quedamos así entonces. Gracias por su amabilidad y su predisposición, Teobaldo.

-¡No, por favor! Gracias a vos por ser tan buena- dijo con dulzura y me conmovió.

Por último, me dio referencias sobre cómo llegar en subte y nos despedimos. Yo me quedé con una sonrisa enorme en la cara y una nostalgia difícil de explicar. Lamentaba no haber conocido antes a todos estos hombres o el saber que más allá de que pudiera construir un vínculo empático, a la mayoría de ellos no los vería más que algunas veces en mi vida. ¡Y yo sentía que los quería tanto!

Con estas novedades, me fui contenta al CILE a seguir trabajando en la tesis.

Martes 3 de junio de 2014

El martes al mediodía me encontré con Rafa en su departamento de Belgrano. Desde el primer momento lo noté muy serio y frío. No podía descifrar qué le pasaba, pero era evidente que le ocurría algo que lo hacía actuar distinto a como lo había hecho hasta el momento.

Nos sentamos en la mesa del comedor, como cada vez que lo había ido a visitar, y dialogamos bastante sobre todo lo que había averiguado en ese mes, el primero desde que me había propuesto trabajar para él. A pesar de su estado de ánimo, me pareció que estaba muy conforme con mi labor y me indicó cómo seguir, en base a lo que a él más le interesaba conocer.

Luego, me hizo pasar a la habitación en donde él se dedicaba a escribir, a dar los últimos retoques al libro inédito que me había obsequiado. Allí me comentó que le había bajado el tono a algunas suspicacias que había deslizado sobre la figura de su consuegro por parte de José, Julio Lareu, para evitar herir los sentimientos de su nieto, Antonio, que ante la desaparición de sus padres se había criado con sus abuelos maternos.

Me mostró las modificaciones y, posterior a eso, me firmó el cheque por el monto que me había ofrecido la última vez que nos habíamos encontrado. La verdad es que me sentía incómoda en esa situación: cuando me acerqué a él, ni remotamente estaba en mis planes sacar ningún tipo de rédito económico. Ya el anuncio de que me regalaría su último trabajo escrito, los elogios y su gran predisposición a la charla, habían superado todas mis expectativas. El vínculo fluido que se había construido entre ambos, gracias a las largas charlas cara a cara o por Facebook, era más que suficiente para mí.

La propuesta de que lo ayudara a investigar ciertos asuntos familiares, desde mi rol de periodista, y de darme una suma de dinero por esa labor, había surgido de él porque sabía que estaba buscando un trabajo, y me había tomado por sorpresa.

Responder de forma negativa a su planteo, hubiera significado perder todo tipo de contacto, ya que probablemente se hubiera ofendido. La idea no era ni que se enojara ni cortar la relación, por lo que acepté, teniendo la completa tranquilidad de que esa erogación mensual no afectaba en nada a su nivel de vida.

De todos modos, me resultaba chocante estar ahí sentada, esperando un cheque por tres mil pesos, frente a un Rafael más distante que nunca. Por otro lado, tenía la plena tranquilidad de que había cumplido por demás con su pedido y que había invertido mucho tiempo y bastante dinero en pos de la indagación que me había encargado, por lo que desde la lógica de trabajo acordada correspondía esa retribución.

Cuando me entregó el cheque, me indicó que apenas a dos cuadras, en la avenida Cabildo, había un banco para poder cobrarlo. Conversamos un rato más y luego me despedí hasta la próxima.

Bajó a abrirme la mujer que desde hacía años lo ayudaba con las tareas de la casa, quien se animó a preguntarme, un tanto preocupada, cómo lo había visto. Ni bien escuché la consulta, me tranquilicé un poco: esa extrema seriedad que yo percibía en Rafael, entonces, no era provocada por mí. Rafael era un tanto imprevisible y, por más que yo sabía que no había motivos para que estuviera molesto o enojado conmigo, todo podía suceder.

Ella me dijo que desde hacía unos días, en especial desde el del aniversario de la desaparición de José, estaba mal de ánimo. Por esa razón, incluso había recibido la

visita de su médico psiquiatra, quien se quedó intranquilo por cómo lo había encontrado.

Tras pasar por el banco, tomé el subte hasta Avenida de Mayo, donde me senté a tomar un café en un bar hasta que fuera hora de partir para Congreso, a la entrevista con Julio Morresi.

Viajé en la línea A y llegué con tiempo de sobra, como era costumbre en mí, a la zona de la sede de Familiares. Caminando por la Avenida Rivadavia, en sentido contrario a mi dirección, me los crucé a Julio y a Irma, que habían salido antes de su casa en Parque Patricios para hacer algunas diligencias antes de ir a conversar conmigo. Los saludé y les dije que no se apuraran por mí, que sabía que faltaba más de media hora para las 16.30, que era el horario en el que me habían citado. Les prometí esperarlos en la puerta del lugar y ellos siguieron su rumbo. Sin embargo, no me hicieron caso: a los pocos minutos, los vi aparecer por la esquina.

¡Era tan hermosos verlos juntos! Se trataban con una dulzura y una paciencia difíciles de encontrar hoy en día. Se notaba que las duras experiencias vividas y todo el dolor atravesado, había unido de una forma especial a esa pareja, en vez de destruirla o alejarla.

Entramos al inmueble ubicado en Riobamba 34, que para Julio es como su segunda casa. Abrieron las ventanas, acomodaron algunas pequeñas cosas y enseguida él se sentó a mi lado para dar comienzo a nuestra charla.

-Cuando quieras, linda- dijo con su tono de voz tranquilo y tierno, como siempre.

Era notorio que Julio se sentía cómodo brindando entrevistas: lo hacía con total naturalidad y una gran fluidez. Le gustaba hacerse cargo del relato y casi que no eran necesarias mayores intervenciones mías.

Me contó sobre su infancia, sobre su vivencia del 17 de octubre de 1945, sobre el nacimiento de sus hijos, sobre la militancia de Norberto y su desaparición, y muchas cosas más. Todo lo hacía con suma claridad y cada palabra que emitía al aire, salía de su boca cargada con mucho amor y compromiso. La pasión que le imprimía a su narración era la misma con que había encarado cada día de su lucha.

Yo lo escuchaba atenta, no quería perderme un solo detalle. Si bien estaba grabando todo con el reporter, había un inconveniente: del otro lado de la pared del ambiente

en el que estábamos nosotros, había un incesante e intenso ruido de martillos y masas, que golpeaban una y otra vez la medianera. Por si fuera poco, la zona es muy transitada y estábamos sentados cerca de la puerta, por lo que el bullicio hecho por autos y micros se sumaba al de los albañiles.

Casi sobre el final de nuestro diálogo, sonó el timbre e Irma fue a atender: era Teobaldo Altamiranda que, como cada martes, concurría a la reunión que realizaban los integrantes del organismo.

Cuando me vio, se sorprendió; creía que para esa hora, las 18 aproximadamente, ya iba a haber terminado. Le contó contento a Julio que el viernes nos veríamos nosotros dos en “Las Violetas” y cuando Julio le advirtió que ya casi estábamos terminando, Teobaldo le respondió con su habitual cortesía que siguiera todo lo que hiciera falta, que él no tenía ningún apuro.

Como afuera ya estaba anocheciendo y además no quería demorar mucho la reunión – aunque aún faltaba llegar gente-, a los pocos minutos le agradecí a Julio por su atención y comencé a despedirme de los tres. Antes, le pedí permiso para sacarle una foto, a la que accedió gustoso. Eligió colocarse al lado del póster de “Padres de la Plaza: diez recorridos posibles”, el documental audiovisual dirigido por Joaquín Daglio, y poner los dedos en “V”.

El viaje de retorno a casa, más allá de la cantidad de trasbordos que tuve que hacer (subte- Costera Metropolitana- micro de línea), fue tranquilo. Cada vez estaba más cerca de cerrar una etapa muy importante en la realización de la tesis y estaba muy feliz.

Pensar en el encuentro que me aguardaba el viernes con Teobaldo, lejos de desanimarme por tener que viajar otra vez en la misma semana a Capital Federal, me daba más ganas de seguir. Imaginaba todo lo que el hombre podría contarme, y ya quería que pasaran rápido los dos días que mediaban hasta verlo.

Viernes 6 de junio de 2014

El viernes por fin había llegado. Una vez más organicé todo lo que necesitaba para viajar y para registrar la entrevista, y salí con más anticipación que la usual. Mi

ansiedad me jugó a favor, ya que cuando subí al micro que me llevaba por autopista hasta Buenos Aires, me enteré que la mitad del recorrido debería hacerlo por un camino alternativo, lo que haría que demorara bastante más que una hora en llegar a mi destino. Un corte en la subida de la autovía que une la capital provincial con la nacional era el motivo del desvío.

Por fortuna, llegué a la cuadra de la confitería “Las Violetas” con cuarenta minutos de antelación. Almorcé en un local de comidas rápidas que estaba a pocos metros de allí y cinco minutos antes de la hora pautada, fui a pararme a la puerta del histórico bar.

Miré a un lado y al otro, y no lo vi venir. Aún faltaba para que fueran las 2 en punto, pero por lo que lo conocía a Teobaldo se me ocurrió que tal vez ya estuviera adentro esperándome. Dicho y hecho: no me equivoqué. A través del vidrio lo vi sentado en una mesa, leyendo *Página/12*.

El lugar que había elegido para nuestra charla, no podía ser más lindo. Los ventanales, hechos con enormes vitreaux; el piso de mármol y las arañas doradas, le daban un marco muy distinguido al amplio salón. En sus 130 años de historia, grandes personalidades de la política y la cultura habían pasado por allí, entre ellos el ex presidente Carlos Pellegrini, el escritor Roberto Arlt y la cantautora Mercedes Sosa. También existe la versión que, en años de la dictadura, algunas Abuelas de Plaza de Mayo utilizaban esta confitería para reunirse.

Entré y lo saludé. Me recibió con una amplia sonrisa y me invitó a tomar asiento. Mientras me preguntaba si me había sido fácil llegar y me acomodaba en mi silla, vino el mozo a tomar el pedido. Como ya me había advertido la semana anterior que él iba a pagar el café, me pedí uno chiquito para no hacerlo gastar mucho. Intuía que los precios no serían de los más acomodados y no quise abusarme de su caballerosidad. Él le encargó lo mismo.

Los nervios que pude llegar a tener al principio por estar sentada enfrente de alguien que había cumplido un rol tan importante en la historia reciente, como era haber sido correo secreto de Perón y uno de los ingenieros de vuelo que lo trajo de vuelta a la Argentina, se esfumaron enseguida. Era tan cordial y tan atento, que me hacía sentir la mejor entrevistadora del mundo, aunque era claro que no lo era.

Los diálogos que reproducía, las descripciones que lograba y los climas que creaba, hacían que fuera un placer escucharlo. Aun en los momentos más importantes de la narración mantenía la humildad y el bajo perfil. En especial, estaba muy interesado en contarme sobre su compromiso político, porque él creía que una de las grandes falencias del libro de Eva Eisenstaedt era la poca relevancia que la autora le había dado a la militancia de los padres que sí la tenían. A él le parecía fundamental resaltar ese aspecto de la vida de ellos, para que también se comprendiera mejor de dónde surgía la militancia de sus hijos.

El único momento de la entrevista en que se emocionó mucho fue cuando hizo referencia a una canción de Joan Manuel Serrat, “La montonera”, que le hacía recordar a su hijo, Rubén Omar, militante montonero desaparecido en enero de 1977. Con nostalgia, me dijo que hacía muchísimos años que no la escuchaba porque la cinta del cassette en el que la tenía se había gastado de tanto pasarla y Serrat ya no la cantaba más. Sin decirle nada, tomé nota en mi memoria de este asunto. Algo tenía que hacer. El encuentro duró poco más de dos horas. Apagué el reporter y le agradecí su amabilidad. Él hizo lo propio, en reconocimiento a mi interés por su historia y por mi aporte a la construcción de la memoria colectiva.

-¿Dónde defendés la tesis?- me preguntó de repente.

-¿Qué? ¿Va a venir?- respondí asombrada, casi sin pensarlo.

-¡Por supuesto! Si tenés una hojita ahí, por favor anotame dónde sería. ¡Ah! Tu teléfono también.

De inmediato, tomé papel y lapicera y cumplí con su pedido. Luego de eso, nos levantamos y le pagó la cuenta al mozo. Nos despedimos con un abrazo breve pero sentido y prometimos seguir en contacto.

Miércoles 16 de julio de 2014

Tras más de un mes de mi última visita a Rafael, me decidí a escribirle para preguntarle qué le pasaba. Durante todo el mes de junio le había escrito en varias oportunidades por el chat de *Facebook*, para comentarle algunos avances en las averiguaciones que

me había encargado. Sin embargo, veía los mensajes y no los contestaba o lo hacía al mejor estilo telegrama.

Al otro día, conseguí que me respondiera. Para justificar su alejamiento, adujo que había tenido algunos problemas de salud, a raíz de su mal estado anímico, y que el médico le había prohibido seguir hablando o escribiendo de su doloroso pasado. Era perfectamente comprensible y probable la situación que me describía.

Lo que para mí seguía siendo inentendible era el silencio que había mantenido durante todo ese tiempo. Esa misma respuesta podría habérmela dado antes. Él sabía que yo no me había acercado a él por la plata, sino que había sido él quien había querido ofrecerme una posibilidad laboral. Por lo tanto, sabía también que jamás me enojaría si debía suspender nuestro acuerdo.

Por otra parte, ya a esta altura de nuestro trato, supongo que conocía que mi interés era que él estuviera bien y que podía seguir charlando conmigo, como lo hacíamos antes, de algún otro tema que no fuera el de las desapariciones de sus hijos.

Era evidente que algo para él había cambiado para conmigo, pero yo no sabía qué era.

Martes 22 de julio de 2014

Luego de una gran cantidad de comunicaciones telefónicas con Oscar, para las que en realidad no había ningún motivo inmediato sino más bien una necesidad mutua de saber cómo estaba el otro, acordamos una tercera visita mía a su casa. Debía devolverle el ejemplar del libro que Eva Eisenstaedt le había regalado el día de su presentación en la Biblioteca Nacional, con dedicatoria incluida, y que había quedado olvidado en mi cartera.

El martes 22 de julio, hacía mucho frío y estaba lluvioso. De todos modos fui hasta el barrio de la vieja estación de trenes a tocarle timbre una vez más.

Conversamos bastante, como ya era costumbre y, por supuesto, no pudo faltar el café de por medio.

En esa oportunidad conocí a Lara y a Sofía, las bisnietas de Oscar, que habían vuelto de pasear con su padre, Emiliano, con motivo de las vacaciones de invierno. Las dos eran

muy bonitas y simpáticas. La primera tenía trece años, y la segunda, cuatro o cinco. No se quedaron con nosotros; sólo pasaron a saludar.

Tras un rato más de charla, me fui para casa. Era muy temprano pero ya estaba empezando a oscurecer de a poco.

Martes 23 de septiembre de 2014

A fines de septiembre, le envié un correo electrónico a Silvia Palermo, la hija de Bruno Palermo, para ver cómo estaban ambos, ya que hacía varios meses que no sabía nada de ellos. De paso también le volví a pedir si por favor podía mandarme unas fotos escaneadas sobre las cuales habíamos hablado en mi visita a Caballito.

A los pocos días me contestó tan gentil como siempre. No sólo se refirió a lo que le había solicitado y a la salud de su padre, que no había estado del todo bien, sino que además me invitó a la colocación de una baldosa en memoria de su hermano. El evento se realizaría el sábado 4 de octubre, a las 16 hs., en la puerta de la casa en la que ellos se habían criado y en la que Bruno había vivido hasta 2008.

Primero acepté la invitación y después me di cuenta que no sabía ir hasta Parque Patricios. También me percaté que por el horario, en caso de que se llegara a atrasar, iba a estar medio complicada con el regreso. De cualquier manera, ya habría tiempo para investigar cómo ir, como había hecho para cada entrevista.

Sábado 4 de octubre de 2014

El día amaneció con el cielo muy gris, de esos grises oscuros que anuncian copiosas lluvias. También soplaban fortísimas ráfagas de viento. Si llegaba a diluviar, como parecía que iba a suceder, la colocación de la baldosa debería esperar.

Yo, entonces, esperaba indicaciones de Silvia, quien había quedado en avisarme al celular por sí o por no. A eso de las once de la mañana, me envió un sms confirmándome que el acto en memoria de Norberto se realizaría igual.

Pasadas las 13.30, emprendí el viaje hacia Parque Patricios, con todo el recorrido anotado en un cuaderno. Por primera vez en todas las veces que había ido a Capital

Federal, tendría que hacer combinaciones en el subte. Hasta el momento, siempre había llegado a todos mis destinos haciendo uso de una única línea, y el traspaso de una a otra era toda una novedad para mí.

Tomé la línea A en la estación “Plaza de Mayo”, y me bajé en “Plaza Miserere”, donde pude combinar con la H, de la que descendí en la parada “Parque Patricios”. Ni bien me asomé a la superficie, aparecí sobre la Avenida Caseros, en el Parque propiamente dicho. Por La Rioja caminé hasta Rondeau, y por esta última hice seis cuadras derecho. Rondeau 3536 era la dirección exacta de la casa donde había vivido la familia Palermo. Llegué cinco minutos antes de las 16, el horario para el que estaba anunciado el homenaje. Sin embargo, todavía no había llegado nadie. Sólo había dos hombres haciendo el hueco en la vereda, en el que debería encajar la baldosa que recordaría a Norberto.

En la reja del frente de la vivienda, habían colgado una bandera del Espacio Asambleario de Parque Patricios, que era la agrupación que había organizado la acción conmemorativa.



Contra la pared, debajo de la bandera, estaba parada la baldosa roja que momentos más tarde, formaría parte de esa acera.



De a poco fue llegando mucha gente, que se saludaba con gran confianza y naturalidad. Por lo que escuchaba, eran amigos o compañeros de trabajo de Silvia, vecinos, familiares, etc. Incluso algunos se reencontraban ahí después de años sin verse.

Yo estaba segura de que por cercanía geográfica y afectiva, Julio Morresi no tardaría en aparecer. Y no me equivoqué: llegó vistiendo su característica campera beige, acompañado de Irma, su mujer. Creí que tal vez algún otro padre se haría presente, pero eso no ocurrió. Fue una lástima; tenía muchas ganas de verlos.

Todos los que ya estaban allí lo saludaban con gran afecto. Era muy querido y conocido en el barrio. Aunque suponía que quizás no se acordara de mí, no pude contener las ganas de ir a darle un beso.

Más tarde llegó el periodista y abogado Pablo Llonto. Él era quien representaba a la familia Palermo en la querrela por la desaparición de Norberto. Dudé mucho sobre si ir a saludarlo para agradecerle que me haya pasado el mail de Silvia, allá por febrero, cuando recién empezaba a prepararme para mi trabajo de campo.

Siempre me había dado mucha vergüenza la parte de las presentaciones cara a cara en las que uno tiene explicar, ante alguien que sí conoce y admira, quién es y por qué se

acercó a hablar. El temor a hacer el ridículo nunca deja de estar latente. Traté de superar todas esas disquisiciones inútiles y decidí que la prioridad era ser agradecida.

De forma muy breve, me presenté y cumplí mi cometido ante el autor de *La Noble Ernestina* y *La vergüenza de todos*. De alguna forma u otra, si estaba allí era gracias a su aporte inicial.

Cuando llegó Silvia, comenzó a saludar uno por uno a todos los que estábamos acompañándola, a pesar del clima, en ese día tan especial. A mí me agradeció por haber ido hasta allá desde tan lejos. Junto a ella estaban sus hijos, Mariela y Leandro. Minutos después llegó Bruno, con sus dos hijos más chicos, Giuliana y Jorge. De su cuello colgaba el cartel con la foto de Norberto, como cada vez que participaba de este tipo de actos.

Alrededor de las cuatro y media de la tarde, con la baldosa ya colocada y tapada por una bandera argentina, se dio inicio al homenaje. La primera en hablar, a modo de introducción, fue una amiga de Silvia, quien luego le pasó el micrófono a ella para que leyera unas palabras que tenía preparadas. Como era de esperar, la intervención de la hija de Bruno fue una de las más emotivas de todas, junto con la de Mariano Slutzky, hijo del médico desaparecido Samuel Leonardo Slutzky, y Blanca, vecina de la infancia de la familia Palermo, quien además tiene a su hermano Carlos desaparecido.

También hablaron Julio Morresi, Pablo Llonto, ex colimbas que habían hecho el servicio militar obligatorio durante la dictadura, integrantes del Espacio Asambleario Parque Patricios y compañeros de militancia de Mariela, pertenecientes a La Cámpora.



Bruno, que apenas hace unos pocos años pudo comenzar a hablar sobre lo que le había pasado a su hijo, no estuvo entre los oradores de la tarde. Lo tenía parado delante mío, a muy poquita distancia, escuchando todo muy atento y emocionado. Cada tanto lo miraba para ver cómo estaba, y veía sus ojos empañados y su pecho agitado. Giuliana, su hija de 24 años de edad, lo contenía y le pasaba la mano sobre la espalda para calmarlo.

Después de que todos los que quisieron hacer uso del micrófono para hacer algún aporte lo hicieron, se procedió a descubrir la baldosa. Se hizo en medio de un respetuoso silencio, que sólo fue interrumpido cuando alguien se animó a hacer el clásico grito en recuerdo de las víctimas del terrorismo de Estado:

-¡30.000 compañeros desaparecidos...!- instó la voz.

-¡Presentes!- respondimos al unísono.

-¡Ahora...!

-¡Y siempre!

Ese fue otro de los picos de máxima emoción, en el cual contener las lágrimas se hizo difícil. Ver que Bruno, con sus 90 años, seguía en pie, intentando mantener viva la memoria y luchando por la verdad, era conmovedor. En tan sólo diez días se cumplirían 39 años de la desaparición de su hijo y él ni un solo día en todo ese tiempo había bajado los brazos. El momento fue coronado con un aplauso cerrado.





El acto se dio por finalizado, pero la gente no se desconcentró enseguida. Todos querían conversar entre ellos, saludar a Silvia y a Bruno, a quien cariñosamente le dicen “Cacho”.

Yo aproveché para sacarme una foto con Bruno y otra con Julio e Irma. Cuando le recordé a Morresi que era la chica que en junio había ido a entrevistarle a la sede de Familiares, se acordó perfecto de mí y le dijo a su esposa: “¡cuántas flores nuevas están surgiendo!”. Él es un verdadero entusiasta respecto a la juventud actual y confía mucho en ella.



También les saqué una foto a ellos dos juntos, que es entrañable.



Me despedí de ambos y también de Silvia, y comencé el retorno a casa antes de que comenzara a llover y anocheciera.

Tenía una sensación de gran satisfacción por haber podido estar ahí con ellos a pesar de la distancia y del tiempo, que parecía que iba a arruinarlo todo. Poder hacer algo para demostrar todo ese cariño y respeto que yo sentía por ellos, después de que hayan confiado en mí para contarme sus dolorosas historias, me hacía sentir plena.

Jueves 30 de octubre de 2014

De una vez por todas, me decidí a hacer algo que hacía tiempo tenía ganas: mandarle una carta por correo postal a Teobaldo, con un CD que tuviera grabada la canción “La montonera”, de Joan Manuel Serrat. Conocer que esa letra y esa melodía significaban tanto para él y que no la podía escuchar desde hacía años, me parecía muy triste, más pudiéndole dar un gusto con tan poco.

Compré un CD virgen, le grabé el tema musical que ya había descargado en mi computadora, y lo metí en un sobre papel madera junto con una carta.

Hacía mucho que quería saber algo de él y no me animaba a llamarlo. Me pareció que por escrito era una buena manera de retomar el diálogo, a la par que le daría esa sorpresa extra.

Despaché el mensaje en la sucursal del Correo Argentino de Los Hornos y en los días siguientes, esperé ansiosa algún tipo de respuesta.

Jueves 6 de noviembre de 2014

Una semana después del envío de la carta a Teobaldo, me sonó el celular. Si bien yo no tenía agendado su número, lo reconocí enseguida.

-Hola, ¿Lucía?

-Sí. ¿Cómo anda, Teobaldo?- le contesté contenta.

-¡Hola! ¿Cómo me reconociste la voz?- preguntó asombrado.

-¡Es que esa voz no se olvida tan fácil!

Así de distendida empezó nuestra charla. Él llamaba para agradecerme la carta y el CD. Todavía no se había animado a escucharlo, porque sabía que iba a emocionarse mucho, al igual que cuando había abierto el sobre.

-Es el mejor regalo que me podrías haber hecho. Muchas gracias- dijo con la voz un poco quebrada.

Escuchar eso me colmó de alegría y también me emocionó. Estaba casi segura que le encantaría, pero la otra opción era que pudiera tomarlo como un atrevimiento de mi parte. Por suerte, mi intuición me guió bien y logré mi propósito: por un lado, hacerle saber que desde junio hasta ese momento me había acordado mucho de él y que le tenía un gran cariño; por el otro, poderlo hacer reencontrar con esa canción tan importante para él.

Antes de cortar, le pregunté si tenía alguna casilla de correo electrónico a la cual poder enviarle el capítulo del libro que hablaba sobre su vida y que hacía poquito había terminado. Me dictó el de su mujer, Diana, aunque me advirtió que en los días siguientes, no iba a poder leerlo porque estaría ocupado.

Nos despedimos y ni bien corté, le mandé el capítulo titulado “Lucha y vuelve”; otra vez quedaba a la espera de una respuesta suya. Sería el primero de los padres que leería su historia contada por mí.

Sábado 15 de noviembre de 2014

En pleno viaje hacia un festejo de cumpleaños, empezó a sonar el celular en mi cartera. Por el horario, supuse quién podía llegar a ser y estuve a punto de ni siquiera mirar la pantalla para verificarlo. No tenía pensado atender. Sin embargo, a último momento, ya casi a punto de cortarse la llamada, vi que era un número de Capital Federal y decidí contestar.

Era Teobaldo, a quien una vez más le reconocí la voz de inmediato. Sabía para qué se comunicaba conmigo, pero no cuál sería el resultado de esa charla: con seguridad, quería comentarme qué le había parecido el capítulo, pero había que ver si le había gustado o no.

Cuando escuché sus primeras palabras, me puse muy feliz. No hacía más que agradecerme lo que había hecho con el relato de su historia de vida. No sólo que no me criticó ni un solo detalle, sino que se deshizo en elogios hacia el texto de mi autoría y hacia mí, elogios que prefiero guardar.

Conseguir que el protagonista de la narración se sienta tan identificado con ella y se haya emocionado al leerla, era mucho más de lo que en algún momento hubiera creído poder lograr.

Conversamos varios minutos sobre el tema y antes de cortar, me repitió que él quería estar presente en la defensa de la tesis, fuera cuando fuera. Prometí avisarle con tiempo y nos despedimos.

El impulso y la confianza que esta llamada me dio para encarar la escritura de los capítulos que faltaban, fueron decisivos.

Viernes 21 de noviembre de 2014

Con un vino tinto en mano y el capítulo impreso en la cartera, me fui para lo de Oscar. Me había invitado a almorzar y yo iba a aprovechar para leerle en voz alta, como él me había pedido, el relato que había escrito sobre él.

Por fortuna, llegué antes de que la lluvia que en ese momento caía se hiciera más copiosa. Con su habitual sonrisa y su tonada chilena, me saludó y me hizo pasar. Pequeña me dio un beso y se fue a recostar; ella había dejado todo listo para que Oscar sólo tuviera que calentar la comida.

Antes de comer, dialogamos un largo rato. Cuando le entregué la botella de vino que le había llevado de regalo, se puso contentísimo y como un niño con juguete nuevo, fue a la pieza a mostrársela a su esposa. Lo mismo hizo más tarde cuando le pasé el libro que estaba leyendo (*Putas y guerrilleras*), porque tanto él como Eliana sienten un gran cariño por una de sus autoras, Miriam Lewin.

Más tarde, Oscar sirvió el almuerzo y no me dejó ayudarlo en nada. Él quiso hacerse cargo de todo, para agasajarme como correspondía. Puso en la mesa dos platos, con un churrasco enorme en cada uno y ensalada, y dos vasos: uno con vino, para él, y otro con gaseosa, para mí.

Entre risas y brindis, no paramos de hablar un solo minuto. Era, aunque sea por un rato, como tener un abuelo prestado. Luego de que cada uno terminó su plato, Oscar levantó todo, excepto los vasos, y se lo llevó a la pileta de la cocina, donde lo dejó para lavarlo luego.

Entusiasmado dijo:

-Bueno, Lucy, ¡vamos a leer!

Tal como me había solicitado, me acomodé en mi silla y empecé a leerle en voz alta el texto. Afuera llovía y no había ningún otro sonido en el comedor, que no fuera mi voz y las gotas que caían detrás del vidrio de la ventana.

A poco de haber comenzado, escuché su respiración agitada; levanté la vista dos segundos, y vi que estaba llorando. Él era un hombre muy sensible y fuerte a la vez, así que no me tomó por sorpresa su reacción. Le pregunté si quería que parara un momento, pero me dijo que no, que quería seguir oyendo.

Cuando las lágrimas se le desbordaban y empapaban sus mejillas, tomaba una servilleta y se las secaba. Después bebía un sorbo de agua para tranquilizarse.

También logré sacarle varias risas, sobre todo cuando recreé, en base a lo que él me había contado, algunos diálogos de momentos gratos de su vida.

Cuando terminé, me pidió que me parara y él también lo hizo. Me dio un abrazo hermoso, de los más sinceros que he recibido en mi vida y me dio dos besos, "porque los mapuches damos dos, ¿sabías?".

Su apreciación sobre lo que había oído, que fue por demás de halagadora, me la guardo para mí, en la caja de recuerdos que es el corazón. Su "gracias Lucy", esas lágrimas y esas risas valían más que cualquier otro tipo de reconocimiento.

Antes de que tuviera que irme, me convidó con un rico café y un postre tradicional de Chile que Pequeña había preparado para mí: sopaipilla con dulce. Estaba exquisito, pero no pude terminarlo, aunque Oscar me insistía para que vaciara el plato. Era demasiado grande y ya había comido mucho.

Me despedí de los dos y les agradecí todas sus atenciones para conmigo. Bajo el aguacero y sin paraguas, partí hacia la parada de micro, muy alegre por esas horas compartidas con ellos.

Domingo 28 de diciembre de 2014

Al abrir la casilla de mail por la mañana, me encontré con un correo electrónico de Marcos Weinstein, uno de los padres, a quien el día anterior le había enviado su capítulo terminado. Hacía casi un mes que lo tenía listo, pero por alguna extraña razón, había demorado en mandárselo para que lo leyera.

Fue una gran satisfacción encontrarme con su cordial devolución:

Estimada Lucía: Hemos leído cuidadosamente este adjunto, y me permito felicitarla porque expresa el entrenamiento que usted ha ido adquiriendo para perfeccionarse en la carrera que inicia. Ha cuidado los detalles de no hacer pesar ninguna carga sensorial en el relato y así no pierde objetividad, pero conserva la base, que sí es emocionalmente movilizadora, como lo son todos los que desde nuestro universo se expresan. Le agradecemos que nos lo haya enviado y esperamos que obtenga la nota sobresaliente que se merece por parte de los docentes de su Universidad.

Con todo afecto, Marcos.

Haber asumido el osado desafío de mostrarles a los protagonistas de las crónicas el resultado final de mi trabajo antes de presentarlo, estaba saliendo muy bien, mucho mejor de lo imaginado, y eso me daba ánimo y tranquilidad.

- **Producción**

El primer capítulo del libro comenzó a tomar forma hacia fines de septiembre, cuando se vencía el plazo para la presentación de ponencias para el IV Congreso de Jóvenes, Medios e Industrias Culturales (JUMIC), organizado por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

Semanas antes, había enviado el resumen de mi trabajo y ya había sido aprobado, por lo cual sólo restaba –ni más ni menos– desarrollar lo que había planteado en el abstract. Participaría en la mesa 10: “Relatos y narrativas sobre y desde lo juvenil”.

Lo que a simple vista podía parecer un contrasentido (contar historias de personas de entre 80 y 90 años en un encuentro sobre juventudes), no lo era tanto. Había elegido narrar la vida de Oscar Hueravilo, quien no sólo fue el padre de Oscar Lautaro (Taro), un joven de la década de los 70 desaparecido en la última dictadura cívico-militar como consecuencia de su militancia, sino que también en su juventud había sido un aguerrido militante, al igual que su padre Alberto y su nieto Emiliano. Tenía en mis manos la posibilidad de hacer un relato sobre el compromiso político y social de jóvenes de cuatro generaciones distintas, y bajo esa premisa encaré la redacción para el evento académico.

Casi por mera intuición empecé a tomar las primeras decisiones de escritura que luego resultarían claves del estilo del libro entero, ya que lo que en principio elegí al tanteo, pensando más en la ponencia que en la tesis, luego lo ratifiqué a consciencia.

Como tres de los cuatro protagonistas del capítulo eran chilenos (sólo Emiliano es argentino) y todos ellos son o fueron revolucionarios, se me ocurrió utilizar como epígrafe la famosa frase del ex presidente trasandino, Salvador Allende: “Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica”.

Decidí que si empleaba ese pensamiento, el título que lo antecediera debería ser breve, por lo que opté por “Cuatro generaciones, una misma lucha”.

Cuando comencé a escribir, sentí que necesitaría un subtítulo entre el epígrafe y el cuerpo del texto, pero avancé unos cuantos párrafos y luego volví sobre el tema. Lo primero que se me vino a la mente como posible subtítulo, fueron los dos versos iniciales de la canción “Los hermanos”, de Atahualpa Yupanqui: “Yo tengo tantos, que no los puedo contar”, ya que Oscar cuando le había preguntado cuántos hermanos tenía, bromeando me había respondido: “¡Como cincuenta!”.

Los coloqué sobre la primera línea de mi texto en construcción, y proseguí redactando el segundo apartado. Al pensar en el subtítulo que le pondría, me pareció que si escribía uno yo, quedaría descontextualizado, sin relación con el anterior. Fue en ese momento cuando me planteé las dos alternativas posibles: o seguía trabajando con versos de canciones o debería desechar el de arranque, y titular cada sección con palabras de mi autoría.

Al repasar la letra entera del famoso tema musical del folclorista, me percaté que también para esa parte del relato había un verso que encajaba perfecto. Lo mismo me sucedió con los demás segmentos: a todos pude encontrarles un fragmento de la misma pieza poética que diera cuenta de su contenido. De esa forma llegué al final de mi trabajo para el JUMIC 2014, pero no al del capítulo: para el congreso respeté el límite máximo de caracteres, y luego lo amplié para poder acotar algunas cuestiones importantes de la historia que aún faltaban mencionar.

La extensión máxima sugerida por mi directora fue de 17 páginas A4, así que me atuve a ese número y se lo mandé para que lo leyera. Era una buena cantidad como para darle profundidad al tratamiento, pero sin agobiar al lector. Tras su crítica positiva, emprendí la escritura del segundo capítulo, a partir del cual surgió la necesidad de ampliarla y establecerla en 19 o 20.

Por la complejidad y el volumen de los hechos que debía contar, decidí que la manera más simple para hacerlo era en orden cronológico, más allá de algún pequeño y excepcional salto temporal en algún tramo, o ciertos comentarios que predicen determinados acontecimientos posteriores al momento en el que se encuentra la narración.

Desde el comienzo supe que el orden en el que escribiría los capítulos no sería el mismo en el que los organizaría en el libro. Planeaba ubicarlos en forma ascendente de acuerdo a la fecha de desaparición de los hijos de los hombres, y así fue finalmente. En el caso de Rafael Beláustegui, que perdió tres hijos, tomé como referencia la del secuestro de Martín, que fue el primero en ser capturado.

Fue cuando comencé a escribir el segundo capítulo, el de Teobaldo Altamiranda, que las resoluciones iniciales fueron reafirmadas y convertidas en un sello de identidad. Estaba conforme con cómo había quedado el primero, y opté por repetir la fórmula. Para el epígrafe, seleccioné una frase de Juan Domingo Perón, debido a la fuerte militancia de Teobaldo en el peronismo; lo mismo hice cuando escribí el capítulo de Julio Morresi, otro justicialista de alma.

Sabía que iba a ser muy difícil encontrar una sola canción para cada historia, de la que pudiera extraer todos los subtítulos; lo del primer caso había sido algo extraordinario, por lo que me permití buscar los de cada nuevo capítulo en letras del mismo autor aunque sea. El criterio de selección de los artistas sería que fueran latinoamericanos.

Así, para el capítulo de Teobaldo utilicé todos versos de canciones de Atahualpa, nuevamente.

En el de Bruno Palermo, elegí que los subtítulos fueran de piezas musicales del uruguayo Daniel Viglietti, a quien Norberto, el hijo desaparecido de Bruno, junto a Silvia, su hermana, escuchaban en la década de los 70.

Para el de Marcos Weinstein creí que lo más adecuado sería emplear versos de poemas de Juan Gelman, quien además de haber pertenecido a la comunidad judía, al igual que el protagonista de esas páginas, también había perdido un hijo en la última dictadura cívico militar.

Los subtítulos del de Julio Morresi fueron hechos con versos de Víctor Heredia, uno de los artistas argentinos más comprometidos con la defensa de los derechos humanos, quien además perdió a una hermana, María Cristina, a manos del terrorismo de Estado.

Los de Rafael están realizados con versos de María Elena Walsh, cantautora argentina censurada durante la última dictadura cívico-militar por sus canciones de protesta; sus hijos, de chicos, escuchaban sus temas musicales infantiles.

Vale aclarar que si bien en muchos casos los fragmentos seleccionados pertenecen a canciones de protesta, no es lo que ocurre con la totalidad de los subtítulos, por lo que el recorte realizado se resignifica en relación con el texto al que encabeza. Es decir, que algunos fueron seleccionados por el sentido que generan en vinculación con el escrito de mi autoría y no por el original.

Volviendo a los criterios de selección de los epígrafes, es necesario aclarar que si bien tanto Teobaldo Altamiranda como Julio Morresi son kirchneristas al igual que Bruno Palermo y Marcos Weinstein, opté por utilizar frases de Perón para los primeros dos, porque resultaban más representativas de toda su trayectoria militante, y de Néstor Kirchner en los últimos, ya que no tenían una línea política clara marcada en su juventud.

En el caso de Rafael Beláustegui, debí elegir poner como epígrafe una cita de Augusto Conte, abogado, padre de un joven desaparecido en 1976 y fundador del CELS, ya que los únicos dos referentes políticos que le conozco son Arturo Frondizi y Elisa Carrió, lo que dificultaba la tarea.

Respecto al estilo de escritura -el periodismo narrativo-, los motivos de la elección se encuentran mencionados en el desarrollo de las herramientas teóricas. Sin embargo, sí merecen explicarse algunas cuestiones particulares relacionadas al estilo aplicado en concreto.

Por un lado, exploté la posibilidad de los diálogos con varias finalidades: darle dinamismo al texto; tratar de recrear escenas vividas por los padres; poner el énfasis en el mismo lugar donde ellos lo habían puesto al relatarme los hechos. No me parecía un dato menor que recordaran y reprodujeran conversaciones ocurridas algunas casi sesenta años atrás, por lo que quise tratar de respetar e incluir esos aportes.

De esta forma, los intercambios verbales presentes en el libro son reproducciones casi textuales de cómo sus protagonistas los teatralizaron en la entrevista que tuvieron conmigo. Sólo se editaron detalles mínimos para evitar repeticiones.

Por otra parte, la decisión de no comenzar cada capítulo inmediatamente con la desaparición de los hijos tuvo que ver con la intención de poder contar momentos gratos o felices previos, sin que el total del relato estuviera teñido ya por la angustia de la pérdida; también para que el lector se familiarice con el padre protagonista, conozca

datos de su historia previa, de su carácter, que lo hagan tener ya una cierta proximidad afectiva con él al momento del secuestro del chico.

Esta apuesta por dar cuenta de la dolorosa historia de vida sin darle un tono dramático a la narración –cuando en realidad los hechos sí lo son - estuvo vinculada a un doble propósito: hacer legible el relato para el lector, para que no deba abandonarlo antes de terminar, y mostrar el ánimo general con el que los padres me la contaron a mí.

Sobre la marcha resolví cambiar el título del libro con el que me habían aprobado el plan de tesis en noviembre de 2013, que era *En la calle, codo a codo, mucho más que dos. Crónicas sobre Padres de Plaza de Mayo*. Lo descarté porque cuando lo seleccioné no me había percatado de que quizás ese nombre, basado en los versos de uno de los poemas más conocidos de Mario Benedetti, daría la idea de que se incluiría en el relato, con el mismo nivel de importancia, a padres y madres de desaparecidos como pareja.

Para no dar una falsa idea ya desde la tapa, lo rebauticé *Los hombres imprescindibles*, en relación a la famosa frase de Bertolt Brecht: “Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles”, a la que coloqué como epígrafe del libro.

En cuanto al prólogo, pensé varias opciones de personas vinculadas a los derechos humanos para pedirles el favor de que me lo hicieran. Al primero que le escribí fue a Pablo Llonto, quien tanto por su rol de periodista como de abogado estaba vinculado a la temática; incluso es el abogado de la familia Palermo en la querrela que iniciaron algunos años atrás, por la desaparición de Norberto. Sin embargo, no obtuve respuesta.

También lo intenté con Alberto Mendoza Padilla, profesor de la Facultad e integrante de la Secretaría de Derechos Humanos de la unidad académica; muy amablemente me explicó que por distintas obligaciones no contaba con el tiempo necesario para hacerlo como ameritaba la situación, pero que me agradecía que hubiera pensado en él.

De golpe, se me vino a la mente una idea, la que debió surgir desde el primer momento en realidad. Le envíe un e-mail a Joaquín Daglio, el director del documental

audiovisual *Padres de la Plaza: diez recorridos posibles*, con la propuesta de que redactara él el prólogo de mi libro.

Antes de que terminara el día, tenía su respuesta en mi casilla: aceptaba con mucho gusto y alegría la invitación. Mostró una gran predisposición y muy buena voluntad para tratar de adaptarse a los tiempos que yo precisaba, pese a que estaba muy atareado.

Le mandé el libro completo para que pudiera leerlo y hacer mejor su parte. Cuando ya los había leído a todos, hablamos por teléfono en dos oportunidades, media hora cada vez. No quería escribir sus páginas sin antes haber conversado conmigo algunas cuestiones de cómo había sido el proceso y demás. Fueron charlas muy gratas, en un tono de una gran familiaridad, más allá de que sólo nos habíamos comunicado por escrito hasta el momento y sólo nos habíamos visto menos de cinco minutos en la presentación del libro de Eva Eisenstaedt.

Por lo que dialogamos, supe que el prólogo no podía estar en mejores manos. A la confianza que ya le tenía antes de proponérselo, debido a que conocía y quería muchísimo a cada uno de los padres, pude confirmar la gran humildad, inteligencia y seriedad con la que estaba encarando la escritura de lo que yo le había pedido.

Ni bien lo tuvo listo, me lo pasó por correo electrónico, lo leí y al otro día volvimos a hablar, pero ya de forma más breve. Le expresé cuánto me había gustado su trabajo para mi tesis y cuánto le agradecía que lo hubiera hecho.

Con el prólogo ya incorporado al libro, sólo faltaba dedicarme a la etapa de diseño e impresión.

Cuando ya faltaba poco para terminar de escribir el libro, comencé a averiguar sobre posibles diseñadores gráficos que pudieran hacerme el arte de tapa y la diagramación del interior. La primera que se me vino a la mente fue una amiga, mayor que yo, con la que había jugado varios años al vóley y que se había recibido hacía algunos años ya de esa carrera.

Había visto varios trabajos terminados realizados por ella, que realmente eran muy buenos, por lo que no dudé en consultarla. Me dijo que no tenía experiencia en ese tipo de encargos, pero que su cuñada, que también era diseñadora, podía llegar a hacerlo. Me pasó su nombre, su teléfono y su Facebook y me contacté con ella.

En principio lo hice por el chat de la red social; a través de ese medio le expliqué de forma preliminar lo que precisaba hacer y ella me respondió de manera muy amable todas mis dudas. Acordamos encontrarnos a los pocos días, en su departamento, para conversar mejor sobre el proyecto y el presupuesto.

Fue un jueves a la mañana que me reuní con Romina, la diseñadora. Me explicó que cobraba \$50 por hora de trabajo, y que le calculaba, de forma aproximada, un total de 36 horas para hacer lo que le pedía. El costo aproximado era, entonces, 1800 pesos. Tomó nota de algunos datos clave de la publicación, por si decidía hacerla con ella, y quedamos en que esperaríamos mi respuesta, fuera por sí o por no.

Unos días más tarde mantuve la misma charla con Mariano, otro diseñador, amigo desde la infancia de mi hermano. Me dijo que el precio que me había pasado su colega era muy barato, pero que, sin embargo, él me pensaba cobrar menos por varios motivos. En principio, por la confianza que tenemos, dada por la cantidad de años que hace que nos conocemos. Por otro lado, porque si bien 1800 pesos, para hacer un libro íntegro, era un monto muy inferior al indicado en el tarifario profesional, él consideraba que seguía siendo caro para una tesis que por el momento no iba a editarse ni a generar ningún rédito económico con el cual absorber esa erogación inicial.

No sólo la promesa de un presupuesto más acomodado que el anterior hizo que optara por trabajar con él, sino también la comodidad dada por el vínculo previo y, más que nada, porque en la entrevista que mantuvimos lo noté más seguro y empapado en el tema que a la otra diseñadora. Desde el comienzo me habló con certeza de muchos aspectos de la construcción de un libro que parecen menores pero no lo son: tipografía, márgenes, numeración de páginas, interlineados, etc. Además, me comentó que había hecho un curso de encuadernación y, si bien él no sería el encargado de llevar a cabo ese proceso, dicho conocimiento le permitiría pensar de forma integral varias cuestiones.

Él se quedó con todas mis indicaciones anotadas para poner manos a la obra ni bien pudiera, y yo me encargué de avisarle a Romina que esta vez optaba por trabajar con Mariano, aunque le agradecía su predisposición y su tiempo.

Nunca logré que él me pasara un número exacto de cuánto me cobraría, pese a que le insistí. Ante la sospecha de que tenía la intención de pasarme un precio muy bajo o hacerlo gratis, le recalqué que no iba a permitir que lo hiciera a cambio de nada. Me respondió que primero averiguaría presupuestos en las imprentas y gráficas y que luego, en base a eso, calcularía su retribución.

Pidió presupuestos en tres comercios de su confianza, para evitar que perdiera tiempo consultando en lugares excesivamente caros o de calidad desconocida.

A continuación, el detalle de cada uno de ellos.

1- Imprenta: Entrecorillas Impresores

Dirección: Calle 6 esq. 42 nº 502/506

Web: <http://www.entrecorillas.com.ar/imprenta.html>

Teléfonos: (0221) 427-2299/ (0221) 425-2352

Presupuesto:

Tapa:

- Soporte: papel ilustración mate 200 grs
- Tintas: 4 tintas frente / 0 tinta dorso

Interior:

- Formato A5
- Soporte papel obra 90 grs
- Tintas: 1 frente / 1 dorso (Negro)
- Cantidad de páginas: 195

Cantidad de piezas: 20 libros

Precio: \$1950

2- Imprenta: La Stampa Sociedad de Impresores

Dirección: Av. 60 nº1739 e/ 29 y 30

Web: <http://www.lastampaimpresores.com.ar/>

Teléfonos: (0221) 453-2855

Presupuesto:

Tapa:

- Soporte: papel ilustración mate 250 grs
- Tintas: 4 tintas frente / 0 tinta dorso

Interior:

- Formato A5
- Soporte papel obra 90 grs
- Tintas: 1 frente / 1 dorso (Negro)
- Cantidad de páginas: 195

Cantidad de piezas: 20 libros

Precio: \$2285

3- Imprenta: Gráfica Master's

Dirección: Diagonal 79 n°570

Web: <http://www.graficamasters.com.ar/index.html>

Teléfonos: (0221)489-5194 / 427-7738 - ID 687*2846

Presupuesto:

Tapa:

- Soporte: papel ilustración mate 200 grs
- Tintas: 4 tintas frente / 0 tinta dorso

Interior:

- Formato A5
- Soporte papel obra 90 grs
- Tintas: 1 frente / 1 dorso (Negro)
- Cantidad de páginas: 195

Cantidad de piezas: 20 libros

Precio: \$2075

En base a los datos aportados por las imprentas consultadas, opté por la que ofreció el monto más bajo, ya que Mariano me dijo que todas brindaban muy buen servicio.

La posibilidad de incluir fotografías a color en el interior, la descartamos antes pedir los presupuestos, ya que el diseñador me dijo que encarecía demasiado el costo total. En realidad, hubiera sido interesante poder contar con imágenes a color, debido a que las fotos seleccionadas son actuales.

Para la tapa, le pedí a Mariano un dibujo muy simple de la Plaza de Mayo, de línea blanda, de trazo continuo, con pocos detalles; es decir, un boceto bien básico. También le hice saber que al lado de la pirámide, de espaldas, quería la silueta de un hombre anciano, apoyado en su bastón.

El motivo de la elección de esa ilustración de tapa es la perseverancia de los padres en su lucha. La mayoría de ellos concurren durante décadas enteras a las rondas de Plaza de Mayo y aún hoy, con más de 80 años todos, cada 24 de marzo, en el aniversario del golpe de Estado de 1976, van a cada edición de la multitudinaria marcha organizada en la Capital Federal, en pedido de memoria, verdad y justicia.

La figura de un hombre de la tercera edad transitando tranquilo por la histórica plaza, en representación de todos y de ninguno de ellos a la vez, es posible hoy, en plena democracia, a casi 40 años del momento en que se acercaron a ella por primera vez para reclamar por sus hijos, junto a sus esposas.

Durante los años de la dictadura no podían realizar la ronda junto a sus mujeres porque había un vallado que se los impedía, al que sólo podían trasponerlo ellas. Las acompañaban hasta el lugar y se quedaban cuidándolas desde las inmediaciones.

Con la inminente reapertura democrática, o incluso unos meses antes, pudieron comenzar a merodear la zona, soportando las últimas represiones de la dictadura militar e ilusionándose con la nueva etapa que se iniciaría pronto.

La idea de que le hubiera pedido a Mariano un boceto lo más simple posible, también respondía a un concepto que atravesó todo el proceso de realización de la tesis: la necesidad de contribuir a dibujar en la memoria colectiva el rol de estos hombres en la historia reciente.

Marcos Weinstein, uno de los padres entrevistados para el libro, expresó en el documental audiovisual *Padres de la Plaza: 10 recorridos posibles*: “Yo creo que el rol de los padres aparece desdibujado porque no fue dibujado, en realidad. Nadie se ocupó de dibujarlo durante estos años”. Como el presente trabajo es apenas una

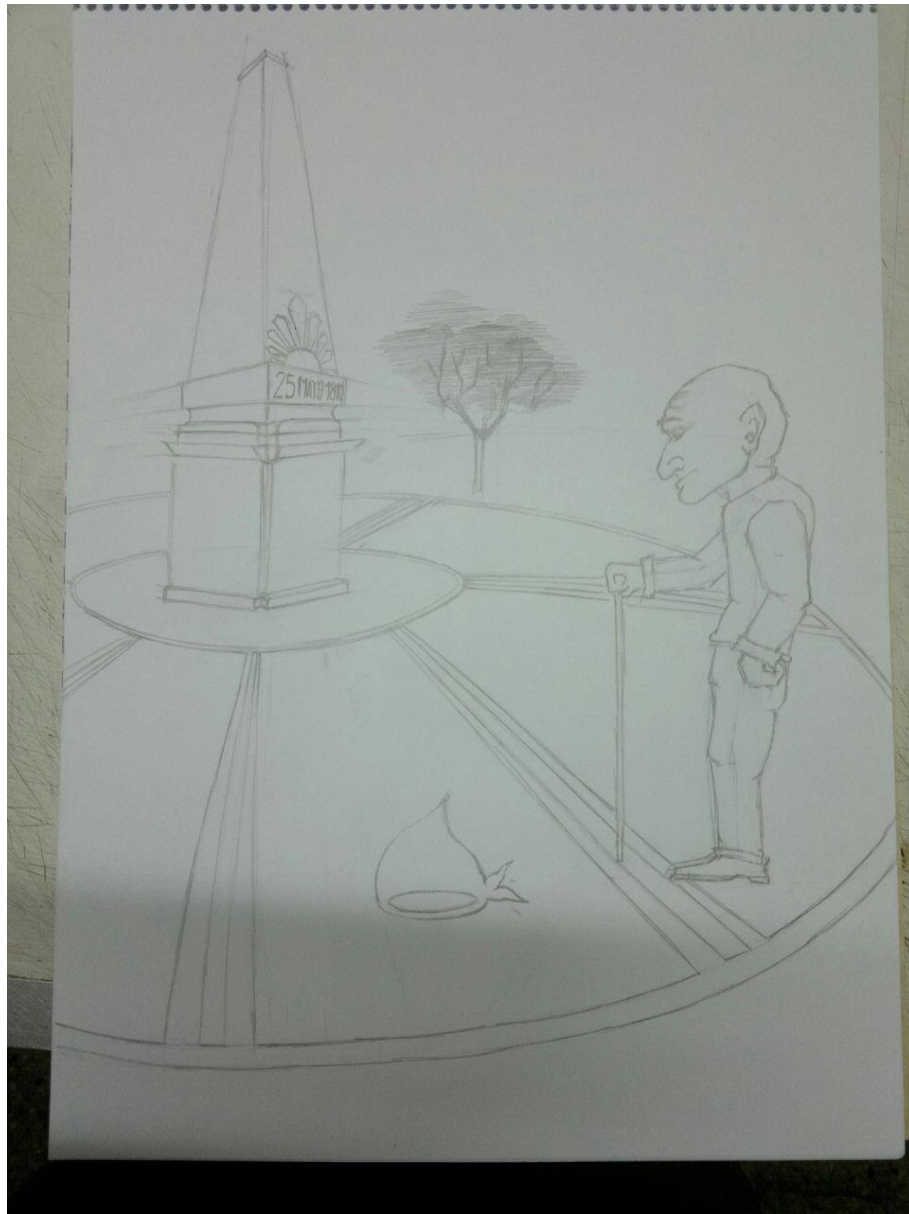
contribución de todas las posibles en este incipiente rescate de las voces de los padres de desaparecidos, decidí que la mejor manera de acompañar esa concepción era con un diseño que fuera en la misma dirección: un dibujo plausible de ser completado, enriquecido, mejorado.

Cuando Mariano empezó a trabajar y a mandarme fotos de cómo iba la ilustración, descubrí que estaba haciendo la pirámide de la plaza en perspectiva, es decir, algo bastante más complejo de lo que pretendía y le había pedido. Sin embargo, me gustó mucho y le di el visto bueno para que siguiera trabajando de ese modo. Más allá de las diferencias respecto a lo que me había imaginado, no dejaba de ser un boceto, aunque algo más refinado.

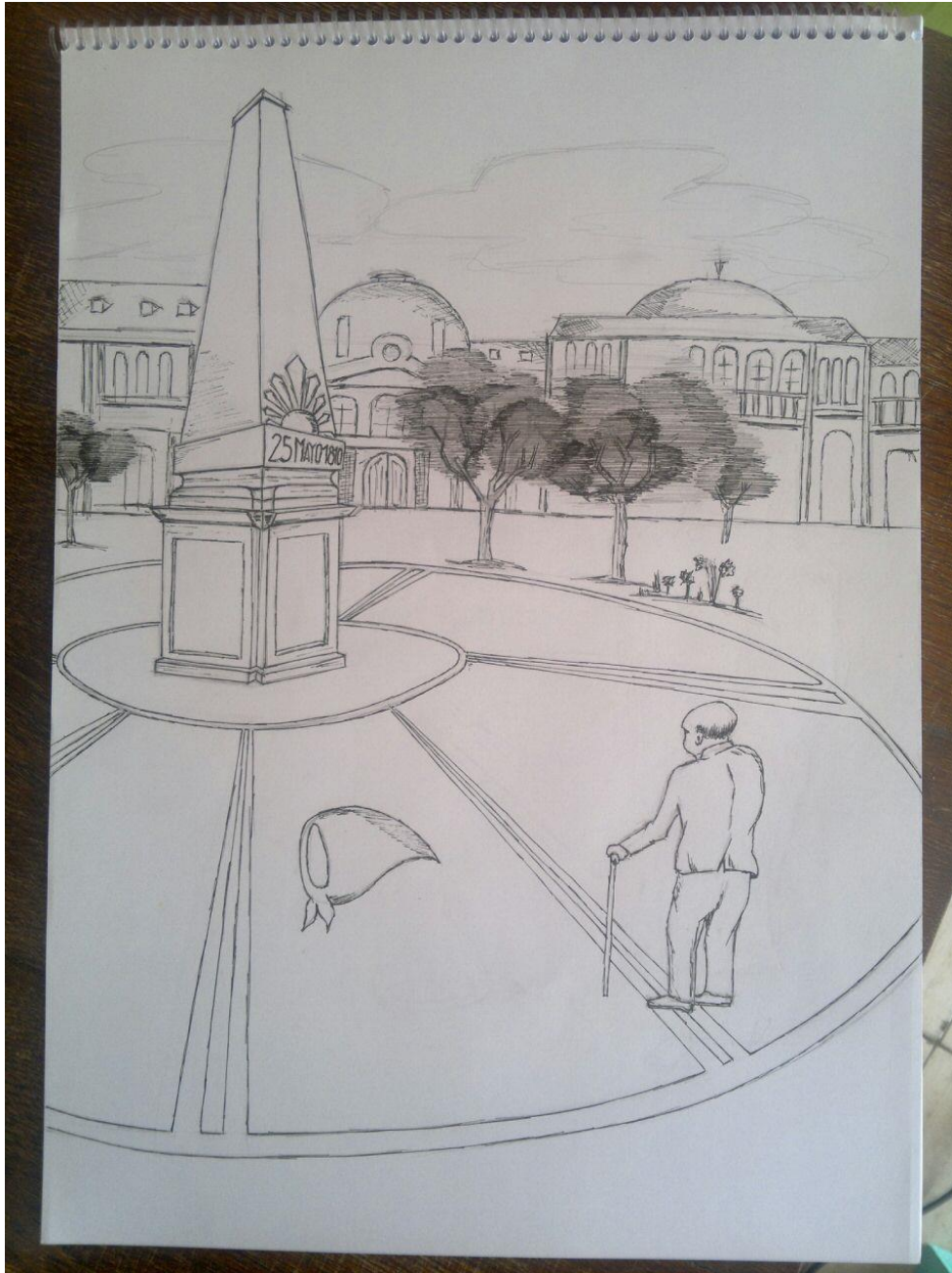
Una vez que finalizó con el trazado de la Plaza, me preguntó sobre la posibilidad de en vez de delinear la silueta del anciano al lado de la pirámide, utilizar una fotografía del rostro de un hombre mayor, que denotara cansancio, agobio. Elegir una foto de alguno de los seis padres protagonistas del libro no podía; la idea era que ninguno se destacara por encima de los otros. Me propuso usar una de un señor equis, distinto a los de las crónicas, pero me pareció que colocar en tapa a alguien que no tenía que ver con ninguna de las historias, por más que fuera simbólico, podía llegar a resultar confuso.

Con esas resoluciones tomadas, continuó con su labor y, a medida que iba avanzando, me enviaba fotos de cómo iba quedando.

Cuando el dibujo estaba casi terminado, me lo mostró en una imagen por Whats App. Estaba excelente, sólo que el hombre con el bastón estaba de perfil y no de espalda, como le había pedido. Había optado por hacerlo así porque creía que sería más rico poder aprovechar los gestos y la mirada del anciano.



Más allá de que estaba bien logrado, cuando me consultó qué me parecía, le dije que aún prefería que estuviera de espalda. Quería evitar cualquier sospecha de similitud involuntaria entre el dibujo y alguno de los padres. Además, era difícil —o al menos así lo consideraba yo— que un rostro dibujado no diera la sensación de caricatura. Al día siguiente lo modificó, y quedé muy conforme.



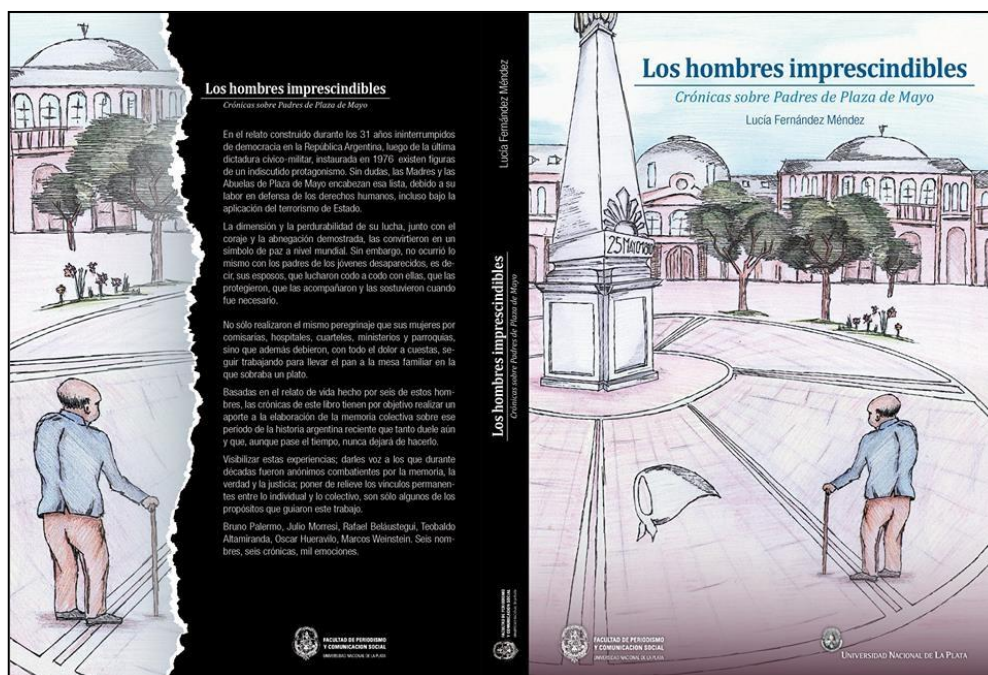
El paso siguiente fue definir si lo pintaría en escala de grises o a color. Como todo el interior estaría impreso en blanco y negro, elegí la segunda opción, aunque para no perder el efecto buscado le pedí que no lo rellenara por completo, que lo coloreara sin perder de vista el estilo boceto.

Los primeros avances que me mostró de esa instancia me confirmaron que lo estábamos pensando en la misma dirección, así que le di mi aprobación para que continuara.



A la par que dedicaba tiempo a la realización de la tapa, alternaba con la diagramación del texto, y cuando le surgía alguna duda, me consultaba.

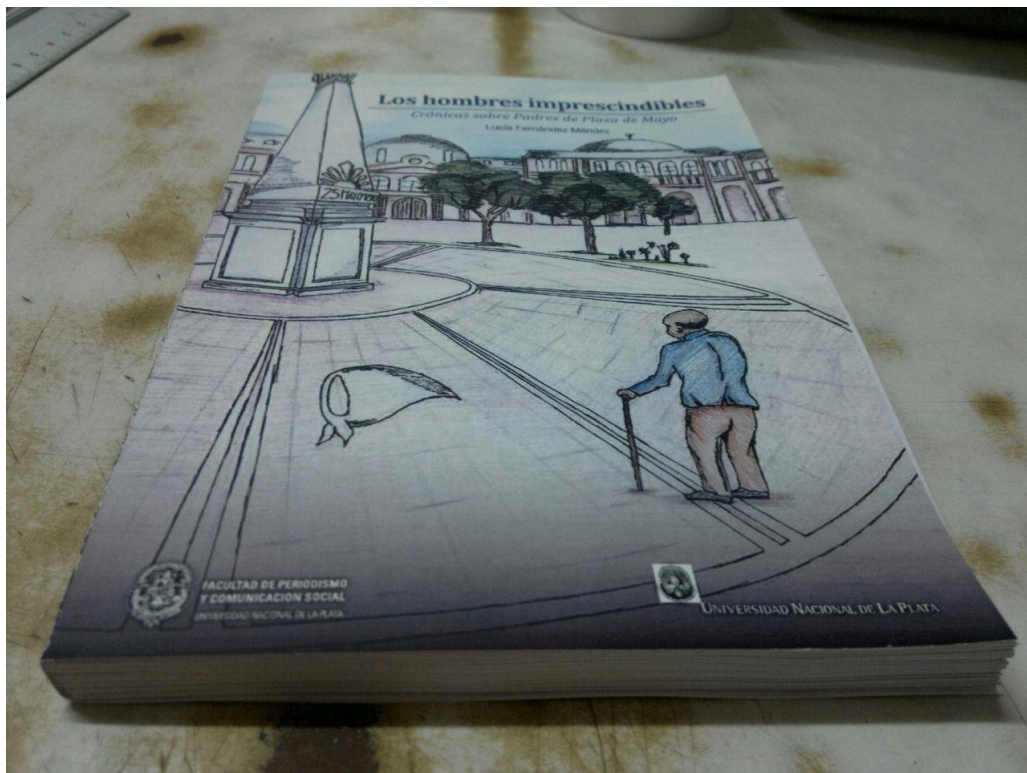
El 31 de diciembre de 2014 a la mañana, recibí por chat la tapa, el lomo y la contratapa terminada.



El resultado final me fascinó, por lo que felicité a Mariano por su labor; si bien había ido palpitando el paso a paso, no se comparaba con verlo terminado.

A los pocos días me envió el interior completo, aunque me advirtió que le faltaba una revisión final y algunos retoques. Por las dudas, armé un documento de Word con un listado de detalles a retocar o revisar, para ayudar a Mariano a detectarlos y asegurarme de que quedaran corregidos. De todos modos, el trabajo estaba muy bien y realmente eran pequeños aspectos los que había que modificar.

El mismo día en que se los pasé a la mañana, los arregló y, sin decirme nada, fue a imprimir un número de prueba. A la tarde, para mi sorpresa, llegó a mi celular una foto mostrando la primera imagen de mi libro terminado, aunque fuera una versión preliminar.





No podía creer lo hermoso que había quedado. No sólo me alegré muchísimo, sino también que me emocioné. Arreglamos que al día siguiente, a la mañana, vendría a mi casa a mostrármelo y a arreglar el tema del pago, tanto suyo como el de la imprenta. Cuando lo tuve en mis manos, lo hojeé mientras charlábamos y ratifiqué mi conformidad con el ejemplar de prueba. Al final, le entregué el dinero que habíamos charlado el día anterior (\$1500) y el total de lo de la imprenta (\$1950). Luego de un chequeo final y de acomodar algunos errores mínimos que sólo saltaban a sus ojos entrenados de diseñador, lo mandaría a imprenta, donde le dijeron que tardaría una semana en concluirse el trabajo. Tal como me había adelantado Mariano, la calidad del producto final era impecable, por lo que quedé muy satisfecha. Esta memoria se imprimió en los primeros días de febrero, en Centro de Fotocopiado Los Hornos. El costo de impresión de seis ejemplares anillados (cuatro destinados a los jurados y la facultad, uno para mí y otro para mi directora), con la mayoría de sus hojas en blanco y negro, y sólo algunas a color, fue de \$1040.

- **Post-producción**

Una vez concluido el libro, el paso siguiente será corregir todo aquello que haga falta, perfeccionarlo, para luego anotarlo en el Registro de la Propiedad Intelectual y comenzar a buscar una editorial para publicarlo.

Realmente desconozco por completo el proceso a seguir para publicar un libro, por lo que en primera instancia intentaré interiorizarme al respecto, consultando a gente que ya lo haya hecho antes de ir a golpear las primeras puertas.

Una idea inicial es, sin dudas, buscar el apoyo económico de alguna entidad gubernamental u organismo de derechos humanos, interesado en colaborar en la difusión del material.

Citas obligadas serás ir a preguntar por este tema a la editorial de Abuelas de Plaza de Mayo; a la de la Facultad y a la de la Universidad Nacional de La Plata; a las Secretarías de Derechos Humanos de cualquiera de los tres niveles estatales (municipal, provincial y nacional).

Tampoco descarto la posibilidad de probar suerte en editoriales comerciales, aunque por el objetivo y la temática de *Los hombres imprescindibles* sería más fructífero que se concretara alguna de las otras opciones.

Estimo que la circulación y la difusión de la obra de mi autoría dependerá entonces, en buena medida, de las estrategias propuestas por la entidad que la edite –en caso de que esto suceda-.

CONCLUSIONES

Durante toda la carrera, antes de encarar el proceso de tesis, y mucho más aún cuando el comienzo de éste era inminente si quería recibirme pronto, creí que su realización sería casi un imposible.

Contribuían a esa creencia la inmensa mayoría de los comentarios de otros tesisistas de la facultad; nunca había escuchado una referencia grata o de disfrute sobre lo que implicaba el tránsito por esa etapa, o si la había, era mínima y se opacaba por los aspectos negativos.

Por fortuna, cuando comencé a recorrer esa instancia, me di cuenta que nada de lo que había supuesto sobre ella estaba ocurriendo. La elección del tema y el enorme interés que me despertaba, tanto desde lo intelectual como desde lo afectivo, hizo que nunca fuera una carga cada tarea a realizar, sino todo lo contrario.

Cada confirmación de una nueva entrevista la recibía con gran alegría y entusiasmo; ni que hablar de los preparativos para cada uno de los encuentros, o el modo en que viví esos extensos diálogos con cada uno de ellos.

No puedo describir con palabras las satisfacciones y la felicidad que experimenté a lo largo del camino de esta tesis, no sólo porque lo previsto salió mil veces mejor de lo esperado, superando todas las expectativas, sino que sucedieron muchas cosas más, que no estaban previstas y que fueron muy emocionantes. Entre ellas, la construcción de vínculos con algunos de los padres, que excedieron la primera reunión y el reportaje; las repercusiones de mi trabajo (las buscadas y las no buscadas) en las redes sociales, que traspasaron incluso las fronteras; el fructífero contacto con gente nueva, además de los padres, etc.

Este proceso de casi un año entero fue uno de los más enriquecedores de mi vida, sin exagerar. Siento que crecí y aprendí mucho como profesional y como persona.

Articular y poner en juego buena parte de los contenidos aprendidos durante cinco años, junto con los que de manera independiente había procurado incorporar mediante lecturas; poder volcarlos y aplicarlos a un proyecto como el que me propuse y ver que no existía tal fantasma de la tesis, que era totalmente posible hacerla y disfrutar de esa instancia, fue muy reconfortante.

Verificar a cada paso -tal como me había pasado con la vocación a lo largo de todas las cursadas- que la temática elegida fue la mejor para mí; que despierta, mantiene e incrementa el interés, las ganas y el compromiso, creo que fue la clave para que todo resultara tan placentero.

Una vez concluido el proceso de tesis, a pesar de que faltará aún defenderla ante el jurado -cuando haya entregado este ejemplar-, comprendí que su inclusión en el programa es absolutamente necesaria; no es azarosa ni a modo de complicarnos la obtención del título, como a priori muchos podrían pensar. Es una etapa de afianzamiento de lo aprendido y de incorporación de muchos y nuevos saberes, en

especial para los que la asumimos de ese modo y apuntamos a lograr el mejor trabajo posible, a intentar trascender con él el trámite formal y que se convierta en una probable carta de presentación como profesionales. Sin dudas, el modo en que se emprende el proceso es determinante para los resultados finales, sin asociar éstos de forma lineal con la nota numérica.

La existencia de la tesis como requisito ineludible para convertirse en licenciada, me permitió afrontar un proyecto que quizás, de otra manera, se hubiera visto postergado de por vida por falta de tiempo o de confianza. Por tal motivo, la obligatoriedad del trabajo no pesó en ningún momento, sino todo lo contrario: jugó como un factor positivo, que me impulsó a alcanzar una meta importante.

En cuanto a los objetivos del libro planteados en esta memoria, tanto el general como los específicos, creo que todos se cumplieron en buena medida, aunque por supuesto el trabajo es factible de ser perfeccionado y ampliado, por ser sólo uno de los tantos posibles aportes a la memoria colectiva sobre este tema.

También estimo que en las páginas de *Los hombres imprescindibles*, se trasluce el esfuerzo por articular la narración con los contenidos teóricos desarrollados en este agregado (terrorismo de Estado, hegemonía/contrahegemonía, memoria colectiva, identidades, comunicación, etc.), en la medida que el relato lo permitió, para no interferir con la agilidad y el dinamismo buscados.

Por último, otra de las apuestas fuertes del libro en cuanto a la forma fue perseguir el estilo del periodismo narrativo, por las razones mencionadas anteriormente en este anexo, sin perder el rigor en la información. Lo que de antemano me inquietó y me generó dudas sobre si lo lograría, al comenzar la redacción del primer capítulo (que en realidad es el que está ubicado quinto en la publicación) se esfumó enseguida. Tenía muchos datos y relatos de vida muy extensos hechos por cada uno de los protagonistas, por lo que no fue necesario recrear por mi cuenta posibles diálogos o descripciones de lugares, ya que ellos mismos me proporcionaron esos detalles gracias a sus prodigiosas memorias.

Escribir las últimas líneas de este proceso tan intenso y gratificante, no puede generar sino una gran satisfacción y alegría, así como también nostalgia: son las últimas

palabras escritas no sólo de la tesis, sino de la carrera. Una etapa se cierra, para dar paso a otra nueva y las reflexiones surgen de manera inevitable en la mente.

Al igual que durante todos estos años, en el proceso de tesis las emociones y la pasión estuvieron siempre a flor de piel; no encuentro otra manera de hacer las cosas, no me sale. Sin embargo, tomé los recaudos necesarios para que esa circunstancia no interfiriera en el rigor periodístico o en el tono de las crónicas, que lejos estaban de buscar dar golpes bajos ni convertirse en un melodrama.

La subjetividad estuvo puesta más en la elección del tema o la toma de decisiones en cada una de las instancias, que en la utilización excesiva de pomposos adjetivos calificativos. El empleo de ese tipo de recursos no necesariamente implica un mayor compromiso con el tema ni las personas involucradas.

El saldo de lo que el paso por la Facultad me dejó en estos años es totalmente positivo. En las horas vividas en sus aulas aprendí a ser –o, al menos, a intentar serlo- una lectora, oyente y televidente crítica frente a los medios de comunicación, actitud que en el colegio secundario sólo fomentan –con suerte- frente a otro tipo de textos o productos, pero no frente a los periodísticos, dando por descontada su aparente transparencia y objetividad.

Si bien ya como rasgo de personalidad tengo el ser muy curiosa y reflexiva, los interrogantes por los sentidos menos evidentes de las situaciones, por sus implicancias, sus causas y consecuencias, se agudizaron y se pulieron en el transcurso de los años de carrera. Por fortuna, también en muchas de las lecturas propuestas en las diversas materias fui encontrando respuestas a preguntas que traía conmigo desde hacía mucho tiempo, aunque sólo fueran parciales o momentáneas y no cerraran por completo la cuestión.

La enorme mayoría de los docentes con los que cursé todas y cada una de las asignaturas, no sólo me enseñaron muchísimo sobre los contenidos que les tocaba dictar, sino que también me demostraron que no era necesario pararse en un pedestal al momento de dar una clase para ser respetado y admirado. Con un trato prácticamente horizontal, simpatía, calidez humana y alegría, lograban hacer las horas compartidas muy gratas y un mejor aprendizaje que bajo una modalidad más conservadora y distante, como ocurre en otras unidades académicas.

Esa humildad y buen trato para con nosotros, los estudiantes, no me hizo perder de vista nunca lo excelentes profesionales que eran y lo mucho que sabían, sino todo lo contrario: que gente de esa calidad intelectual adoptara esa actitud, no hacía más que agrandar la admiración por ellos y hacer que fuera un verdadero gusto acudir a las cursadas.

Rescato también la constante construcción colectiva de conocimientos fomentada en cada espacio curricular –en algunos más y en otros menos, de acuerdo a cuál se tratara y las posibilidades que éste brindara-. Que la mayoría de los trabajos encomendados fueran en grupo hizo que las experiencias vividas fueran más enriquecedoras e interesantes que lo que hubieran sido individualmente.

Trabajar de a varias personas a la vez, no sólo hace más interesante y entretenido todo, sino que enseña a crecer en tolerancia y genera amigos y compañeros entrañables.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, C., Guerriero, L., Haberkorn, L., Licitra, J. y Mejía Madrid, F. (2001). "Verdad y consecuencia. En torno al género de la crónica". Extraído el 30 de octubre de 2013, de <http://www.bazaramericano.com/encuestas.php?cod=14&pdf=si>.
- Camarasa, J. (2009) *El verdugo. Astiz, un soldado del terrorismo de estado*. Buenos Aires: Planeta.
- Caminos Marcet, J.M. (1997). *Periodismo de investigación. Teoría y práctica*. Madrid: Editorial Síntesis S.A.
- Conte Mc Donell, A., Labrune, N. y Mignone, E. (1982) El secuestro como método de detención. Extraído el 1 de noviembre de 2013, de <http://www.cels.org.ar/common/documentos/elsecuestro.pdf>.
- Cornejo, M.; Mendoza, F. y Rojas, R. (2008). "La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico". *Psykhe*, 17 (1), 29-39.
- Cortázar, J. (1981). Negación del olvido. En R. Mattarollo (Ed.). *Estrategia represiva de la dictadura militar. La doctrina del "paralelismo global"* (pp. 83-89). Buenos Aires: Colihue.
- Daglio, J. (2009) *Padres de la Plaza: 10 recorridos posibles*. Buenos Aires: Senda.
- Díaz Larrañaga, N. (1999). "El relato de una vida: apuntes teóricos-metodológicos en comunicación". *Revista Latina de Comunicación Social*, 22. Recuperado el 1 de octubre de 2013 de: <http://www.ull.es/publicaciones/latina/a1999coc/33vanancy.htm>

- Eisenstaedt, E. (2014). *Padres de Plaza de Mayo. Memorias de una lucha silenciosa*. Buenos Aires: Marea Editorial.
- *El Tiempo*. “Periodismo, el mejor oficio del mundo”. Bogotá, 3 de diciembre de 1995.
- Falbo, G. (2007). *Tras las huellas de una escritura en tránsito: la crónica contemporánea en América Latina*. De G. Falbo (Ed.), La Plata: Ediciones Al Margen.
- Fundación Universitaria Luis Amigó. (2009) Ficha de cátedra: La Memoria Colectiva a través de la Reconstrucción de Historias de Vida. Extraído el 1° de diciembre de 2013, de <http://virtual.funlam.edu.co/repositorio/sites/default/files/LaMemoriaColectivaatravesdelaReconstrucciondeHistoriasdeVida.pdf>.
- Gennuso, M. y Giorello, S. (2012). *Somos nuestras memorias. Reconstrucción histórica del pueblo de Verónica*. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.
- Gili, M.L. (2009). “La historia oral y la memoria colectiva como herramientas para el registro del pasado”. En Y. Martini, G. Pérez Zavala y Y. Aguilar (Ed.), *Las sociedades de los paisajes áridos y semiáridos del centro-oeste argentino*. Río Cuarto: Editorial de la Universidad Nacional de Río Cuarto. 443-448.
- Giménez, G. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. *Frontera Norte*, volumen 9 (número 18), pp. 9-28.
- González Marchant, C. (2007). “Periodismo narrativo. Relatoría del taller con Milagros Socorro”. Extraído el 5 de noviembre de 2013, de

http://www.caf.com/media/4017/R_Periodismo_narrativo_MSocorro_2007.pdf

- Halbwachs, M. (1950). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza. 2004.
- Herrera, M. (1987). *José*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto.
- Huergo, J. (2004). Ficha de cátedra: “Hegemonía: un concepto clave para comprender la comunicación”. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP.
- Lewin, M.; Wornat, O. (2014). *Putas y Guerrilleras*. Buenos Aires: Planeta.
- Manero Brito, R.; Soto Martínez, M.A. (2005). Memoria colectiva y procesos sociales. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, enero-junio, 171-189.
- Martín-Barbero, J. (1987). “De la transparencia del mensaje a la opacidad de los discursos”. En J. Martín-Barbero (Ed.). *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista* (pp. 41-48). México: FELAFACS.
- Martín-Barbero, J. (2002). *La educación desde la comunicación*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Mendoza, J. (2004). Las formas del Recuerdo. *La Memoria Narrativa*. Athenea Digital, volumen 6, extraído el 30 de octubre de 2013, de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53700616>.

- Mignone, E. y Conte Mc Donell, A. (1981). *Estrategia represiva de la dictadura militar. La doctrina del "paralelismo global"* (1° Edición). Buenos Aires: Colihue. 2006.
- Orozco Gómez, G. (1996). "La perspectiva cualitativa". En G. Orozco Gómez (Ed.), *La Investigación en Comunicación desde la perspectiva cualitativa* (pp. 67-93). La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación Social.
- Padilla Ballesteros, E. La memoria y el olvido. El terrorismo de Estado. Extraído el 1 de noviembre de 2013, de <http://www.desaparecidos.org/nuncamas/web/investig/lamemolv/memolv05.htm>.
- Páez, D. y Basabe, N. (1993) Trauma político y memoria colectiva: Freud, Halbwachs y la Psicología Política Contemporánea. *Psicología política*, N° 6, 7-34.
- Pérez, A.L. (2008). "Siempre estarás en mí", en *Viva*, 1676. Buenos Aires: Arte Gráfico Editorial Argentino. Pp. 8-18, 15/06/2008.
- Taller de Producción Gráfica I, Cátedra II. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. (2013) Ficha de Cátedra: Círculo Dinámico de la Información y periodismo narrativo. Extraído el 4 de noviembre de 2013, de <http://perio.unlp.edu.ar/sistemas/fotocop/admin/files/29ec65bafcbf17c71497edced88a9ca8.pdf>.
- Taylor, S. y Bogdan, R. (1992). "La Entrevista en Profundidad". En S. Taylor y R. Bogdan (Ed.), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación de significados* (pp. 100-132). Barcelona: Paidós.

- Thompson, J.B. (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Thwaites Rey, M. (1994). “La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo. Acerca de las bases materiales del consenso”. En K&AI-Kohen (Ed.), *Gramsci mirando al sur. Sobre la hegemonía en los 90*. (pp -). Buenos Aires: K&AI-Kohen y Asociados Internacional.
- Vicente, N. (2006). *Augusto Conte: Padre de la Plaza*. Buenos Aires: Galerna.